



La sonámbula
Miquel Molina

DESTINO

Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Cita](#)

[La policía está demasiado atareada...](#)

[1. Marta](#)

[2. La mujer que esperó la muerte en manos extrañas](#)

[3. La sonámbula que visitaba planetas](#)

[4. Fidel](#)

[5. Ginebra](#)

[6. El enigma de todas las oscuridades](#)

[7. Pau, dos o ninguno](#)

[8. El asteroide Barcelona](#)

[9. Alfredo y el rey Arturo](#)

[10. Baila la Luna](#)

[11. Los drogadictos muertos](#)

[12. El eco de los otros](#)

[13. La trastienda de un hombre impecable](#)

[14. La desmesura de Coltrane](#)

[15. Una tarde distinta](#)

[16. Un nuevo laberinto](#)

[17. Copérnico fue antes que Galileo](#)

[18. En las manos de un psicópata](#)

[19. El clinch](#)

[20. El niño que se enamoró de su directora](#)

[21. Aprendiendo a no ser Giselle](#)

[22. Los aullidos](#)

[23. Manual de supervivencia](#)

[24. Un gran favor](#)

[25. En la mente de las personas enfermas](#)

[26. Una foto de familia](#)

[27. Rapsodia satánica](#)

[28. Hans y una amiga](#)

[29. Fidelio](#)

[30. El chat](#)

[31. Deseo de venganza](#)

[32. Cindy](#)

[33. Los cuerpos celestes](#)

[34. Bunda](#)

[35. Las catacumbas del sexto](#)

[36. El lenguaje de los pájaros](#)

[37. La revelación](#)

[38. La maleta de Cindy](#)

[39. La bailarina cuántica](#)

[40. La mujer que dejaba atrás](#)

[41. Un meteorito en un cojín de terciopelo púrpura](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

Marta, la enigmática y maravillosa narradora de esta historia, es una exbailarina reciclada a profesora de baile a la que una lesión inesperada retiró quizás demasiado pronto de los escenarios. Desde entonces vive sumida en una espiral de pensamientos que la tienen encerrada en casa, leyendo y viendo películas antiguas, hasta que un buen día sale en ayuda de su vecina, una mujer mayor que acaba de sufrir un ictus. Cuando la curiosidad por la vida ajena lleva a Marta a adentrarse en casa de su vecina, entrevé la cabellera de una mujer rubia, inerte, que alguien ha querido esconder bajo las sábanas de una cama de una habitación cerrada. Marta, asustada, cierra y se va. Pero en los siguientes días, cuando Fiel, el hijo de su vecina, limpia el piso para ponerlo en alquiler, Marta, que ha decidido ayudarlo en las gestiones, no vuelve a saber nada más de la mujer rubia.

¿Quién es esta misteriosa mujer? ¿Qué relación tiene con esa familia? En lo que será una espiral hitchcockiana de secretos, interiores y obsesiones, finalmente las dos se encuentran cara a cara. Lo que sucederá a partir de aquí sorprenderá incluso al lector más audaz.

La
sonámbula

Miquel
Molina

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1419

No vine desde tan lejos
para morir entre extraños.

THE JIM CARROLL BAND

La policía está demasiado atareada como para atender denuncias por crímenes en los que no hay cadáver, ni móvil, ni siquiera la certeza de que se ha cometido un crimen. La atención que te prestan decrece cuando admites que sólo tienes suposiciones y les hablas de la inquietud que te causan dos rostros parecidos como gotas de agua. El joven agente instruido para aparentar proximidad, un hombretón de ojos azules y gafas con varillas rojas, te escucha con educación, pero en quince minutos te ha acompañado hasta la puerta. Su colega de la entrada, mujer joven y rubia con facciones de muñeca, te desea que pases un buen día.

—Si se entera de algo más, no dude en avisarnos. Ya sabe dónde estamos. Haremos alguna averiguación. Ya contactaríamos con usted si fuera necesario. Gracias por informarnos.

Y te vas por donde has venido. Alguien te espera en un coche cargado de trastos en el otro lado de la calle.

La anterior vez que había visitado esa misma comisaría fue para denunciar un robo en mi casa. En ese tipo de situaciones sí que existe un interés compartido. Los policías quieren saber si los tipos que te han robado son los mismos que tienen atemorizado al vecindario. Les motiva detenerlos para demostrar su eficacia. Y tú estás interesada en que el agente anote bien todas las cosas que echas en falta, o las que no te han robado y quieres que el seguro te pague igualmente.

Pero aquel día perdimos todos el tiempo. Al salir, supe que el policía archivaría mi denuncia en una carpeta que se eliminaría al transcurrir un tiempo sin novedades sobre el caso, mientras yo regresaría a casa más desorientada de lo que ya estaba y sin la solución al problema que me devoraba por dentro.

Y eso que les dije que «guardaba conmigo» lo más parecido a un cadáver que muchos agentes habrán visto nunca en sus largas carreras policiales.

1

Marta

He pasado las últimas semanas de mi baja por ansiedad explorando el firmamento con un telescopio casero. Admito que eso de explorar las estrellas suene pretencioso, pero es relativamente sencillo si tienes un telescopio de los que llaman automatizados. Reconozco también que con tanto automatismo te pierdes lo que aprenderías si tuvieras que echar mano de los mapas celestes, como se hacía antiguamente. Eso sería lo más aconsejable. Pero, para las personas impulsivas y caprichosas como yo, indicar el nombre del planeta y ver cómo el telescopio te conduce hasta él es un placer irresistible.

Ahora, querido, llévame a Saturno sin pasar por Júpiter.

Como toda persona que se inicia en la astronomía, invertí mis primeros días en observar la superficie de la Luna. Siempre encontraba el momento de echarle un vistazo. Me encantaba pasearme por el satélite buscando esas formaciones colosales que aprendí a distinguir de niña con la ayuda de las guías del universo, como el circo de Clavio, que aparece en la novela de Verne, mi paisaje lunar preferido. Supe que se había formado en el período neotártico. ¿Suena bonito, verdad? Estremece contemplar el detalle de un mundo tan distante desde la terraza de casa, he pensado muchas veces durante estas semanas. En realidad, es la misma sensación que tiene cualquier niño al que regalan su primer telescopio.

Yo soy esa niña, sólo que éste es mi último telescopio.

Me metí en esta baja laboral para no tener que tomar decisiones. Decidir cómo iba a afrontar las clases me provocaba una terrible ansiedad y así lo entendió el médico. Pude convencerle de los estragos que las situaciones complejas habían causado en mi sistema nervioso. Exageré mi sonambulismo, que ya apenas se manifiesta. Inventé despertares con ataques de pánico. De hecho, se sorprendió al saber hasta qué punto un empleo aparentemente tranquilo puede convertirse en un remolino que te arrastra hasta lo más hondo. O en un tornado que te expulsa hacia el espacio. Charlamos durante más tiempo del habitual en este tipo de consultas. Su interés me pareció sincero. Estuvimos de acuerdo en todo. Él me recetó unos antidepresivos y yo acepté tomarlos, aunque no tenía la más mínima intención de hacerlo. Cuando me iba, me sugirió que

viera películas antiguas donde no salieran pantallas ni teléfonos móviles.

Así que alternaba viejas películas que veía en mi ordenador con paseos por la Luna y los anillos de Saturno, aunque eso fue en una fase más avanzada de mi baja.

Las películas antiguas, con sus tramas simples, me ayudaron a ahuyentar la complejidad que me estaba matando. Con ellas conseguía quedarme dormida.

Recuerdo una en la que uno de los protagonistas, un agente de seguros, escuchaba una voz en el interior de su mente. Era una vocecita que le avisaba de que un sospechoso trataba de tomarle el pelo. Pero lo que escuchaba ese individuo era eso y sólo eso: una voz de alerta. Un resorte básico que se activaba en algún lugar de su mente.

Yo, en cambio, para conseguir la baja, dije a mi médico que escuchaba voces múltiples y de origen confuso. Una polifonía diabólica, creo que le comenté, abriendo mucho los ojos para parecer una demente.

—¿Alguien que no existe le dice cosas? —me preguntó con sorna.

—No. Lo que escucho son órdenes y contraórdenes cruzadas que se anulan entre sí y me impiden decidir. Por eso camino dormida y sueño despierta, por eso como mucho o nada y por eso me he retirado del sexo.

¿Exageraba?

Sería honesto decir que sí. Creo que intentaba escapar de los líos laborales y amorosos en que andaba metida. Buscaba la huida de una mediocridad que no me merecía. Una mediocridad convulsa, pero mediocre al fin. No es que no estuviera enferma. Es que mi enfermedad era de improbable diagnóstico para un médico habituado a lidiar con empleados tramposos.

Y, sin embargo, lo convencí.

Me ayudaron las profundas ojeras que iba incubando y un agarrotamiento en la mano derecha causado por una mala posición en la cama (dormía encima de ella), pero que a él debió de parecerle una señal inequívoca de desquiciamiento.

Sigo.

Al cabo de pocas semanas sucedió algo inesperado: cuando me relajaba pensando que por fin había conseguido librarme de la obligación de ir a trabajar cada mañana, de repente, en cuestión de pocos días, sin que lo viera venir, acabé sucumbiendo sin remedio a los mismos síntomas de abatimiento que había exagerado en mis visitas al doctor. Fue, en pocas palabras, un estado patológico de tristeza inducido por mi propio deseo de tristeza.

Si algo no me falta es clarividencia, un don que tenemos las personas propensas a la melancolía que es a la vez una desventaja. Somos capaces de ver los andamios que sujetan el cartón piedra de las fachadas más bonitas. El polvo

encima de los armarios de los hoteles de lujo. La enfermedad que avanza sigilosa entre las vísceras de las personas sanas. Las nubes que vendrán. La oscuridad en las mañanas luminosas. Lo percibo todo antes que nadie pero no me sirve de nada. Y así resulta muy difícil ser feliz.

Me conozco ya lo suficiente como para saber que cuando enumeraba al doctor mis dolencias no lo hacía con ánimo de engañarle, sino para ayudarlo a ganar tiempo en su diagnóstico.

Suena extraño, supongo, pero, como decía, así estoy. Víctima de la ansiedad en el parte médico y abatida en el sofá. Entregada a mis viejas películas y a mis galaxias aún más antiguas.

Bueno, a eso y, hasta hace poco, a mi vecino Fidel y su mundo complejo.

Lo de Fidel sí que me expuso a demonios desconocidos. Lo de Fidel y aquellos golpes en mi puerta una mañana de febrero y todo lo que aconteció después. Han pasado seis meses.

Si algún día escribiera esta historia, empezaría diciendo que una mañana de invierno escuché fuertes golpes en la puerta de mi piso.

La mujer que esperó la muerte en manos extrañas

La ducha matinal es una de las pocas certezas de las personas atacadas de tristeza. Gracias a ella sabemos cuándo acaba un día y empieza el otro. Es mi momento de placer más fiable desde que me dieron la baja.

Por eso, porque no quería abortar ese cálido deleite, me costó aceptar que alguien estaba aporreando la puerta. Los golpes se alternaban con largos timbrazos.

Al final cedí. Salí a abrir con un albornoz como única prenda y me encontré frente a una mujer desconocida. Era muy joven, latinoamericana.

—¡Ayúdeme, por favor! La señora del piso de abajo está mal, *abocarriba* en el baño. Creo que se va a morir. Me la he encontrado en el suelo cuando he venido a limpiar. ¡Se *degonzó*! ¡Dios mío, no sé qué hacer!

Apenas conocía a mi vecina de abajo, la del sexto, y eso que en esta escalera sólo hay un piso por rellano. Era una mujer de unos ochenta años que casi nunca salía de casa. La había visto dos o tres veces. El día que entraron a robar en mi piso también intentaron forzar su cerradura, aunque no llegué a hablar con ella. Lo supe por la chica del cuarto. En una de las pocas reuniones de la escalera a las que he asistido hablaron de la anciana como de «la francesa», aunque la vecina del cuarto precisó que no era francesa, sino que había vivido en Francia. Siempre iba acompañada de un hombre alto y elegante que debía de ser su hijo. Con él si que me crucé más a menudo. Una noche subimos juntos en el ascensor y creo que tuvo que esforzarse para no mirarme. Fue una situación algo incómoda; el aparato no llegaba nunca a su destino y se le notaba cohibido. Un sábado me lo encontré solo en la terraza del bar que está delante del supermercado en el que suelo comprar. Cuando me vio, se llevó el teléfono a la oreja. Su reacción me hizo pensar que era un tipo muy tímido. Pero tanto él como la que debía de ser su madre eran vecinos muy tranquilos. No molestaban. Aún diría más, su piso era una tumba.

Aquella mañana, con el pelo aún mojado y ya en tejanos y camiseta, salí al rellano acompañada por la joven asistenta y me metí en casa de la vecina. De entrada, me sorprendió la cantidad enorme de cuadros que había en las paredes. Casi todos eran paisajes de montaña. También llamaba la atención que los muebles, los cortinajes y las lámparas fueran de épocas pasadas. Aquel piso parecía detenido en el tiempo. Había un mapa de Urano titulado en alemán «El planeta azul», enmarcado en madera negra envejecida.

—¡Está aún allí, en el baño, deprisa!

Mientras corría al encuentro de la enferma, me impuse a mí misma que viera lo que viera en aquel lavabo iba a actuar como una extraterrestre. De ninguna manera dejaría que me afectara. Sucediera lo que sucediera allí abajo, volvería a mi casa y reanudaría mi ducha donde la había dejado. Mi equilibrio vital era demasiado frágil como para no defenderlo a muerte. No podía tolerar interferencias en mi estado de ánimo.

Interpretaría un papel, como si aquello no fuera conmigo.

—¡Quieres hacer el favor de callarte, niña! Busca toallas secas donde sea para ponérselas debajo, y cuando acabes llama a una ambulancia. Al 061. Rápido, por favor. ¡Deja de llorar, joder! Ya lloraremos después.

Bloqueada por el desconcierto, la chica no daba una a derechas. Pensé que era urgente que aquella anciana entrara en calor, porque tenía ya el frío de la muerte. Me la había encontrado tendida en el lavabo. Respiraba, pero no sé si entendía mis palabras. Los ojos los tenía muy abiertos, eso sí. Supuse que había sufrido un ictus durante la noche y que ya no se había podido incorporar. Le alisé el pelo blanco para calmarla. Procuré deslizar mis dedos con mucha parsimonia entre sus contados cabellos, acariciándola, como me gustaría que hicieran conmigo si una noche me toca esperar a la muerte en manos extrañas.

En un momento determinado pareció que iba a decir algo, pero lo único que pude escuchar fue un silbido incomprensible, una vocal «i» entrecortada por la falta de aliento.

—¿Vive la señora? —me preguntaba la joven cada dos por tres con un nerviosismo que me sacaba de quicio. No debía de tener ni veinte años.

—Sí, pero no sé hasta cuándo. Tranquilízate de una puta vez, por favor.

Llegaron los camilleros y me quedé junto a la puerta, en el pasillo, contemplando cómo procedían. Me gustó su elegancia, su solvencia, su trato cariñoso pero enérgico. Entonces fui yo quien preguntó si aún respiraba.

—Haremos lo que podamos, puede estar segura. ¿Es usted familiar suyo?

—No, su vecina.

—Pues lo ha hecho usted muy bien. Ha sido una buena idea lo de las toallas. Seguro que ha sabido darle consuelo mientras nos esperaba. ¿Tiene

experiencia en atender a enfermos?

—No, soy profesora de danza.

El chico no pudo evitarlo. Me ocurre desde que empecé a bailar. Es decir a lo que me dedico y ver cómo la mirada del tipo de turno me recorre el cuerpo.

—La pobre mujer no podrá quejarse. Ha estado bien atendida hasta el final —dijo, ahora sí mirándome a los ojos.

Después de un difícil traslado por la escalera desaparecieron todos. Los camilleros, la enferma y también la chica que había venido a hacer la limpieza, que decidió acompañarlos. Prometió llamar de inmediato al hijo de la anciana, que se encontraba fuera de Barcelona. Le diría a qué hospital llevaban a su madre. Antes de irse me dio un juego de llaves del piso, porque le dije que iba a ordenar un poco el desastre del lavabo. Desconfió en un primer momento, pero al final me las dejó para que pudiera cerrar bien a mi salida.

Ya sola en la casa, me limité a pasar la fregona por el lavabo. En realidad, no me había quedado para ordenar la casa de nadie, porque bastante tenía con la mía, echada a perder en las últimas semanas. Si pedí las llaves fue porque de repente se me ofreció la oportunidad de fisgar en la vida ajena sin sentirme espiada. Después del mal trago por el que había pasado me había ganado el derecho a entregarme a un rato de curiosidad malsana, ¿estamos de acuerdo? Había cuadros, libros y no menos de tres escritorios antiguos llenos de papeles. Todo a mi disposición. Aparentemente, nada de gran valor.

Vi mucha literatura francesa en las estanterías, muchos clásicos que yo había leído con pasión veinte años atrás, y un pequeño cofre lleno de manuales sobre los temas más dispares, como las ciencias naturales, el cuerpo humano o las técnicas de dibujo. También encontré cuatro volúmenes relacionados con la astronomía que me llamaron mucho la atención, porque estaban cuidadosamente atados con una cinta de seda roja. Uno se titulaba *Panorama del Universo*. Otro, *Los atrayentes problemas de la moderna astronomía*. El tercero era un facsímil del *Sidereus Nuncius* de Galileo y el cuarto, el más misterioso, la delirante historia de una joven sonámbula alemana que en 1832 viajó en sueños hasta la Luna y el Sol. El más moderno tenía más de medio siglo. Me los llevé prestados. Pensé que en un par de tardes los tendría leídos, tal era el ritmo que había impuesto a mi lectura ahora que disponía de todo el tiempo del mundo.

Del resto del salón, me pareció fascinante una vitrina llena de narcóticos y venenos antiguos. Debieron de salir de una farmacia que cerró para siempre, o quizás los habían comprado en una web de anticuarios o en un mercadillo de barrio.

Narceína, yoimbina, digitalis, cianuro, euforina, curare, cicuta.

Hice una extraña asociación de ideas: melancolía, llave del piso donde se

guardan venenos, ingestión generosa de tóxicos, fin de todos los desconsuelos.

Aunque sabía que si algún día me suicidaba no lo haría con un veneno caducado, me sentí atraída por aquellos frascos cargados de potencial destructivo. Me planteé que si yo un día fuera un personaje de ficción podría morir después de una meticulosa cata de aquellas pócimas. Para subrayar el momento, lanzaría al vacío mi brazo derecho en un impecable *port de bras*, como hacen las heroínas románticas cuando fallecen en escena.

Saqué algunas fotografías con el teléfono móvil y me guardé uno de los frascos en el bolsillo.

Confieso que durante todo el tiempo que estuve merodeando por el salón tuve la fantasía de que iba a tropezarme con alguna revelación excitante sobre la mujer de la casa. Por qué no. Si aquella mañana yo estaba duchándome a una hora en la que normalmente estoy trabajando, si la chica de la limpieza vino a llamar a mi puerta y no a ninguna otra, si a última hora tuve un impulso inexplicable y pedí las llaves para quedarme sola en el piso..., todo esto tenía que derivar en una sorpresa mayúscula. En algo insospechado que me debía de estar esperando precisamente a mí. Eran demasiadas las casualidades para acabar en nada.

Me fijé de nuevo en los cuadros, que llevaban estampada una firma ilegible. Quizás los pintó la propia anciana. En una decena de ellos aparecía la misma montaña con dos cumbres que supuse que sería algún paisaje muy conocido por la gente con aficiones saludables. En verdad, un poco sí me sonaba la montaña. La debía de haber visto en algún documental en casa de un ex, pero nunca en persona, porque yo detesto la naturaleza. A mí el campo siempre me ha parecido un lugar hostil que te revienta los pulmones de tanta pureza, así que he procurado mantener con él una relación de respetuosa distancia. El verdor me altera el estado de ánimo y me vuelve aún más arisca de lo que soy.

Recuerdo haber perdido los estribos en alguna ocasión por culpa de una sobredosis de aire oxigenado.

—Vámonos, llévame ya de vuelta a casa. Nunca más me vas a torturar de esta manera. Quiero tirarme en el sofá y llagarme viendo la tele. Dejaré abiertas las ventanas para que entre todo el monóxido, a ver si así me recupero —le solté una vez a Pau, una de mis exparejas, cuando un amigo desequilibrado nos convenció para pasar un fin de semana en el campo.

Lo del monóxido lo dije a propósito de una canción de mi juventud. No sé si es lo más venenoso que puede entrarte en los pulmones cuando respiras el aire urbano. Sé que antes los coches emitían azufre y que en algún momento lo prohibieron. O que querían prohibirlo. Creo que el benceno también nos ataca el sistema respiratorio. La verdad es que sé muy pocas cosas. Leí mucho sobre

muchos temas cuando era más joven, pero ya no me acuerdo de nada. Apenas recuerdo algunos conceptos antiguos de danza, datos y vivencias que aprendí cuando empezaba a bailar como profesional, porque la verdad es que últimamente no he dedicado mucho tiempo a reciclarme.

Y ahora sé algo sobre los planetas que observo en el telescopio. Pero si no lo anoto al momento, me olvido para siempre.

Cuando acabé de inspeccionar el comedor empecé a explorar el resto del piso de la vecina enferma, que olía a humedad y a medicamentos. En cualquier caso, no me quedé mucho tiempo.

Si salí como una exhalación y con el cuerpo revuelto de la casa no fue por los olores, ni tampoco por el desasosiego que producían aquellos cuadros de montañas envueltas en tormentas, ni por el rastro de muerte que había dejado la anciana, sino porque al fondo del pasillo en el que estaba el lavabo había una puerta entreabierta y, en el interior de esa habitación, una cama con alguien acostado en ella. A veces, un edredón mal doblado puede crear la falsa impresión de que debajo de la ropa hay un cuerpo tendido. Pero cuando entre las sábanas y la almohada aparece una coronilla con pelo rubio claro, es decir, la parte posterior de la cabeza de alguien que aparentemente duerme, es que no estás sola en el piso, y esto es lo último que podía esperarme en aquellas circunstancias: descubrir a un ser humano que seguía durmiendo plácidamente pese a todo lo que había pasado en aquella misma casa a sólo tres metros de distancia.

Aturdida por el susto, cerré la puerta sin hacer ruido y regresé a mi apartamento saltando los peldaños de dos en dos. Me metí otra vez en la ducha y no la abandoné hasta que temí que el agua me agrietara la piel. El mundo que me esperaba más allá de la mampara se había vuelto aún más inhóspito.

3

La sonámbula que visitaba planetas

Quiero explicar cómo la aparición de Fidel alteró mi retiro domiciliario, pero antes, si se me permite, contaré por qué creo que los libros viejos huelen a paisaje después de la lluvia.

La causa de tan ensalzado aroma no tiene nada de sugerente: el origen del olor es la degradación (el proceso de putrefacción) de los materiales que componen el papel. Ésta es la siniestra razón. Me he documentado. El aroma de almendra, las notas de vainilla o los olores dulces proceden de compuestos orgánicos volátiles con nombres imposibles que con el paso del tiempo se deterioran y liberan toda su química. A veces se trata de elementos corrompidos asociados, como las flores muertas que alguien dejó durante años cautivas entre las páginas o como el humo del tabaco que el propio libro, fumador pasivo, ha acabado inhalando con el tiempo. Así que cuando desenvolvemos un volumen antiguo que nos acaban de enviar desde una librería de lance remota y, por fin, accedemos a él y sucumbimos al impulso de olerlo, de husmearlo, de esnifarlo para procurarnos placer, nos estamos inoculando toda su podredumbre. Pura materia orgánica en putrefacción.

Es así como me gusta suicidarme a mí.

Después de asistir a los estertores de mi anciana vecina, me pasé el resto del día olfateando los libros antiguos que había tomado prestados de sus estanterías. Los utilicé como terapia natural alternativa a los antidepresivos que me había recetado el doctor, que seguían guardados en una estantería del baño.

Porque nunca durante mi baja he estado más tentada de medicarme para evadirme del mundo como lo estuve aquel día.

Tenía que olvidar el susto que me había llevado y, de paso, dejar de preguntarme quién debía de ser aquel personaje de melena rubia que dormía en la habitación contigua al lavabo de la moribunda. Desde el principio tuve claro que no se trataba de su hijo. Éste, si de verdad era el tipo con el que me había encontrado varias veces, era un hombre de unos cincuenta años, alto, corpulento,

atento, atractivo pero con ademanes antiguos. O con ademanes antiguos pero guapo. Y no era rubio, sino moreno evolucionando hacia el gris. No era él quien dormía en aquella cama, de eso estaba segura. Por el tipo de cabello y el peinado, parecía más una mujer que un hombre.

Para dejar de pensar en historias de terror me sumergí en los libros de la anciana, todos relacionados con la astronomía. Por supuesto, me conmovió un pasaje donde se hablaba de la extinción de las estrellas.

Voy a explicar por qué me emocionó.

La anciana que se me fue de las manos en el lavabo de su casa fue un día una mujer joven y vivió tiempos rutilantes para después apagarse, de la misma manera que los astros evolucionan desde el fulgor hasta la muerte. Todo estaba escrito allí. Por ejemplo, la estrella denominada Nueva de Aries fue incluida en el *Catálogo de Bonn* a mediados del siglo XIX pero, pocas décadas después, los astrónomos se desesperaban buscándola en vano. Se había esfumado. «No es posible hallar hoy traza alguna de ella ni con el telescopio ni con el espectrógrafo», se lamentaba el autor de uno de los manuales. ¿A dónde fue a parar?

A la estrella la había engullido el universo, igual que a mi vecina se la tragó una ambulancia alejándose entre los coches de la calle Bruc.

Leyendo sobre las estrellas muertas, llorando a una anciana desconocida y comiendo con fruición turrónes caducados de dos navidades atrás se me fueron las horas. Al anochecer, para evadirme aún más, me sumergí en la historia de Pauline Dorathea Beuerly, la jovencita nacida en 1816 en Weilheim, Alemania, que en sus noches de sonambulismo visitó la Luna, el Sol y algunos planetas del sistema solar. Era un libro muy deteriorado, publicado en Filadelfia en 1837, de tapa durísima y olor a abandono. Un lujazo para mis horas absurdas. ¿Dónde lo habría comprado la anciana?

Pero no pude avanzar mucho. El día iba a depararme una última sorpresa. Un sobresalto que me obligó a detener la lectura. ¿Verdad que nos hemos desacostumbrado al sonido del timbre de nuestra puerta, ahora que todos los encuentros personales los concertamos a través de nuestros teléfonos móviles? ¿Verdad que nos parece una agresión intolerable que alguien se presente en la puerta de casa sin aviso previo?

Pues aquella tarde, sobre las ocho, sonó el timbre de la entrada.

Fidel

Recuerdo que en una de las películas antiguas que vi aquellos días aparecía un actor que me resultó muy atractivo. Era el hijo conflictivo de una pareja bastante mayor, un tipo de unos cuarenta y tantos, alto, fuerte, moreno, peinado a la antigua, con una mirada un poco dispersa, pero con aura.

¿Antes he descrito a alguien con ese mismo aspecto, verdad?

Ese personaje de la película guardaba un parecido evidente con el hijo de mi vecina de abajo. Eché un vistazo por la mirilla. Él era quien llamaba a mi puerta sin tener cita previa.

Sólo que no parecía un desequilibrado.

Cuando abrí, un poco asustada, me lo encontré plantado en el rellano, sonriente, mientras yo cruzaba los pies con la vana esperanza de que no viera las humillantes zapatillas Disney que llevaba puestas.

—Buenas noches, señora. Nos hemos visto algunas veces pero creo que no hemos llegado a hablar nunca. He venido para agradecerle lo que hizo ayer por mi madre. De verdad, aprecio mucho que la acompañara en aquellos momentos tan complicados.

—¿Cómo está? ¿Sigue...?

—No, no, murió. Los camilleros creen que murió en la misma ambulancia en que se la llevaban al hospital, porque allí ingresó cadáver, como dicen ellos. Fue un ictus... O eso creen.

—Lo siento mucho.

—Se lo agradezco, pero puedo asegurarle que vivió su vida muy bien hasta el final. Se ha ido cuando le tocaba. Además, parece que sólo sufrió de verdad durante unos minutos. El ictus lo debió de tener de madrugada. Usted y la chica de la limpieza la salvaron de un mayor sufrimiento. Fueron muy cariñosas con ella. Nunca podré agradecerse.

—Es lo mínimo que se podía hacer. Somos vecinos —balbuceé—. Por cierto, tengo sus llaves, voy a por ellas.

El hombre trató de añadir algo pero yo ya entraba en el salón intentando recordar dónde las había puesto. En realidad, estaba demasiado preocupada

pensando si le iba a devolver o no sus libros de astronomía como para escuchar lo que intentaba decirme. Ignoro por qué, pero al final, en un impulso, decidí quedármelos. Tal vez fuera por no tener que buscar una excusa para justificar por qué los tenía yo. Por si acaso, los cubrí con una revista. Volví al rellano con las llaves del sexto.

—Gracias por guardármelas y por todo lo que ha hecho por mi madre, pero, si no lo considera un abuso por mi parte, querría pedirle otro favor. Verá, aunque aún no he tomado del todo la decisión, ahora que ella ya no está creo que voy a poner el piso en alquiler. El problema es que por culpa de mi trabajo paso más tiempo fuera de Barcelona que aquí, y no tengo hermanos ni ningún familiar de mi madre que viva cerca.

—Ya veo...

—Antes, por supuesto, tengo que preguntarle si usted está a menudo en su piso, porque lo que iba a pedirle es si... si llegado el caso, podría enseñar el mío a los posibles inquilinos. Eso, ya le digo, sólo si finalmente decido ponerlo en alquiler y si a usted le encaja bien con sus horarios. Ahora estoy hecho un lío, pero creo que no me quedará otro remedio que alquilarlo. Por eso le iba a pedir que se guarde las llaves... ¿Qué le parece? Serán sólo unas pocas semanas.

Tardé unos segundos en procesar sus palabras. En verdad, estaba asustada. Me había bloqueado al oírle decir que no conocía a nadie que pudiera ayudarlo. Si no tenía hermanos ni parientes, si no mencionó a ninguna esposa, novia, amiga, amante o conocida, ¿quién era la persona que dormía en la cama contigua al lavabo en el que su madre se me murió entre las manos?

Mi primera reacción fue fijar mi mirada en la suya, aun sabiendo que podía interpretarme mal. En realidad, lo que pretendía era dar a entender a mi vecino que esperaba una respuesta a mis dudas.

Tú sabes que yo sé, y yo sé que tú sabes que yo sé, así que suéltalo ya, ¿quién era la rubia?

Pero no surtió efecto. No me aclaró nada. Apartó enseguida su mirada y empezó a presionarse la palma de una mano con el pulgar de la otra, en lo que me pareció un tic nervioso. Lo que hizo fue insistir en que le haría un gran favor si aceptaba ayudarlo a colocar el piso en un momento en que se veía perdido en la vida.

Cedí. Y eso que me extrañó que no acudiera a una inmobiliaria. ¿Por qué acepté tan rápido? Creo que de entrada, aunque fuera una estupidez, pensé que si me quedaba con las llaves podría conservar los libros tanto tiempo como quisiera sin sentimiento de culpa. Por otro lado, resolví que de un tipo tan educado no podía esperarse nada extraño o peligroso. Por un momento me tranquilizó imaginar que el ser durmiente de la otra habitación debía de ser un ligue de una

noche del que el hombre no quería hablar. Una mujer que se hizo la dormida cuando escuchó el alboroto y que debió de esperar a que me fuera antes de huir tan despavorida como yo.

Intercambiamos con mi vecino los números de los móviles y dejé que estrechara mi mano con la suya, temblorosa y fría pero seca. ¿He dicho ya que no soporto el sudor de los otros y que me atraen los hombres que no sudan? Me dijo que se llamaba Fidel.

Ginebra

Al cumplir los cinco años dejé de llamarme Marta. Fue todo un acto de insumisión por parte de mis padres el renunciar, con la democracia, al nombre católico que se habían visto obligados a darme cuando nací. Entonces sucedían esas cosas.

Gracias a ese gesto de rebeldía pasé a llamarme Ginebra, en honor a la mítica (y adúltera) esposa del rey. Al parecer, la afición a las leyendas artúricas fue uno de los *leitmotiv* del noviazgo de mis padres, uno de esos espacios de complicidad en los que se van construyendo las futuras parejas. Aunque creo que en la elección de este nombre también influyó el espíritu transgresor de mi padre.

Ginebra, que se escribe igual en catalán y en castellano. Guinevere, en inglés. Guenièvre, en francés.

Pese a los esfuerzos de mis padres la cosa no funcionó. Lograr que mis abuelos, mi media docena de tíos, mis primos, mis primas y mis compañeros de escuela adoptaran el nuevo nombre fue del todo imposible. La oposición de los abuelos fue feroz. Los pobres alegaban que en unos pocos años yo iba a convertirme en la diana de todas las bromas de la clase.

Seguro que no les faltaba razón, pero no tuvieron que sufrir mucho, porque pronto se produjo una marcha atrás. He de agradecerse a mi tutora, que llamó a mi madre para decirle que aquello de Ginebra no funcionaba y que ella pensaba seguir llamándome Marta, porque ése era mi nombre legal y porque era así como conseguía captar mi atención y no de otra manera. Con el tiempo supe que aquél era el argumento que necesitaba mi madre para acabar de convencer a mi padre de que se imponía rectificar. Averigüé también que en las discusiones de años atrás, cuando decidieron el cambio, había sido él el más vehemente. Mi madre creía que yo ya era muy mayor, que todos teníamos el nombre de Marta demasiado interiorizado como para sustituirlo, mientras que mi padre esgrimía revolucionarios argumentos pedagógicos para sostener que el nombre propio era un concepto obsoleto. Creo que el pobre hombre estaba fascinado por esas representaciones de la reina Ginebra que hacían los pintores prerrafaelitas. Mis

padres siempre han sido aficionados al arte, y yo recuerdo haber visto reproducciones de cuadros pegadas en las paredes de casa en las que se veía a la amante de Lancelot exhibiendo sus trenzas doradas e interminables. Guapa era la joven, claro, una auténtica princesa *hippy*, y tal vez por eso mi padre intentó utilizar la vía nominal para guiarme hacia su ideal de belleza principesca.

Ahora me lo imagino los veranos en la playa mirando de reojo a las chicas con aspecto nórdico, mientras mi madre hacía como que no se daba cuenta. Mi madre era una chica morena que se cortaba el pelo a lo *garçon* y él, el tipo de iluminado al que la gente se refería en su tiempo como un *pinkfloyd*.

Mi padre es un catedrático de literatura jubilado que reside en Londres y mi madre, una interiorista en paraderos cambiantes.

Yo antes iba a fiestas y ahora me dedico a pasear la mirada por las paredes de mi habitación.

El camino de regreso de Ginebra a Marta fue sencillo. Mi entorno se adaptó bien a mi identidad recuperada. De hecho, más allá de mis padres, ni mis familiares ni mis compañeros de clase habían llegado a adoptar la nueva. Nunca fui de verdad Ginebra para nadie.

Pero ¿y yo? ¿Cómo me afectó a mí aquel viaje a ninguna parte?

Tengo sensaciones enfrentadas. Creo recordar que saqué algunas ventajas del cóctel identitario. Una tuvo un efecto vistoso pero con poco recorrido, como fue el privilegio de no darme por enterada cuando la maestra requería mi atención en clase. Otra, tan banal como la anterior, era presumir entre mis amigas de tener dos nombres, y no sólo uno. En fin. Una tercera, que ahora lamento, fue aprovechar el incidente del cambio de identidad para echar la culpa a mis padres de las crisis propias de la adolescencia. «¡Es que ya no sé ni quién soy!», les espetaba aun siendo consciente de mi exageración. Y la verdad es que conseguía que se sintieran culpables.

Ginebra fue también el nombre con el que bauticé a la sonámbula que llevaba dentro. Lo que mister Hyde era para el doctor Jekyll, Ginebra lo era para mí: la versión más incontrolada de mi propio yo. Aunque mis devaneos nocturnos solían ser inofensivos; de hecho, nunca llegué a salir de la puerta del piso en el que vivíamos. A menudo, en mi paroxismo, me quedaba con la mirada fija en un retrato de mi madre.

A la mañana siguiente, ella, con rostro apesadumbrado, me refería lo que había sucedido y yo me ponía sarcástica para restar importancia al asunto.

—Mamá, no era yo la que se levantó aún dormida y se plantó aquí para mirar tu foto. Era Ginebra. Ginebra quería saber quién era la mujer que un día tuvo la ocurrencia de darle un segundo nombre a su hija cuando todavía no se había aprendido el primero. Pero no temas, dicen que el sonambulismo va

desapareciendo con la edad.

Y así fue. Aunque alguna de mis primeras parejas llegó a conocer a aquella princesa que en plena noche echaba a andar con las facultades cognitivas alteradas, este hábito se fue haciendo cada vez más esporádico. Hoy creo que ya ha remitido casi del todo. Sospecho que hace unas semanas aún viví un episodio leve, porque al despertarme encontré mis zapatillas en un lugar inverosímil. Pero no había conmigo nadie que pudiera contármelo al despertar.

En fin, sonambulismo aparte, con los años iba a incorporar un nuevo argumento para no dejar del todo olvidado mi efímero nombre. Hablo de cuando empecé a relacionarme con chicos. Entonces, de manera inesperada, percibí el interés que despertaba en ellos la posibilidad de una Ginebra que latía en algún lugar oculto de mí misma. Supongo que aquella reminiscencia me daba un añadido de misterio que me hacía más deseable. Recurrir a ella era una licencia propia de la juventud. Hay que decir que me relacionaba sobre todo con estudiantes que compartían mis aficiones, como la literatura o el arte. Así que sabían quién era aquella reina de cuento y se sentían tan fascinados como yo por sus andanzas.

Mencionar mi frustrado nombre era un recurso, si se me permite decirlo así, infalible. Tarde o temprano, mis novios empezaban a llamarme Ginebra. Lo hacían en la intimidad. En las cafeterías o en la cama. Llamándome por ese nombre se sentían conquistadores de mi secreto, tanto como yo de su voluntad.

Marta Ginebra, pronunciaba con veneración un novio fatuo que tuve, en los primeros meses de nuestra relación. No siempre, por supuesto. Sólo cuando quería ensalzarme. Con el tiempo dejaría de emplear aquella deferencia, igual que tantas otras. No mencionar nunca más la palabra «Ginebra» fue su manera de castigarme por el desamor. Allá él. Que le jodan. Como si el rey Arturo no hubiera tenido también la culpa.

Con los años he mencionado cada vez menos esa parte de mi pasado. Tal vez sea porque ya no me he sentido Ginebra. Muerte a los *hippies*. Ésa no soy yo, sino la hija con la que soñaba mi padre. Por suerte, la enterraron a tiempo. Que se pudra.

No mi padre, sino la reina impostora.

Aunque a propósito del amor no debería expresarme de forma tan concluyente. Lo cierto es que Ginebra ha vuelto, de alguna manera.

Ginebra resurge cuando se activa en algún lugar de mi mente el resorte de la atracción. Es entonces cuando la reina sonámbula se despereza y hace ademán de salir.

6

El enigma de todas las oscuridades

Los tres días siguientes los pasé sumida en los niveles más profundos del abatimiento, esos que de verdad justificaban mi baja laboral. Tomar cualquier decisión me costaba horas. Un día entero me pasé pasmada frente al menú en el que tenía que elegir el idioma de la película. ¡Qué sabía yo! ¡Y qué me importaba a mí aquella reliquia que había elegido precisamente porque era antigua y así se suponía que iba a apartarme de este mundo enloquecido que me mataba de ansiedad!

Ahora que estoy mejor me doy cuenta de que en realidad ni siquiera veía la pantalla. Sólo percibía que el día se me escapaba por un agujero que me engullía sin acabar de engullirme, dejándome maltrecha y dolorida en la mitad del camino. Suelo tener digestiones difíciles, pero ese dolor, en concreto, era un dolor estomacal que me tensaba el esternón y me impedía respirar. Con el paso de las semanas practicaría unos ejercicios de lo que yo llamo danza sin danza que me iban a permitir quedarme suspendida en el tiempo, a la espera de un despertar mejor. Pero entonces aún no los había inventado.

A decir verdad, si no dejaba de mirar fijamente la pantalla negra era porque intentaba resolver sin éxito el enigma que encierran todas las oscuridades.

Envidiaba a la joven sonámbula alemana que por las noches recorría el sistema solar. Ella sí que se abría camino a pesar de las tinieblas. El suyo sí que era un sonambulismo elegante.

El siete de diciembre, a las doce y cuarto, Pauline Dorathea Beuerly realizó su séptimo viaje a Júpiter. Tras recibir a su guía, le costó ocho minutos llegar hasta allí. Asegura haber llegado hasta una puerta que daba acceso a una ciudad llamada Bethel, una ciudad que superaba a cualquier otra en esplendor y belleza.

Yo no podía acompañarla en aquel periplo, pero inhalar el aroma dulzón del libro me reconfortaba. Era un deleite malsano. Sabía que la podredumbre del papel se iba a infiltrar en mi sangre para viajar con ella hasta los últimos rincones de un cuerpo que ya no sentía como mío. Al menos, no en aquellas

horas de abismo.

Pau, dos o ninguno

Al cuarto día me maquillé para evitar que mi exnovio Pau, el funcionario eficaz, tuviera el placer de verme envejecida. Pau nunca ha llevado bien que yo parezca más joven que otras mujeres de mi edad. Ignoro el motivo. Supongo que tiene que ver con su calvicie y su barriga incipiente. Porque él sí que aparenta más de los cuarenta que tiene. Tal vez por eso no soporta que para mí los años pasen despacio. O que no pasen. Pero él nunca se ha tomado la salud tan en serio como me la tomo yo. Él no se relaja bailando, acostumbra a dormir poco, se hidrata mal, bebe mucho. Durante una época se aficionó a cenar cada noche cruasanes integrales con mojito embotellado. No es una broma, sé de lo que hablo: yo estaba delante. Adora tomar el sol durante horas y no sabe renunciar a los postres. A veces creo que sería feliz si mis facciones se derrumbaran con estrépito. Eso le quitaría mucha presión.

Me había anunciado su visita por WhatsApp con sólo una hora de antelación.

«Si estás visible, paso a traerte unos libros y lo que necesites del paquistaní de abajo. Me he podido escapar del despacho.»

«OK. Súbeme agua, *please*.»

Al pobre Pau le solté hace unos meses, cuando aún estábamos juntos, que perdía el tiempo conmigo porque nunca llegaría a quererle como él se merecía. Que se buscara a alguien más constante, alguien que le mesara el cabello como yo no haría nunca. No soy de acariciar cabellos ni de compartir camas después del sexo. Estaba segura de que en la oficina municipal de asuntos sociales en la que trabajaba había funcionarias deseosas de pasarle el peine en la intimidad.

Le dije también que nunca renunciaría a lo que yo llamo el dos o ninguno, esa forma mía de entender que la única manera de evitar que una relación entre dos personas parezca una cárcel es dejar la puerta abierta para que entre otra. Siempre he actuado así. Cuanto mejor estoy con alguien, más necesidad tengo de abrirme a otro alguien, aun sabiendo en qué medida puede ser autodestructiva esta vocación. Mis mejores relaciones han saltado por los aires precisamente porque habían llegado a ser demasiado prometedoras y temía acabar fundida en

el otro. Y entonces, entre el dos o ninguno, optaba por el *dos*. Yo no actuaba así por miedo al desamor, sino por nostalgia del momento en el que aún no había empezado a sentir miedo al desamor. Así que amo sin llegar a amar, pero si tomo esa precaución es por miedo a la pérdida. Mi vida amorosa es un desierto con oasis que son espejismos. Me excita divisarlos en la lejanía y caminar hacia ellos. Imagino su frescor, lo percibo en las manos, en la cara. No me importa que la realidad se acabe imponiendo y que al final sea evidente que el oasis sólo existe en mi imaginación. A esas alturas, yo ya he saciado mi sed. Ya no lo necesito. Vivo sola en un desierto frondoso y húmedo.

Con mayor o menor fortuna, todo esto se lo había razonado un millón de veces a Pau y otro millón de veces nos habíamos despedido con lacónicos mensajes de móvil.

«OK, te entiendo. Tú eres así. No puedo acusarte de desleal, porque me advertiste desde el primer día. Eres coherente y muy valiente. Eres mi heroína. Bye, te querré siempre.»

«Yo también.»

«Suerte.»

«Tu también, Pau.»

Y a las pocas horas hacíamos como si nunca nos hubiéramos despedido.

«¿Quedamos para cenar?»

«Claro.»

El falso alivio tras una falsa ruptura es otra mentira del amor.

Pero al final Pau se tomó en serio una de las despedidas. Yo fui la primera sorprendida. A los dos días vino a mi casa para llevarse sus cuatro cosas. El cepillo eléctrico, la taza de beber té de los Rolling Stones, una camiseta negra con el nombre de un mago de Las Vegas, una muda de ropa interior.

Se fue para un *siempre* que podía durar sólo días o semanas, pero que era sin duda más *siempre* que el de otras despedidas. Por sus mensajes posteriores supe que se había hundido. Y yo me hundí al saberlo y éste fue uno de los motivos de mi baja.

En el inicio de mi reclusión, cuando Pau venía de vez en cuando para darme ánimos, sentía que lo quería, que me apetecía estar con él, pero era una sensación frágil y subterránea, incapaz de romper la coraza de indolencia que me servía de protección.

Así, con ganas de sentir el alivio del cariño que nunca nos negaríamos, abrí aquel día la puerta de mi piso. Pensé que alguien había franqueado a Pau la de la calle y que por eso había subido directamente. Pero me equivocaba. A quien me encontré otra vez plantado en mi rellano fue a Fidel, vestido con un traje impecable.

—Hola, vecina, ¿te molesto?

Se me aceleró el corazón.

—No, espero a alguien, pero aún tardará.

—No te preocupes. No es importante... sólo quería decirte que al final sí, que sí he decidido alquilar el piso y ahora quiero saber si sigues dispuesta a enseñarlo a los que se interesen por él. Es un gran favor el que te pido. Yo pondré los anuncios y recibiré las llamadas y las filtraré. Tú sólo tendrás que mostrárselo a las personas que de verdad se interesen. Nos pondremos de acuerdo por mensajes de móvil. ¿Qué te parece?

De repente me tuteaba.

—Claro, ¿por qué no?

Se alegró pero no supo expresarlo con palabras. Le podía la timidez. Su expresión mudaba de forma brusca. Desaparecía de repente el tipo afable y aparecía el de la mirada torva, para dar otra vez paso al afable.

—¿Quieres tomar un café?

Me arrepentí enseguida de habérselo propuesto, porque en cualquier momento llegaría Pau y pensé que sería engorroso presentarlos. Pero rectificué a tiempo.

—Aunque ahora recuerdo que tengo la casa hecha un desastre y prefiero que no la veas. ¿Te importa si cojo la cafetera y bajamos a la tuya? Así me la enseñas y me dices cuáles son las pequeñas miserias que tengo que ocultar a los posibles inquilinos cuando vengan a verla.

—Claro. Vamos. Seguro que a ti te sale mejor el café.

Tenía una bonita falsa sonrisa.

Entré a por la cafetera y de paso metí en un bolso los libros que había tomado prestados de su piso, por si tenía ocasión de devolverlos.

Bajé tras él. Olía muy bien. A una colonia que desconocía.

8

El asteroide Barcelona

—¿A qué me dijiste el otro día que te dedicabas?

—No te lo dije. ¡Tampoco hemos hablado tanto! Trabajo en el servicio de *help desk* de una gran empresa. Me han reconvertido. Antes estaba en contabilidad, aunque siempre me ha apasionado la informática. Fui uno de los primeros licenciados en la facultad.

—¿*Help desk*...?

—¿No sabes lo que es? Sí, el fontanero de los ordenadores y de todo tipo de aparatos, el que se supone que sabe resolver cualquier entuerto. No sé cuánto duraré. Creo que no mucho, aunque no hay en la empresa nadie tan multiusos como yo. La dirección quiere a gente más joven en puestos como el mío. Viajo por oficinas de todo el país y de parte de Europa reparando cables, formateando discos duros, dando de baja ordenadores obsoletos. Hago de todo. Mis herramientas son tanto el martillo como el *mouse*. Pero no me valoran como deberían. Eso sí, me salva el inglés, tengo un nivel muy superior al del resto de mis compañeros. Entre semana suelo dormir en hoteles y vengo aquí a Barcelona a pasar el sábado y el domingo. No sé cómo me organizaré a partir de ahora, ya sin mi madre. Pobre mujer.

—En algún momento tendrás que pararte a pensar.

—Supongo que seguiré viniendo durante unas semanas para ir retirando cosas del piso. Por mi trabajo, me convendría más vivir en Madrid. Estaría más cerca de los clientes. Creo que me acabaré instalando allí. Hace tiempo que lo pienso.

Estábamos sentados en un sofá de tres piezas lleno de cojines que estorbaban más que otra cosa; algunos tenían la cubierta de ganchillo. Habíamos dejado libre el asiento del centro. Mientras Fidel me hablaba, la vista se me iba hacia la vitrina de los narcóticos. Faltaba un frasco, el que yo me había metido en el bolsillo, pero había tantos que era improbable que se percatara. El salón estaba tal cual había quedado el día en que murió su madre. Supuse que el resto

del piso también. Yo no podía olvidar los cabellos rubios que había visto asomando entre las sábanas de aquella habitación del fondo.

—¿No hay nadie más a quien quieras ver por Barcelona cuando vienes los fines de semana?

Vaciló. Me respondió con su sonrisa forzada y con una invitación a que le siguiera por el pasillo. Me pareció elegante el gesto que hizo para señalarme el camino, extendiendo el brazo izquierdo con la cadencia de un bailarín que acompaña a su pareja.

—No te enseñaré el baño porque me temo que ya lo conoces, aunque ahora vuelve a estar impecable. Ésta es la habitación principal, donde dormía mi madre. Entra el sol por las tardes. Y ése de ahí es mi cuarto. Es pequeñito, como puedes ver, y el sol no da nunca, pero no hace falta decírselo a los que vengan a ver la casa. No sé si en tu piso es igual, pero en éste sólo hay dos habitaciones, aunque si oyes que las visitas se quejan de ello siempre puedes decirles que el salón mide sesenta metros precisamente porque tiramos un tabique que separaba el comedor de la tercera habitación. Verás que ese baúl abulta mucho. Aunque le tengo cariño, puedes decirles que hagan con él lo que quieran. Pero perdóname, de ningún modo quiero tratarte como a una empleada de una agencia inmobiliaria. Eres una vecina que me hace un favorazo. Vamos a por los cafés.

Me hablaba mientras volvíamos al salón, pero yo no prestaba atención a lo que me decía. Pensaba que en la habitación que me había mostrado como la suya fue donde vi a alguien tendido días atrás. Ahora la cama estaba arreglada, con la colcha extendida encima del baúl. Alguien había puesto unos cojines dorados en la cabecera, que reconocí como los mismos que vendían en una tienda del barrio. Yo también tenía uno. Era precioso pero daba mucho calor en verano.

—Y tú, ¿trabajas desde casa?

—No. Me he tomado unas semanas de descanso —mentí—, me las debían. Soy profesora de danza. La típica bailarina que se tiene que retirar antes de tiempo por lesión y que se dedica después a enseñar.

Va, dilo, pensé. Di que tienes cuerpo de bailarina. Fontanero de ordenadores, me he percatado de cómo me mirabas antes.

—¿Qué tipo de baile hacías? Perdona, pero no suelo ir a ver espectáculos.

—Prefiero la danza clásica, pero aquí es muy difícil. Así que la contemporánea. He bailado en varias compañías. He hecho giras por España, por el extranjero...

No solía extenderme en detalles si no me preguntaban, noté que estaba sobreactuando porque me sentía intimidada por aquel tipo de mirada intensa.

—¿Dónde te lesionaste?

—En Lyon, en un ensayo.

—No. Te preguntaba en qué lugar del cuerpo.

—Ah, en el tobillo. Fue un esguince mal curado que derivó en una distrofia simpático-refleja. Ya ves, así se llama el último pase de baile que ejecuté en mi vida. ¡Distrofia simpático-refleja! Ahora yo tendría que ponerme en pie y hacerte una reverencia y tú tendrías que aplaudir para rematar bien la escena.

Sonrió.

—¿Se ve la herida?

—¡Claro que no! —respondí entre risas, muy tranquila porque esta vez era consciente de que llevaba unas sandalias más que presentables y las uñas de los pies bien pintadas.

Pese a mi respuesta negativa, no dejó de observar mis tobillos desnudos en busca de una deformación improbable.

Luego levantó la mirada hacia mis ojos y volvió a interrogarme.

—¿Y esa cicatriz en la ceja?

—Me di con una puerta de pequeña. Durante la adolescencia me pintaba con lápiz de ojos la pequeña brecha ésta en la que no ha vuelto a crecer el pelo. Pero ahora me da igual. Hasta me gusta.

—Apenas se ve. Cualquiera que te mire se queda atrapado en tus ojos verdes.

Vaya, pensé, el típico tímido que avanza a trompicones. Un paso atrás y dos adelante.

Creo que fue en ese momento cuando escuché el timbre de abajo de mi casa y, un minuto después, el ascensor que pasaba de largo y se detenía en mi rellano. Advertí cómo Pau —sólo podía ser él— llamaba a mi puerta: alguien le habría abierto la de la calle. Pero fingí que no me daba cuenta. Incluso empecé a hablar un poco más alto de lo normal para que Fidel no notara nada raro.

Apuré mi café largo y volví sobre el tema. El tema que me torturaba.

—¿Y tu madre se quedaba sola entre semana? ¿Nadie le hacía compañía? Me pareció que la chica que le limpiaba el piso era simpática, pero que sólo venía muy de vez en cuando.

—No, la verdad es que la mujer se encontraba muy bien y no quería tener a nadie rondando por el piso. Ya sabes cómo es la gente mayor. Quieren una cosa o la contraria, pero no tienen término medio. Y al final todo ha sido muy repentino.

—Pero alguien vendría algún día a ayudarla con la compra...

Por primera vez lo noté incómodo.

—No, de verdad, quería vivir sola.

—A mí también me gusta vivir sola —respondí, dándole a entender que no iba a presionarlo más.

Ver de nuevo su sonrisa y percibir cómo su cuerpo se relajaba me animó a seguir hablando. Una aclaración: cuando estoy tensa, me cuesta callarme. En lugar de solucionar los conflictos con mi silencio los suelo agravar con mi incontinencia. Soy una continua huida hacia delante. Así que en aquel momento me lancé a decir lo que no pensaba decir.

—En realidad, no es que me haya tomado unas vacaciones, sino que estoy de baja por ansiedad. No intentaba ocultártelo, es que me cuesta decirlo así de entrada. Así se llama ahora al acto de morirse de pena: baja por ansiedad, que no llega a la categoría de depresión. Por eso estoy siempre en casa y por eso digo que sí a tu propuesta de enseñar el piso. Me servirá para distraerme.

—¿Y cómo pasas los días? —me preguntó mientras se incorporaba en el sofá.

—Leo mucho, veo películas antiguas, duermo, miro por la ventana, leo, veo películas antiguas, hago como que bailo, me voy a la cama pronto. Pero sobre todo leo.

Ya lanzada, decidí que podía arriesgarme a devolverle los libros. Abrí el bolso.

—Mira lo que cogí el otro día de tu casa. Te pido disculpas si los has echado de menos. Fue un impulso. Aquí los tienes.

—Ah, no tienes por qué disculparte. Éstos eran los libros preferidos de mamá. Le encantaba la astronomía. Se aficionó a mirar por el telescopio, aunque siempre se quejaba de que el cielo de Barcelona está más sucio que los ojos con cataratas de una vieja. Así lo decía. Era muy bromista. Echaba de menos los cielos de un pueblo del sur de Francia, donde nació. Algunos fines de semana, cuando aún se veía con ánimos, me las llevaba a ver las estrellas y los planetas desde la cima del Tibidabo, donde la atmósfera se nota más limpia.

Me sobresalté.

—¿Te las llevabas? ¿A quiénes?

—A mi madre, a mi madre y a la sonámbula de ese libro que tienes entre las manos —me respondió con una sonrisa pícaro, tras un instante de duda. A mí me dejó aturrida.

—¿Así, a las dos, a tu madre y a la sonámbula?

—Sí. En el coche. ¿Te lo has leído entero? ¿No? Puedes quedártelo. Te lo presto. Mi madre no dejó nunca de leerlo.

—Está en inglés. ¿Cómo es que sabía inglés?

—Dio clases de inglés y francés en una escuela.

—¿Y lo de la astronomía?

—Tradición familiar. Su padre, es decir, mi abuelo, era muy aficionado a mirar las estrellas. Era colaborador del astrónomo que descubrió el asteroide

Barcelona. ¿Lo conoces? ¿Sabes que hay un asteroide que se llama Barcelona?

—No tenía ni idea. ¿Y se puede ver?

—Cuesta un poco, pero sí. Es el asteroide 945, también conocido como el planeta Barcelona. ¿Sabes qué son los asteroides?

—Alguna vez los estudié, pero soy una desmemoriada. Todo me suena y nada sé.

—Hablas como si recitaras poesía.

—Tradición familiar también. Soy hija de padres lunáticos.

—Qué gracia. Padres lunáticos.

—Querían que fuera una mujer renacentista y me educaron para ello. Por eso bailo, canto, sé escribir...

—Mi madre también era lunática, a su manera, hasta que nos dejó mi padre y se volvió una mujer práctica. De pequeño, crecí mirando la Luna. ¿Has tenido alguna vez un telescopio? Yo le regalé hace unos años uno muy bueno a mi madre. Tenía que hacerme perdonar algún pecado... ¿Sabes? Creo que podría prestártelo ahora. No es complicado usarlo, encontrarás las instrucciones en una web. Me encantará saber que está en buenas manos.

Y así fue cómo me inicié en la astronomía. Con el telescopio de una vecina muerta.

Me lo traje dentro de un estuche gris.

—¿Sabes qué? Volveré el sábado de un viaje. Si no tienes plan, te puedo enseñar cómo funciona. Pero ahora te lo llevas, para ir practicando.

En los momentos en que Fidel tomaba la iniciativa desaparecían sus ademanes taciturnos y se transformaba en un hombre con determinación. Le brillaban los ojos y la torpeza se tornaba elegancia no forzada. Aquel tipo me desconcertaba.

—Claro, gracias. Buen viaje y todo eso —dije mientras me iba hacia la salida cargada con mi nuevo juguete.

Ya en mi rellano encontré junto a la puerta un paquete de plástico con seis botellas de agua y un par de libros: una edición preciosa de *Moby Dick* y una biografía del capitán Cook. Los había dejado mi pobre Pau.

«Para que veas mundo sin salir de tu habitación, ahora que puedes viajar sin viajar», me decía en un wasap.

Había otro anterior:

«Qué pena. No estás.»

Alfredo y el rey Arturo

Antes de Pau hubo alguien que me duró más que nadie, aunque no debería de hablar de él en pasado, porque no lo he perdido de vista. Igual que Pau, tiene un papel principal en esta historia. Se llama Alfredo y es matemático. Estuvimos juntos cinco años y nuestra relación de pareja se terminó por culpa del dos o ninguno. Con él, en los mejores momentos, volví a ser Ginebra. Una Ginebra que se teñía el cabello para interpretar a la pelirroja de un cuento erótico que animaba nuestras mejores noches. Durante un tiempo, cuando viajábamos, Alfredo reservaba sólo habitaciones que tuvieran cama con barrotes y yo me hacía la sorprendida.

—Mi rey, ¿a qué esperáis para atarme las manos? ¿Aceptáis castigarme por estar pensando lo que no debería estar pensando y que, de saberlo vos, os provocaría un grave disgusto?

—Hágase vuestra voluntad, reina del castillo de Glastonbury.

¡Poco se imaginaba mi padre cuando decidió rebautizarme que el nuevo nombre acabaría alentando mis noches de sadomasoquismo ligero!

En algún momento llegamos a acariciar la felicidad, pero el error que cometió Alfredo fue convencerme para que nos acostáramos juntos una noche sí y otra también. A mí, debo admitirlo, me encantaba hacerlo. Tanto que ya no concebía dormirme sin la calidez de su cuerpo enroscado al mío. Cuando no estábamos juntos sucumbía al insomnio por ausencia de calor, que era una variante del estrés por separación. Algún día llegué incluso a llorar de felicidad. Hasta pensé en volver a cambiarme el nombre y enterrar para siempre a Marta.

A Alfredo le fascinaba mi resistencia a hacerme mayor. Fue él quien me incitó a saberlo todo sobre el mito de Fausto en sus múltiples versiones. Cuando me conoció, tenía cuarenta y nueve años y yo treinta y seis, pero él fijó en los veinticuatro la edad en que yo había dejado de envejecer. Lo sorprendente es que ahora, cuando ya he cumplido cuarenta y dos, Alfredo insista aún en que por alguna misteriosa razón se me detuvo el tiempo a los veinticuatro. Lo atribuye a

algo que pasó aquel año, algo que supuso para mí algún tipo de renuncia o de callejón sin salida. Le dimos vueltas y más vueltas, casi siempre en largas conversaciones de cama. Le conté que a aquella edad había conocido a un chico y lo había dejado al poco tiempo porque el pobre estaba obsesionado por las infidelidades que yo aún no había cometido pero que sin duda cometería. A Alfredo le hizo gracia el asunto, pero no lo consideró relevante. Así que siguió preguntándome sobre aquel año de mi juventud. No pude ayudarle mucho, porque mi década de los veinte fue una época muy acelerada de la que no siempre tengo recuerdos precisos. No bebía en exceso ni tomaba drogas, pero no me perdía una fiesta donde hubiera baile y apenas dormía. Así que mis vivencias se conservan entre brumas.

¿Acaso dejé de hacerme mayor por algo que me sucedió en pleno estado de sonambulismo? Si era así, nadie acertó a explicármelo.

Decía que el error que cometió Alfredo fue querer dormir todas las noches conmigo. La vida era fácil y agradable con él pero, para bien o para mal, la rebelde que habita en mí no tardó en activarse. Si Alfredo era mi rey Arturo, Lancelot compareció en forma de antiguo compañero de escenarios que empezó a dar clases en la misma escuela que yo. Una vez más, me dejé seducir por un hombre con el objetivo inconfesable de acabar con la tensión sexual no resuelta que se había instalado entre los dos. Solía comportarme así: me quedaba quieta como una presa que anhela que el depredador acabe lo antes posible con ella, pero no porque se sienta atraída, sino para dejar de sufrir de incertidumbre. Y el depredador venía y me tomaba sin contemplaciones.

El bailarín y yo nos acostábamos en mi casa un par de veces por semana. A Alfredo, mientras tanto, le decía que tenía que encontrarme a mí misma para no estropear nuestra relación por culpa de mi deseo frustrado de libertad. Le echaba en cara su voracidad amorosa.

—No puedes comerte todo el pastel de chocolate entero como si fueras un niño. En la vida adulta nos conformamos con una porción. Dos, como máximo. Y tú lo quieres entero. Las indigestiones de amor son dolorosas.

Me pone enferma recordarlo ahora. Nunca debí hablarle así.

Al final, se acabó enterando, porque no era ingenuo y porque yo soy demasiado transparente como para ir fingiendo una normalidad que no existe. Primero lo toleré, aunque de mala gana. Supongo que quería demostrarse a sí mismo que era un tipo abierto y respetuoso con la libertad de los demás. El problema era que sufría mucho con mis ausencias, hasta el punto de beber más de lo habitual. Luego vinieron algunas separaciones temporales. Y al final, claro, conoció a alguien. No me lo dijo así, pero lo sospeché cuando vi que, los días en que me ausentaba, él escondía en un armario las cosas que yo tenía esparcidas

por su casa.

Se fue Alfredo y al poco tiempo me di cuenta de que mi nuevo amante bailarín envejecía mal. Aunque conservaba cierto porte, la barriga lo delataba. Es lo normal. Después de tantos años de privaciones para no perder el favor del director, los exbailarines tienden a abandonarse.

Por mí que se opere, pensé, cuando decidí quitármelo de encima.

Dos o ninguno. Ninguno.

Luego vino Pau, pero ya no fue lo mismo. Él nunca conoció a Ginebra. Supongo que la secuencia era la que cabía esperar de una vocación temeraria como la mía: del rey Arturo hasta la baja por ansiedad pasando por un tipo bondadoso que me amaba bien.

Aquellas mañanas me acordaba de Alfredo y un poco de Pau mientras afinaba el oído para averiguar si había alguien en el piso de Fidel.

Baila la Luna

Intenté arreglármelas con el telescopio, aunque sin mucho entusiasmo. Me conformé con ver la Luna un poco más cerca. Confiaba en que Fidel me enseñara a manejarlo.

Mientras esperaba a que llegara la cita prometida del sábado me entretuve con mi sonámbula. Compartía con la protagonista del libro la fiebre que guiaba sus reflexiones.

Me identificaba con ella porque me hacía pensar en el resorte que me arrancaba de la cama en mi juventud. Un especialista en trastornos del sueño con el que me visité me dijo que mi caso entraba en el cuarto de los cuatro supuestos clásicos de sonambulismo: el que resulta de un estado de alta exaltación mental. Me contó que era el tipo de paroxismo que está en el origen de la vocación de los grandes poetas y artistas, y debo confesar que eso me elevó el ánimo.

Del libro de mi vecina también me seducía el tono naíf con que Pauline describía sus viajes astrales, como cuando la conducían a una ciudad mercuriana llamada Mesopotamia:

En esta ciudad todo el mundo aparenta ser más bello que en las que he visitado anteriormente, aunque tengo que destacar, si no lo he hecho ya antes, que las calles me parecieron demasiado estrechas. Eso sí, debo decir que las entradas a la ciudad eran muy grandes.

Las calles de las ciudades de Mercurio son demasiado estrechas. Alerta, Houston, tenemos un problema.

Como ya he dicho, no soy bebedora, pero aquellos días solía combatir la melancolía con bebidas que yo misma inventaba. Una amiga rusa me había regalado por Navidad una botella de vodka de calidad insuperable que mezclaba con zumo de pomelo. Aquello tenía efectos hipnóticos. El cóctel, la chaladura de la sonámbula, la Luna aumentada, los vídeos de YouTube con música de los ochenta y los brotes de tristeza insondable encendían mis noches de insomnio y me impelían a trazar diagonales de danza en el salón. Recuerdo que a veces acababa llorando de emoción, conmovida por la intensidad de mi propio

desaliento.

Los drogadictos muertos

El viernes previo a la cita que tenía concertada con Fidel se presentaron los primeros candidatos a alquilar su piso. Los esperé en la calle. No quería que supieran que yo era la vecina de arriba.

Eran una madre en la cincuentena y un hijo de veinte con aire apocado. El que de verdad estaba interesado en el alquiler era él, mientras que ella hacía de aguafiestas. Me di cuenta al abrir la puerta, cuando se quejó de mala manera del olor a humedad. Lo que no sabía la pobre mujer era que yo tenía aún menos interés que ella en que se cerrara el trato. ¿Qué me importaba a mí que mi vecino lograra colocar o no su piso? Si algo había aprendido durante mi baja era que sólo tenía que preocuparme de mí misma. El egoísmo militante se había convertido en mi mejor antidepresivo, y lo que no iba a hacer era poner en peligro mi equilibrio precario por humillarme ante una sifilítica mental. Además, debo confesar que tampoco tenía prisa en perder de vista a Fidel.

—¿El barrio está cambiando mucho, no? —preguntó con cara de fastidio—. Se ve a mucha gente nueva. Nosotros no tenemos ningún problema, ¿eh? Pero me lo ha parecido al venir. Hay mucha gente nueva.

Vestía una blusa de abuela, pero los pantalones ceñidos le quedaban de muerte.

—Sigue siendo un buen barrio —respondí, espoleada por la oportunidad que la mujer me ponía en bandeja—. El ayuntamiento está invirtiendo mucho en esta zona últimamente. De hecho, en los próximos meses abrirá en los bajos de este mismo inmueble un nuevo equipamiento. Hace poco inauguraron un ambulatorio y una escuela de primaria.

No le di tiempo a que me replicara porque enseguida empecé a explicarles lo que iban a encontrar cuando recorrieran el resto del piso.

—Por este pasillo se llega hasta las habitaciones. Aquí a la izquierda está el acceso a la cocina, que necesita una pequeña reforma porque la madera de los muebles se ha podrido, los fluorescentes son tan viejos que ya no se fabrican

recambios y la campana se ha abrasado por dentro. No la usen, porque pueden intoxicarse. Y a la derecha tienen el lavabo donde se murió hace una semana la pobre madre del propietario después de horas de brutal agonía. Quedó hecho un desastre. Si lo hubieran visto, era el escenario de una película de terror. Seguro que si buscan bien aún encontrarán algún rastro de la tragedia.

El chico miró a su madre con cara de espanto y yo tomé impulso.

—Verán que las molduras del techo están un poco pasadas de moda, pero nadie puede negar que las pusieron con cariño. ¿Ven que apenas se nota que son de poliestireno repintado? Siempre me han fascinado estos adornos de baratillo que se inspiran en las formas más elegantes de la arquitectura clásica. Deberán tener cuidado al quitarlas si deciden hacerlo, porque pueden llevarse media pared por delante. Ya sabemos cómo se construían estos pisos de clase media. Y el tipo de cola de megaimpacto que usan los aficionados al bricolaje de tres al cuarto. ¡Qué horror! En cambio, el parqué de este piso está fenomenal. Se nota que no han campado por aquí niños con sus hábitos genocidas. Qué envidia de parqué.

—¿Hay calefacción central? —preguntó él con un hilillo de voz.

—Claro, aunque tendrán que llamar al servicio técnico para arreglar la palanca de la caldera porque ahora se sostiene con una cinta de esparadrapo. De hecho, la semana pasada vinieron a precintarla por riesgo inminente de incendio o envenenamiento, aunque conseguimos una prórroga. Y los radiadores no se purgan desde el franquismo.

—Perdone —interrumpió la madre—. ¿A qué equipamiento se refería cuando dijo que iban a instalar uno aquí debajo?

Me tomé unos segundos para abrir de par en par la ventana de una de las habitaciones, oculta tras unas pesadas cortinas. Lo hice de manera teatral, como si fuera a mostrarles un paisaje de ensueño, y lo que observaron al asomarse fue un mar de tendederos en un patio oscuro. Mi propia ropa interior flotaba sólo unos metros más arriba. Cinco piezas negras cuidadosamente dobladas y tendidas a la misma distancia la una de la otra. Fingí que me caía agua en la cara y me hice la indignada:

—¡Vaya, veo que la vecina del ático es de las que tienden la ropa sin centrifugarla! Qué cerda. Tendrán que tender la suya con un plástico, lo siento. Vaya incordio. La tía debe de creer que si centrifuga se le van a desintegrar las bragas.

—El equipamiento...

—Sí, el nuevo equipamiento que van a abrir aquí debajo. Al parecer, será una narcosala. Saben lo que es una narcosala, ¿no? Esos consultorios en los que se suministra metadona a los heroinómanos. Éste es un barrio muy solidario, ¿saben? Da gusto vivir aquí, ahora que todas las ciudades se deshumanizan. Éste

sí que es un barrio decente. Céntrico y solemne, pero decente.

El chico buscaba una respuesta en la mirada de su madre, pero ella estaba demasiado desconcertada para hablar. Así que seguí.

—Usted, señora, que es bastante mayor que yo, debió de vivir a tope los ochenta, ¿no? Yo no, los míos fueron los noventa, pero me han hablado mucho de aquella década. Aquella Barcelona donde los yonquis daban tumbos como zombis por las calles. ¡Qué ciudad más siniestra! La Guardia Urbana pasaba de ellos porque tenían muy mal genio y los agredían. Qué pena. A muchos los encontraron tiesos en los lavabos de los bares cuando periódicamente llegaban suministros de droga demasiado pura. Pobrecitos. Cuántos chicos y cuántas chicas muertas y cuántas familias destrozadas y cuántas farmacias atracadas. Yo aún era muy joven, pero varios amigos de mi hermana no lo llegaron a contar. Caían como moscas. La pobre no paraba de ir a funerales. Pues bien, supongo que serán los supervivientes de esa plaga los que vengan a curarse en la narcosala. Dios los bendiga.

La mujer se había alejado dos pasos y fingía prestar atención al estado de los zócalos, un poco abombados por la humedad. Su hijo tecleaba en el móvil y resoplaba, creo que pretendiendo que le había surgido una cuestión urgente.

—Bien, ya nos hemos hecho una idea —dijo ella bruscamente, invitándome a acompañarla hacia la puerta—. Si nos acaba interesando el piso ya llamaremos. Ahora tenemos que irnos a ver otro.

—No se duerman, hay varias personas que ya lo han visto y dicen que contestarán esta misma tarde.

El chico quiso darme dos besos precipitados antes de meterse en el ascensor. ¿Se besa a las agentes inmobiliarias? Yo creo que no, pero le traicionaron los nervios. No sabía dónde meterse. Nunca había imaginado que se toparía con una comercial como yo.

De regreso a mi apartamento, celebré mi estreno como vendedora con un homenaje a los drogadictos muertos que de joven sólo entreví como sombras que entraban y salían de la habitación de la hermana que nunca tuve. Vodka con pomelo y una canción de Jim Carroll titulada *People who died* que habla de Teddy, que esnifaba pegamento y se cayó de una azotea en la calle 29 Este cuando tenía doce años.

Y después, ya más calmada, puse un poco de Bach y me sumergí en el *Octavo viaje a Júpiter*:

De nuevo llego hasta una entrada. Las columnas son aquí de un azul brillante. Me dicen que la ciudad se llama *Israel*. La entrada supera a las anteriores por su admirable belleza. Las ciudades que he visitado hasta ahora en la Luna y en Mercurio son claramente inferiores a ésta. Las piedras que componen el pavimento son suaves como el cristal y de una coloración

púrpura. La ciudad entera está bañada por una suave luz y tiene una intensidad divina.

Ninguna objeción a la anchura de las calles. Todo bajo control.

El eco de los otros

El sábado, el día de mi supuesta cita con Fidel, escuché cómo el ascensor se detenía en el sexto, así que sin duda se trataba de él regresando a casa para pasar el fin de semana. Esperé con cierta impaciencia. El telescopio estaba ya instalado fuera de su estuche y yo llevaba la ropa *casual* que mejor me quedaba.

Pero avanzaba el reloj y nadie llamaba a mi puerta.

El suelo es para las bailarinas una herramienta de trabajo con la que estamos siempre en contacto. Cuando hablo de bailarinas no excluyo a las que hemos dejado de bailar en público porque arrastramos lesiones irreversibles. La mía lo es, pero eso no me impide practicar algunos pasos y ejercitarme sobre el parqué de mi salón sin muebles.

Tumbada en el suelo después de un ejercicio, la oreja pegada a las tablas, se puede escuchar con detalle lo que sucede en el mundo exterior. A menudo son sonidos sordos que se entremezclan con el latido de tu propio corazón aún alterado por el esfuerzo. Es un momento relajante. Tu cuerpo se adapta a la madera noble hasta fundirse con ella mientras escuchas el eco de la vida de los otros.

Aquel sábado, si me concentraba, a quien oía era a Fidel trasladándose de un extremo al otro de su piso. No entendía lo que decía, pero sí podía deducir que estaba manteniendo una conversación con alguien. Como la única voz que me llegaba era la suya deduje que hablaba por teléfono. Pero ¿tantas horas? Con breves interrupciones, su conversación, tranquila, se prolongó hasta bien entrada la madrugada. Las últimas palabras las pronunció en su habitación y sonaron más aceleradas y en tono más alto. Me provocó cierta turbación imaginarme lo que podía estar haciendo un hombre solo a aquellas horas, en la cama, mientras se comunicaba con alguien al otro lado del teléfono.

Me dormí intrigada.

El miserable tampoco me llamó el domingo. Se me pasaron las horas pretendiendo que ordenaba la ropa pero sin llegar a ordenar nada. Al anochecer

oí el ruido del ascensor y supuse que estaría bajando a la calle. Acerté. Me asomé a la terraza y pude ver cómo cogía un taxi, maleta en mano.

Estuve tentada de enviarle al infierno en un mensaje, pero acerté a contar hasta diez. Mi tormentosa relación con Pau me había enseñado a no dejarme llevar por los impulsos con el teléfono móvil. Las palabras que quedan por escrito tienen a menudo una trascendencia que no habíamos previsto y luego hay que emplearse a fondo para apagar el incendio que hemos creado con ellas. En eso, Pau era un auténtico plasta. Se agarraba a la literalidad de mis mensajes para hacerse la víctima durante días. Así que con Fidel opté por un texto escueto:

«Ayer vinieron a ver el piso aquel chico y su madre, los que me enviaste. Creo que los convencí y que dirán que sí. Ya te lo contaré cuando tengas un minuto para mí. Me imagino que andas muy liado. Que te vaya bien.»

«Gracias», me contestó de inmediato, sin excusarse por el plantón.

Insistí.

«He visto que hay algún interruptor que no funciona, un par de bombillas fundidas, una persiana a punto de romperse, los zócalos que están para tirarlos... ¿Te parece que llame a un chico que lo sabe reparar todo? Es muy de fiar. Yo acudo a él a menudo.»

Pero ya no obtuve respuesta.

Se había hecho de noche. Me invadía una sensación de vacío a pesar de que todas las lámparas y todas las velas estaban encendidas precisamente para evitar la depresión que me suele caer encima cuando oscurece. Hacía semanas que no me atrevía a salir a la calle más que para hacer la compra en las tiendas conocidas.

Aquel domingo estaba ya empachada de ballets antiguos y de películas de tipos duros y mujeres lánguidas. Demasiado cansada para leer. Harta de engullir cualquier cosa de la nevera.

La idea me la dio el telescopio del vecino absurdamente plantado sobre su trípode junto a la puerta de la terraza. Me levanté del sofá y fui a buscar la llave del piso de abajo.

La trastienda de un hombre impecable

Si los libros de astronomía eran de su madre, ¿cuáles eran los suyos?

Mi baja tomaba de repente un rumbo inesperado. El azar (y admito que mi falta de escrúpulos) me ponían en una situación de ventaja respecto a un tipo que me parecía lo bastante interesante como para querer indagar sobre él. En aquellas estanterías, en aquellos armarios del tamaño de paredes enteras estaba contenida su vida y yo disponía de todo el tiempo y la inmunidad del mundo para chapotear en ella.

A eso dediqué las siguientes horas.

Los libros de informática de la facultad ocupaban un par de estanterías en el salón. Eran ediciones de los años ochenta. Lo más moderno que había era un libro de divulgación sobre la alquimia y varios manuales de fotografía junto a un teleobjetivo de esos que utilizan los *paparazzi* para capturar a las famosas en *topless*. Supuse que en su caso servía para fotografiar planetas.

No había nada especialmente interesante.

En realidad, la ansiedad me precedía. Era incapaz de concentrarme porque tenía la certeza de que en cualquier momento iba a dar con una nueva sorpresa que me estaba aguardando en algún rincón.

La impaciencia es mi peor defecto, sostienen mis exnovios Pau y Alfredo. Pero yo creo que está en el origen de lo poco que he conseguido de bueno en la vida. La impaciencia me salva de la indecisión. La indecisión es, ella sí, mi gran rival. El ejemplo más claro es mi lesión, provocada por una vacilación a la hora de decidir si me empleaba a fondo en un ensayo o si me reservaba para el estreno. Pagué caro el despiste. En la duda me dejé para siempre los ligamentos.

Así que, con deliberada impaciencia, abrí todos los armarios y cajones que pude encontrar en la casa. Si había decidido profundizar en mi nueva vocación de entrometida, era mejor hacerlo cuanto antes y de manera sistemática.

En realidad, no pude abrirlos todos. Un armario alto y profundo de dos

cuerpos del dormitorio principal, el de la mujer muerta, permanecía cerrado con llave, un detalle que me pareció extraño. ¿A quién estaba impidiendo Fidel el acceso a aquel mueble? ¿A su madre? ¿O, por el contrario, era ella quien se lo había vetado a él? ¿O es que el tipo no se fiaba de mí y por eso lo tenía cerrado? ¿O tal vez, tras morir su madre, no había podido abrirlo o no había tenido necesidad de hacerlo?

Pero ¿para qué dar más vueltas al asunto si tenía todo el resto de la casa para mí?

En los cajones a los que sí pude acceder predominaba la ropa de la madre. Fidel tenía unas diez o quince camisetas, algunos pantalones, camisetas de verano y poca ropa interior. Ninguna vestimenta deportiva. Las sábanas y las toallas estaban en el baúl gigante de la esquina. Supuse que las prendas de abrigo las guardaba en el armario que no podía abrirse.

Pero la sorpresa me esperaba, una vez más, en el baño.

Vi sobre la pica una brocha de afeitar bastante cara —lo sabía porque le había regalado una parecida a Alfredo— y un perfume de sándalo y una crema de la misma marca. Todo tenía un aspecto pulcro, quizás porque la anciana se había encargado en vida de mantenerlo en perfecto estado y Fidel no había tenido aún tiempo de estropearlo. Pero seguí indagando y di con lo que buscaba. En el fondo, sentí cierto alivio: siempre me ha reconfortado comprobar que la mayoría de la gente es tan desastrada como yo en la gestión de las cosas cotidianas. En aquel segundo cajón estaba contenido el desorden que oculta toda apariencia de orden. Frascos de jabón sobrantes de las noches en los hoteles, toallitas húmedas medio resacas, preservativos caducados hacía dos años, una caja vacía de Almax, bastoncillos de las orejas usados, un billete de metro de París, monedas de diez y veinte céntimos, un neceser de piel negra con salpicaduras de dentífrico, un cortaúñas oxidado y una botella de plata coloidal.

En el fondo, lo que vi me causó a la vez tristeza y sentimiento de culpa, porque era precisamente lo que estaba buscando al fisgar en el lavabo de aquel hombre: la trastienda de su apariencia impecable.

Aunque la auténtica sorpresa me esperaba en otro lugar. Concretamente, dentro de un neceser guardado en un pequeño armario, al otro lado del espejo. Era uno de esos neceseres que te regalan en las tiendas caras cuando te gastas un pastón en cosméticos. Lo abrí. Mi asombro estaba justificado: en el interior sólo había productos de buenas marcas. Y resultaba evidente que no eran el tipo de cosméticos que usa una mujer de ochenta años. De eso estuve segura desde el primer momento. Un poco sí sé del asunto del maquillaje. Por algo tuve mi época en la que me hacía invitar a todas las fiestas, cuando imaginaba que algún día bailarían *Giselle* en París o San Petersburgo. De hecho, yo misma usaba

algunas de aquellas marcas. Aquel neceser habría podido ser perfectamente mío.

Dentro había tres barras de pintalabios Guerlain KissKiss, contorno de ojos y de labios Sisley, maquillaje La Prairie, muestras de perfume Dior Sauvage y un lápiz de ojos Givenchy, que yo recuerde.

¿Era aquél el arsenal secreto de una anciana que trata de detener el tiempo? Seguro que no. El hallazgo, por su puesto, tenía que guardar relación con la persona que dormía en el piso el día en que la madre de Fidel sufrió el ataque. Y ahora estaba ya claro que era una mujer. Rubia y probablemente tan atractiva como para gastarse una fortuna en intentar parecerlo aún más.

¿Misterio resuelto? ¿Podía retirarme a mi cama y empezar a olvidar a Fidel?

No tan deprisa. Estaba probando en mis propios labios la barra de Guerlain cuando vi que había un papelito doblado dentro del neceser. Lo abrí. Era una página sacada de internet que reproducía algo parecido a un diálogo. Por describirlo de alguna manera.

Me he dado cuenta de que los lápices de labios y las cremas pueden manchar la silicona, así que estoy buscando un producto que actúe como barrera entre los cosméticos y la silicona sin pintar. Debería actuar como una protección invisible y, por supuesto, temporal. Como una película que pueda ser retirada sin causar daño a la silicona. Usé una máscara de Gemey-Maybelline, pero el resultado no fue plenamente satisfactorio. ¿Podrían darme alguna idea?

Y la respuesta.

Utilizamos maquillaje en polvo para conseguir mejores resultados con el brillo de los labios. Una vez hemos acabado con las fotos, quitamos el brillo coloreado con desmaquillador. Sale de una forma muy limpia. Te aconsejo que no lo dejes puesto durante más de dos días.

¿Pintalabios directamente sobre la silicona? ¿La silicona de dónde? ¿Cómo que dos días con el maquillaje puesto? ¿Qué condena era ésa? ¿Fotos? ¿Qué fotos? ¿Era la misteriosa mujer rubia una modelo? ¿Una modelo operada con la silicona a flor de piel? ¿Estaría de verdad muerta cuando bajé a ayudar a la madre de Fidel y por eso permaneció tendida sobre su cama? ¿Pretendía alguien maquillar un cadáver para enterrarlo con mejor aspecto?

No soy astuta descifrando enigmas. Los misterios me crean ansiedad y me bloqueo. Por eso, entre otras razones, elegí ser bailarina. En la danza, es el coreógrafo quien hace el trabajo intelectual. Tú sólo tienes que seguir el camino que te indican, aunque después, en las entrevistas, nos guste decir que cuando entramos en estado de gracia añadimos mucho de nosotras mismas al montaje. Alguna habrá que se lo crea y lo diga de forma sincera. Tal vez las más brillantes, las que hacen un esfuerzo mental de aproximación al papel. Las que lo

viven desde dentro. Normalmente, pero ahora más que nunca, yo necesito saber dónde empiezo y dónde acabo un movimiento y en qué punto exacto del escenario tengo que quedarme tendida. Necesito trazas de tiza en el suelo que piso. Necesito geometría a mi alrededor. En los últimos años, ya como profesora, todo se ha vuelto más simple y confortable: un trabajo de tres a nueve sin margen para la sorpresa. La incertidumbre la guardo para mi vida sentimental.

Haber encontrado en el lavabo de Fidel aquellos cosméticos y la nota inescrutable me causaba un doble efecto inquietante: por un lado, me sumergía en un misterio para el que no estaba preparada. Por otro, empezaba a visualizar a la mujer a la que pertenecía el neceser y sentía próxima su presencia. Tanto que temía encontrármela sentada en el sofá del salón cuando abriera la puerta del baño, mirándome con ojos inquisidores, sus soberbias piernas cruzadas una encima de la otra y un reproche en sus labios turgentes.

¿Quién te ha dado permiso para hurgar en nuestra vida, imbécil?

No hubiera sabido qué decirle. Tal vez, de haber estado yo en otras circunstancias, de haber sido menos vulnerable, no habría construido un castillo con todos aquellos retazos de información sesgada. No habría salido a hurtadillas del piso y subido los escalones casi sin pisarlos. No me hubiera metido enseguida en la cama, sin ni siquiera lavarme los dientes. Y, ya bajo las sábanas, a la luz de mi lamparita, no hubiese buscado refugio en la ingenuidad de la viajera sonámbula Pauline Dorathea Beuerly.

Primer viaje a Ceres

La ciudad en la que entro ahora se llama Gilliath. Todo lo que hay a mi alrededor es espléndido y bello, y me vuelven a faltar las palabras. En la entrada, adosadas a los edificios de la ciudad, se han erigido pequeñas torres con un techo ovalado. Brillan con gran esplendor. La ciudad es grande, pero, una vez más, la calle no es ancha; el pavimento es de todos los colores posibles y las piedras encajan bellamente entre ellas. Ahora entro en el salón de recepciones. Está casi vacío, apenas hay cuatro profesores. Están cantando un himno, del que no puedo precisar la melodía o el texto. Se acompañan del sonido de arpas. Profesores y alumnos brillan bajo una luz que no es otra que la del sol. Soy incapaz de describir la armonía y el amor recíproco que reinan aquí.

La desmesura de Coltrane

Unos días después, era una pareja joven acompañada de un niño de tres o cuatro años la que me esperaba a la hora convenida junto a la puerta de la calle. Subimos sin decirnos nada en el ascensor. Supongo que una agente inmobiliaria competente empieza a trabajarse la operación desde el «buenos días» y prácticamente la tiene cerrada cuando llega con los clientes al sexto. Pero yo no tenía intención de alquilar el piso a nadie.

De haber querido hacerlo, aquella mañana no hubiera dejado mi aparato de música vomitando con desenfreno las *Africa/Brass Sessions* de John Coltrane. La verdad es que el efecto conseguido me asustó incluso a mí. La música se colaba en el mismísimo ascensor conforme subíamos. Cuando llegamos al rellano de Fidel, la sensación era que los miembros de la banda de jazz en persona estaban desgañitándose sobre nuestras cabezas. Los bajos que atronaban en el piso de arriba hacían vibrar la barandilla de la escalera y ésta acompañaba la melodía del saxo con un timbre metálico similar al de los platillos de una batería. La puerta también temblaba nerviosa, sumándose a la percusión. El niño se tapaba los oídos y sus padres me miraban con los ojos abiertos como ventanas.

La desmesura del saxofón de Coltrane siempre me ha parecido prodigiosa, pero para apreciarla de verdad hay que afrontar el asunto del volumen sin contemplaciones, pensé, para justificarme. Mi vida ha sido la danza y la danza es música. Nunca he escatimado dinero a la hora de comprarme un aparato reproductor. Pero hasta aquel día no había tenido una buena excusa para poner a prueba la capacidad destructiva de mis altavoces de dos mil euros.

Ellos no lo sabían, pero la puerta de mi piso estaba abierta de par en par y el amplificador y los bafles instalados con cables alargadores en el recibidor y orientados hacia el rellano.

—Esto... ¿es siempre así? —preguntó ella con timidez. Creo que, más que escucharla, leí la frase en sus labios.

Levanté los hombros queriendo expresar resignación (a veces las bailarinas hablamos mejor con los hombros que con los labios. Los míos, además, son preciosos).

—Ya saben, son las ventajas y los inconvenientes de Barcelona. En esta ciudad lo tenemos todo a favor: buen tiempo, playa nudista, surferos guapos, tolerancia sexual, danza, óperas, el arroz con bogavante... pero, en contrapartida, ¡no podemos elegir a nuestra vecina de arriba! ¡No nos está permitido! ¡Alquilar un piso tiene siempre algo de apuesta en la ruleta rusa, porque, vas, y te toca convivir con una psicópata a sólo tres metros sobre tu cabeza! Pero ustedes están de suerte porque se han dado cuenta del desastre el día en que han venido a comprobar si les gustaba o no el piso. Imagínense que la individua de arriba está hoy en el trabajo y no se enteran hasta que están ya instalados, con los muebles trasladados y la habitación del niño recién pintadita, de que tienen el mismísimo festival de Newport sobre sus cabezas. ¡Deberían dar gracias a Dios por haberse dado cuenta a tiempo! Pero no exageremos. Creo que la vecina del ático está también de alquiler. Quién sabe, a lo mejor algún día se va o se muere. Entren a ver, el piso está bien. Para lo que piden, está bien.

Repetí la experiencia con una pareja un poco más mayor y el *Cuarteto de cuerda y helicóptero* de Karlheinz Stockhausen, una grabación en la que se escucha la música del cuarteto entremezclada con la bulla infernal de cuatro helicópteros. Yo misma la bailé una vez en un aterrador montaje de un coreógrafo alemán ante una platea que acabó desierta.

Conseguir que nadie quisiera alquilar el piso de Fidel se convirtió en una diversión malsana en mis días de decaimiento. Dejé charquitos en el suelo y mojé paredes para simular humedades, mostré las bombillas desnudas de las habitaciones para crear un efecto de desamparo, vertí botellas de *limoncello* para que los zapatos de los visitantes se pegaran fastidiosamente en el parqué. Oculté cubos con comida de días atrás en los armarios de la cocina para crear ambiente. Y otras perrerías por el estilo de las que hoy no me siento especialmente orgullosa.

Supongo que intentaba llamar la atención, sobre todo a mí misma.

Una tarde distinta

Una tarde, el solícito funcionario de asuntos sociales que responde al nombre de Pau, exnovio mío a su pesar, vino a verme con una botella de whisky japonés. Nos bebimos la mitad y acabamos en la cama. Me di cuenta desde el principio de que me estaba equivocando, pero ya no tenía remedio. Mientras nos desnudábamos me tranquilicé pensando que él ya no esperaba nada de mí. Que conocía mejor que nadie lo peor de mi carácter y mi falta de compromiso. Que no vería en aquel divertimento un nuevo principio, sino una tarde distinta.

Acertaba sólo a medias. Pau se quedó a dormir y cuando me desperté ya estaba vestido y se comportaba como el amigo que trata de minimizar el desorden en casa de una convaleciente. Hasta aquí, perfecto. Sacaba la vajilla del lavaplatos y recogía del suelo las servilletas de papel hechas un ovillo. Preparaba las bolsas de reciclaje. Me atraía su eficacia, su capacidad de poner orden en una cocina caótica sin ceder a fatales distracciones. Y su educada distancia. Por encima de todo, su educada distancia.

La que no me pareció tan elegante fue su reacción cuando, durante el desayuno, le hablé del incidente con la madre de Fidel, de las idas y venidas de éste, de mis gestiones como agente inmobiliaria accidental y de la enigmática mujer rubia que dormía en la habitación contigua.

—Está claro que era un ligue suyo, de ese Fidel. Seguro que la tipa oyó todo el follón que estabais armando y decidió que era mejor que no la vierais. Lo raro es que no se escondiera mejor. Pero lo que veo es que este vecino tuyo busca algo de ti. Ten cuidado. A no ser que te guste, claro. En ese caso, me callo y desaparezco.

Aunque me pareció un comentario desafortunado, le seguí un poco la corriente y admití que el tipo del piso de abajo era de verdad singular, pero él insistió en alertarme sobre mi manera «inmadura» de afrontar ciertas situaciones. Por supuesto, ya no pude contenerme.

—¿De qué vas? ¿A qué te refieres con lo de «inmadura»? ¿No puedo tener una relación normal con un vecino que me pide un favor? ¿Y si me lo quisiera follar qué? ¿A ti qué te importa? ¿Vas a venir a pedirme explicaciones?

—Marta, no te alteres.

—Eres tú quien tiene graves alteraciones en el puto cerebro. ¡No me vuelvas a hablar en ese tono condescendiente! Si lo llego a saber no te explico nada, pero entenderás que mi vida ahora se ha vuelto demasiado limitada como para no poder contarte ni siquiera a ti las pocas cosas que me pasan. ¿De qué quieres que te hable? ¿Del recibo del gas, de los concursos de la tele, de que me he hecho adicta a un medicamento para el reflujo gastroesofágico? No me arrepiento aún de lo que ha pasado esta noche entre nosotros, pero no hagas que se me quiten para siempre las ganas de repetir. A mí no me vuelvas a juzgar. Nadie se ha atrevido a juzgarme, nadie que todavía tenga algo que ver conmigo.

Me miró entristecido. La chispa de sus ojos se había desvanecido. Sus ojos marrones. Le daba vueltas a algo. Me entenece esa manera que tiene Pau de volver mentalmente sobre sus propias palabras para revisar en qué punto lo ha echado todo a perder. En esos casos no hay que apremiarle, sino dejar que complete su proceso. Al final siempre acaba explicándose.

—*Sorry*. Lo que pasa es que estos días te veo tan vulnerable que me preocupa que te metas en líos. Pero tienes razón. Exagero. No tengas en cuenta lo que te he dicho. Incluso... si te da miedo quedar a solas con él, puedes montar una cena entre los tres, y así tratamos juntos de averiguar más cosas sobre la misteriosa mujer.

Un nuevo laberinto

Haber explicado a Pau la historia de Fidel iba a servirme de ayuda en el futuro. Pero en los días siguientes a nuestro encuentro me quedé disgustada conmigo misma. Porque me percaté de que, al expresar en voz alta y con cierta pasión mis opiniones y mis dudas sobre el vecino del sexto, había en realidad sucumbido a ese impulso adolescente que consiste en hacer partícipe al otro de una emoción que es demasiado intensa como para guardarla para ti sola. Le había hablado incluso de la voz envolvente de Fidel. A él, que tenía una voz diminuta que se perdía para los adentros.

En fin, Pau se había puesto celoso. Era de prever. Además, llovía sobre mojado. Unas semanas atrás había cometido un error similar cuando le puse por las nubes a Hans, un coreógrafo holandés con el que me citaba de vez en cuando. Menuda torpeza. De una vez por todas, resolví que si de verdad necesitaba un confidente éste no podía ser el pobre Pau.

Al mismo tiempo, en un razonamiento perverso, lamentaba ser tan dependiente en mi deseo de independencia. ¿Es que era inevitable que la única salida del laberinto emocional en que se habían convertido mis relaciones de los últimos años fuera meterme a sabiendas en otro laberinto?

Cada vez que me enfrascaba en estos pensamientos, resolvía que la baja laboral me brindaba una oportunidad única de aislarme del mundo exterior. Para pasiones, las de mis películas en blanco y negro, me prometía a mí misma. En esos casos, con una frecuencia de varias veces a la semana, borraba de mi móvil los chats con Pau, Alfredo y Hans y me prometía ser una aventurera solitaria, igual que mi sonámbula. Yo no necesitaba a nadie para sentirme bien.

O eso pensaba.

Conforme pasaban las horas y los días y nadie se ponía en contacto conmigo sucumbía a esa contradicción que nos ha afectado a todos alguna vez: por un lado, me reafirmaba en mi renovada vocación de independencia; por otro, me preguntaba qué demonios estaría haciendo cada uno de mis chicos para no querer saber nada de mí.

Copérnico fue antes que Galileo

—¿Quién fue antes Copérnico o Galileo?

De forma impulsiva, le hice la misma pregunta que me había formulado una amiga de la infancia treinta años atrás. Una pregunta que en su día me había traumatizado, porque ya entonces intuía que la memoria nunca sería mi fuerte. En aquel momento no recordaba la respuesta y me sentí frustrada.

Ahora, tantos años después, era yo quien trataba de poner a prueba la memoria y la cultura general de Fidel mientras él preparaba el telescopio para nuestra primera exploración.

Fidel. De repente estaba aquí, en mi salón, salido de la nada. Me había enviado un mensaje por la mañana diciéndome que volvía a Barcelona. Horas después, a media tarde, se presentaba ante mí vestido como de costumbre, un poco más formal de lo que requería la situación, elegante y con buenas maneras.

Me miró frunciendo el ceño.

—Copérnico, ¿no?

Le había puesto en un aprieto. Fidel intuía cuál era la respuesta correcta, pero no podía afirmarla con rotundidad. Tuvo que dejar lo que estaba haciendo para confirmar su primera impresión en el teléfono móvil.

—Copérnico, claro, es lo que yo decía. Él fue el autor de la teoría heliocéntrica. Galileo vino después.

Sospeché que mi vecino de abajo era la típica persona con una base discreta de cultura general que, sin embargo, ha profundizado mucho en sus *hobbies*, como la astronomía. Mi pregunta era una broma pesada. Que no recordara exactamente las fechas en que vivieron Copérnico y Galileo no era algo de lo que tuviera que avergonzarse. Ambos astrónomos se llevaban apenas noventa años de diferencia. ¿Y qué son noventa años cuando han transcurrido cinco siglos? Me conformaba con que me explicara los cráteres de la Luna. Tenía bastante con que me hablara con su voz de locutor de mi infancia, aunque sabía que, en algún momento del día, me vería obligada a preguntarle por aquella

enigmática presencia de mujer (viva o muerta) que se intuía en su piso.

Me sorprendió su determinación cuando, al anochecer, enfundó el telescopio y me pidió que me vistiera con algo de abrigo porque, advirtió, allí donde me llevaba podía hacer frío. Iríamos en transporte público. Se disculpó porque había tenido que llevar el coche al taller para cambiar los neumáticos, desgastados por los miles de kilómetros que hacía cada año por su trabajo.

Fuimos en los Ferrocarriles hasta la plaza Kennedy y de ahí empezamos a subir lentamente la avenida del Tibidabo. La noche era clara. La luna hacía resaltar las fachadas de las mansiones. Hablamos de nuestro barrio, del alzhéimer, de la danzaterapia y de la dificultad de caminar con tacones. Quiso saber si me gustaba llevarlos muy altos.

Apenas nos cruzamos con nadie.

Al llegar al mirador de los restaurantes, enfilamos el camino de tierra que pasa por encima de la estación del funicular y que conduce hasta la carretera de las Aigües. Fidel llevaba una linterna y el telescopio cargado en una mochila. Su voz profunda me inspiraba tranquilidad, a pesar de estar rodeados de bosque.

—Ya estamos llegando. ¿Qué experiencia tienes como observadora del universo?

—Poca y lejana en el tiempo, porque tiene que ver con la infancia. Siempre que miro al cielo busco un globo que se me escapó de niña una noche que fuimos a cenar con mis padres a la playa. Fantaseo con que sigue danzando por el espacio.

Fidel esbozó una media sonrisa.

—Pobre cría. Acabaría como un trozo de plástico tirado en un descampado.

—No, no lo creo.

No me gustó su sarcasmo. Aquél era un asunto muy serio, un presagio de situaciones que iba a vivir más adelante.

Mi globo era rojo y colgaba de él una cuerda blanca. Recuerdo bien aquella noche. Después de que se me escapara de la mano, se paseó sobre el mar. Parecía que iba a caer al agua y que mi padre, cómo no, sería capaz de nadar hasta él y traérmelo a la orilla. Quería que pasara eso para poder agradecerle su acto de heroísmo con lágrimas en los ojos y para prometerle que nunca más lo dejaría escapar, porque lo iba a atar para siempre a la barandilla de mi cama. Quería, más que nada, convertir aquel incidente en un vínculo de amor perdurable entre mi padre y yo. Sólo se tenía que caer suavemente al agua y él nadaría para salvarlo.

Pero de repente el viento viró hacia el interior y el globo tomó gran altura y se perdió detrás de unos edificios altos. No lo volvimos a ver.

El primer globo que se te escapa de las manos porque no has sabido

sujetarlo es el inicio de un aprendizaje: así es como intuyes que vas a perder otras muchas cosas por no saber retenerlas. Por eso se trata de un hecho trágico que te cuesta asimilar. Un desastre mayor. Nunca he dejado de buscar mi globo en el espacio. Durante un tiempo, cuando aún era pequeña y me llamaba Ginebra, me asustaban los fuegos artificiales porque temía que alguno de aquellos cohetes perdidos lo reventara. Por supuesto, no era el tipo de preocupación que podía compartir con mis padres. Sabía que se reirían de mí y que le quitarían importancia al asunto, así que me guardaba el miedo. Cuando se extinguía la estela de pólvora que dejaba la pirotecnia, escrutaba el cielo haciendo fuerza con los ojos, como sólo saben hacer los niños. Algún día, aliviada, creí contemplar mi globo bailando alegre entre las estrellas, feliz por haber sobrevivido a otro bombardeo.

Aquella noche presentía que había una remota posibilidad de volver a verlo gracias al telescopio de Fidel, aunque para ello mi globo tendría que pasar por delante de la Luna justo cuando estuviéramos mirándola, y esto parecía improbable, incluso para una soñadora como yo que había decidido que durante los días de su baja iban a sucederle acontecimientos mágicos.

—Era sólo un globo rojo con una cuerda blanca.

Llegamos por fin a la carretera de las Aigües y desde ahí, por un estrecho sendero, hasta una explanada colgada sobre la ciudad. Aunque estaba quejoso porque el cielo se ofrecía menos nítido de lo previsto, Fidel se esforzó en enseñarme a usar el mando que llevaba a los planetas. No parecía complicado. Había situado el trípode junto a una piedra plana para que pudiera sentarme.

—Es una pena, vamos a poder ver muy pocas cosas. La Luna está casi llena, pero mira qué sucia.

—Me da igual, es divertido estar aquí. Me recuerda a cuando en las noches de verano explorábamos con linternas los bosques que rodeaban el apartamento de mis padres en la costa. Nos escapábamos de la cama sin permiso y volvíamos antes de que saliera el sol. Pero me divierte estar aquí porque estoy bien acompañada. Si no, me habría muerto de miedo. ¿Veremos la cara oculta?

—Hombre, si está oculta es porque no podemos verla.

—Ya sé. Disculpa. No soy idiota. Era un decir. ¿Esas grandes manchas son lo que llamamos mares, como el de la Tranquilidad?

—Sí, nunca tuvieron agua, pero se llaman así: mares. Y los cráteres. Por ahí debe de estar el Clavio. Ahora te lo enseño, aunque no será fácil. Los cráteres se formaron con el impacto de asteroides.

—¿Y se ven las banderas americanas?

—No desde aquí, aunque alguna sonda creo que las ha fotografiado.

—¿Y la Cruz del Sur? Supongo que tampoco es visible desde aquí.

—No lo creo, para eso tendríamos que viajar bastante hacia el sur...

—Claro.

Me angustian los árboles, lo he explicado antes. Crean a mi alrededor situaciones que siento que no puedo controlar. Cuando Fidel se calló, empecé a hablar yo para evitar que el silencio lo llenara el zumbido del viento entre las hojas.

—Estos días he visto una película antigua buenísima. La protagonista se va de viaje a la Luna con el hombre con el que va a casarse y también con el hombre al que quiere de verdad, el científico jefe de la expedición. ¡Qué lío!

—¿Y con cuál se queda? Mira, hoy no se ve bien, pero por ahí está el Clavio.

Intenté adivinar el contorno de los cráteres mientras pensaba que era una suerte que hubiéramos escogido una noche sin buenas vistas, porque así tendríamos una excusa para repetir.

—¿A ti qué te parece? ¿Con quién de los dos se queda la mujer astronauta? —le pregunté.

—Con el que ama, claro.

—Sí, pero no veas en qué circunstancias. Se sacrifican los dos para que el resto de la tripulación se salve, porque van cortos de oxígeno. ¿Qué te parece la idea, irse a la Luna con el novio y con el amante?

Fidel sonrió y dejó de mirar por el telescopio. Puso la tapa de plástico al objetivo y se sentó junto a mí. Entonces me percaté de que no habíamos visto mi globo. Pensé que mi Alfredo o mi Pau, en la época en que estuvimos juntos, se las hubieran ingeniado para que la noche no acabara sin que yo viera por el telescopio un globo que se pareciera al mío.

—¿Dos hombres y una mujer que se van juntos en trío amoroso a la Luna? Yo no sé mucho de noviazgos y de amantes, ni siquiera aquí en la Tierra.

—¿No sales con nadie? —le pregunté directamente, ya que me lo había puesto fácil. Me esforcé en parecer simpática para ocultar mi decepción por el asunto del globo.

—Es difícil de decir. Ahora no. No exactamente. —Dudaba, alargaba las palabras porque dudaba—. Quiero decir que no salgo con nadie. No he tenido muy buenas experiencias últimamente. Ya sabes, con la edad, con el paso del tiempo, las cosas son o más fáciles o mucho más difíciles.

—Claro —respondí, sin saber muy bien a qué se refería.

Volvió a preparar el telescopio y marcó algún destino en el teclado que no pude adivinar. Creo que fingió observar por el visor para poder seguir hablando sin necesidad de mirarme. Era una de aquellas veces en que mutaba su aspecto afable y se mostraba como alguien encerrado en sus propios pensamientos. Vi

que apretaba los dientes y se mesaba el cabello con cierta ansiedad. En algún momento incluso sentí un poco de miedo, tal era la hostilidad que desprendía.

—Me cuesta soportar que me dejen, supongo que nos pasa a todos.

—¿Te han dejado mucho? —lo interrogué, tal vez con demasiada contundencia para lo alterado que estaba—. Bueno, quería decir que si has sufrido últimamente algún abandono importante.

—Como todo el mundo, ¿no?

—Claro, como todo el mundo.

Respiró hondo y se relajó.

Como todo el mundo, pensé yo. ¿Eso me incluía a mí? Aunque en los últimos años me habían abandonado algunos hombres, yo ya me había despedido antes de ellos por dentro. No estoy hecha para dejar a nadie, ya he dicho que me cuesta un horror tomar decisiones. Así que, sin quererlo de manera consciente, permito que las relaciones se pudran hasta que ellos no tienen otro remedio que abandonarme. Me acordé de Pau, mi funcionario ocurrente. Tenía que llamarle para cenar y reírnos hablando de cualquier cosa. Me sabía mal nuestro último desencuentro.

Por una asociación de ideas, volví a pensar en la mujer rubia de la habitación contigua. Fidel se había callado, pero persistía un ambiente de complicidad que me invitaba a lanzar la pregunta clave. ¿Por qué no? Me atreví.

—No te lo he comentado antes porque no nos teníamos confianza. Pero esto de compartir telescopio solos en una montaña rodeados de bestias salvajes que están a punto de devorarnos nos autoriza a hacernos ciertas confidencias, ¿no? —Forcé mi mejor sonrisa, mientras él asentía—. Lo que quería decirte es que me causó una gran sorpresa ver a una mujer rubia durmiendo en la habitación que está al lado del lavabo en el que atendí a tu madre, la que creo que es la tuya. Fue aquel mismo día en que murió, cuando se fueron todos. Y me asusté mucho. ¿Cómo no iba a asustarme? Me asusté tanto que subí corriendo hasta mi piso y me encerré dentro. Me daba apuro decírtelo, pero no tiene sentido guardar un secreto como éste.

—¿Por qué te asustaste?

Creo que me hizo la pregunta para ganar tiempo. Otra vez se tensionó su rostro.

—¿Que por qué me asusté? Porque habíamos hecho un ruido terrible mientras tu madre estaba aún en el lavabo. ¿Te parece poco motivo? La asistenta no paraba de gritar y yo de insultarla para que se callara. Y luego la ambulancia y todas las voces de los camilleros. Aquello era una locura. Creo que alguien que estaba durmiendo tan cerca tendría que haberse despertado por el alboroto. Lo primero que pensé es que aquella mujer estaba muerta. Lo siento, pero fue así.

Se había quedado rígido.

—No lo sé. Qué cosa más rara. Supongo que era alguien a quien había contratado mi madre para que la cuidara. En los últimos tiempos no me lo contaba todo. Con el dinero de su pensión hacía de las suyas y a mí sólo me explicaba lo que quería que supiera. Por ejemplo, un día entre semana llegué al piso sin avisar y me encontré a un curandero hirviendo hierbajos en la cocina, como si estuviera en su propia casa. No sé, no sé qué responderte. Si tú viste a alguien es que debía de haber alguien. Pero no alguien a quien yo conozca, créeme, eso te lo puedo asegurar.

Yo asentía, aunque su reacción nerviosa me hizo pensar que mentía. Volvió a mirar por el telescopio sin hablarme. Y, de repente, se volvió hacia mí con expresión relajada. Hasta creo que sonreía. Sonreír le hacía atractivo.

—Pero si creías que me habías descubierto una amante secreta, te has equivocado del todo, investigadora de pacotilla. ¿Sabes a quién te pareces? A esa actriz que se rompía una pierna y se pasaba toda la película espionando a los vecinos desde su ventana y llegando a conclusiones equivocadas. Además, eres casi tan guapa como ella. Vamos, que se hace tarde. Ya comienzo a tener frío y veo que tú también. Estaría bien pedir un taxi para que nos recoja en la estación del funicular, pero yo me he dejado mi móvil en casa. ¿Puedes llamar tú?

—No sé cómo has aguantado. Yo no podría estar ni cinco minutos sin mirar mi móvil. Pero sí, llamo, claro.

Empezó a desmontar el trípode con movimientos enérgicos y cuando acabó se lo cargó al hombro. Luego arqueó el brazo izquierdo para que yo me agarrara a él con el mío y me señaló el camino con un gesto de frente.

—Ahí está nuestro sendero, vecina, ha sido un placer pasar este rato contigo. Vamos a disfrutar ahora de nuestro paseo cuesta abajo.

La confianza que me daba caminar junto a él hizo que me riera por dentro de una situación que en otro momento me hubiera horrorizado. Que se fastidien los cobardes que no se atreven a venir de noche a este bosque plagado de jabalíes y de insectos grandes y viscosos. Que se jodan los imbéciles que caminan sin compañía experta por las cunetas pisando sin darse cuenta los cadáveres de los perros atropellados. Lo siento. El campo me induce este estado de ánimo. Me pone de buen humor odiar la naturaleza. Además, Fidel había alentado mi lado sarcástico. ¡Me había llamado investigadora de pacotilla! Menudo granuja indocumentado. Grace Kelly no llega a ninguna conclusión equivocada en *La ventana indiscreta*. Lo que hace es ayudar a descubrir un crimen y permitir que se detenga al asesino. Y no es ella quien se rompe la jodida pierna, sino James Stewart.

El propio Fidel, con su cara de criminal elegante, me rescató de mis

pensamientos salvajes cuando se adelantó para apartar una rama de zarzamora que invadía el camino. Mi vecino tenía sin duda su lado oscuro, pero había algo reconfortante en su cortesía pasada de moda.

—Ven por aquí. Mira, te ilumino. Y ahora me tienes que explicar qué dicen las personas que vienen a ver mi piso. Cómo es que nadie ha querido quedarse. Algo debe de fallar. Tú seguro que no, no me imagino a una vendedora mejor —susurró, creo que sin ironía—. Pero igual tienes razón y hay que hacer algunas mejoras para que acaben de decidirse. La gente, cuando estrena piso, no tiene tiempo de arreglar nada y quiere encontrárselo todo hecho. Si te va bien, avisa a tu amigo el manitas y a su cuadrilla. Que se limiten al salón y la cocina. El resto está bien.

Cuando llegamos a donde el taxi tuvo la sensación de que había sido un paseo agradable. Al diablo con las preocupaciones. En compañía de Fidel dejaba de torturarme con pensamientos circulares y me sentía más relajada, aunque sospechara que me ocultaba cosas.

—Yo también he pasado un buen rato —le dije sinceramente, subiendo al taxi—, pero tienes que prometerme que me volverás a traer aquí una noche clara en que podamos ver los planetas. Me he quedado con las ganas de ver ese asteroide Barcelona.

Me prometió que repetiríamos pero, antes, me dejaría el telescopio para que hiciera prácticas.

Ya en el ascensor de casa, nos disponíamos a darnos un beso de despedida en las mejillas cuando desvié mis labios hacia los suyos. Fueron dos besos muy cortos, como de cortesía. Pero en los labios.

—Te llamo cuando vuelva —balbuceó, mientras acariciaba con torpeza mi brazo desnudo, como si quisiera retenerme pero sin saber cómo hacerlo, porque era yo la que seguía subiendo hacia mi casa y él quien se apeaba.

Antes de desaparecer, quiso retrasar el momento del adiós:

—¿Te he dicho Copérnico, verdad?

—Sí, me has dicho Copérnico.

Me has respondido que Copérnico fue antes que Galileo, Norman Bates, pero no quién era la mujer muerta de la cama ni por qué la matasteis entre tú y tu decrepita madre.

En las manos de un psicópata

A veces vivimos situaciones irrelevantes que, sin embargo, se quedan alojadas para siempre en un rincón de nuestro cerebro. Nunca están en primer plano, pero son vivencias que afloran en circunstancias diversas para desvanecerse después de manera inconsciente.

Hasta que un día se quedan instaladas por sorpresa en el plano consciente. Ése es el día en que descubres por qué tu mente se empeñó en conservarlas.

Recuerdo una gala de fin de año en Florencia. Era la época en que Alfredo y yo estábamos juntos. Viajé con él y con Óscar, un bailarín amigo, y la pareja de éste. Creo que se llamaba Steve, un chico aficionado al arte, de buena familia, que tenía conocidos en la ciudad. Fue gracias a él que conseguimos la invitación para escuchar la *Novena* de Beethoven y una mesa para cuatro en el *hall* de la ópera, que es donde se celebraba la gala después del concierto. Habían decorado la sala con una curiosa combinación de rosas rojas y malas hierbas. Recuerdo que no nos faltó de nada. Nos sirvieron uno de esos menús eternos diseñados para que la cena se alargue hasta la medianoche. Comimos unos raviolis deliciosos con salsa de trufa y un turnedó al *foie gras*. Nos lo sirvieron con champán y vinos blancos y tintos de la región. El novio de mi amigo los conocía, porque era de gustos caros. No recuerdo ahora las bodegas, pero seguro que nos trajeron vinos excelentes. A las doce menos cuarto salimos a la calle para ver un castillo de fuegos artificiales que nos habían preparado, mientras sonaba la *Sinfonía del Nuevo Mundo* de Dvorak. Recuerdo que hacía frío, aunque el alcohol nos mantenía caldeados por dentro. Nos dimos los besos de rigor y nos deseamos un feliz año. Volvimos, nos sentamos y pasaron a preguntarnos qué más queríamos beber. Yo pedí más champán, igual que el bailarín. Alfredo se hizo servir un calvados, su bebida favorita, y Steve... no lo recuerdo. Después hicimos un amago de bailar, mientras seguíamos pidiendo más copas. La música era deleznable, así que no aguantamos mucho. Recogimos los abrigos en el guardarropa y empezamos a recorrer lentamente el paseo arbolado que conduce

desde la ópera hasta la calle, camino de nuestro hotel, para seguir la fiesta allí.

Distraída, recordaba ahora aquella noche mientras Alfredo, sentado en el sofá de mi casa, intentaba explicarme entusiasmado que una editorial importante le había encargado un libro sobre el infinito. Tras darme plantón un par de veces, por fin se había decidido a venir para animarme y explicarme sus planes. Habían pasado un par de días desde la excursión con Fidel a Collserola.

Me detengo en Alfredo y luego volveré a Florencia.

Pese a su condición de matemático y de divulgador científico, Alfredo se paga el alquiler y los gastos dando clases de repaso.

—¿Te acuerdas —me preguntó— de todo aquel asunto del infinito potencial y el infinito actual? Aquello que yo me empeñé en rebautizar como el infinito teórico y el infinito real...

—Sí, claro que me acuerdo.

En realidad, lo recordaba muy vagamente. Tampoco le estaba prestando la atención que se merecía; tenía la cabeza en Florencia. A veces los deprimidos estamos en casa pero tenemos la cabeza en Florencia. O a la inversa. Es cierto que la ensoñación no es un rasgo exclusivo de los enfermos del ánimo, pero doy fe de que nunca como durante una crisis de ansiedad se agudiza tanto la capacidad de negar la realidad más próxima.

Algo dentro de mí rechazaba concentrarse en Alfredo mientras éste me contaba en qué andaba metido.

—Pues el libro que me piden que escriba es una reivindicación del infinito actual. Me acuerdo que te costó comprenderlo, como a cualquiera que no domina el cálculo infinitesimal. Pero al final lo conseguiste. Pues eso. Ahora tengo que volver sobre el asunto. Me da un poco de pereza, pero estoy encantado. Ya me conoces. Lo que te decía: otra vez estoy con aquello de que un segmento de recta...

—Contiene un número infinito de puntos.

—Eso, Marta.

La verdad es que yo sola no habría sabido completar la frase. Alfredo había tenido siempre mucha paciencia conmigo, pero mi limitada capacidad de memorizar hizo que, de todas sus enseñanzas, sólo me quedara con la voz sedosa que usaba cuando trataba de inculcármelas. Como aquella vez que me preguntó si sabía por qué las bailarinas como yo entrábamos en el escenario por dos sitios distintos al mismo tiempo. Me quedé atrapada en su telaraña. Abusando de su bella voz, me tendió una trampa de amor. Fue en la época en que me llamaba *mi bailarina cuántica*. Podía conmigo. Me encantaba que se dirigiera a mí de esta

críptica manera. Creo que, gracias a su perseverancia, llegué a entender durante unos días no sólo el concepto de la física cuántica, sino sus desarrollos más sofisticados.

Pero ahora me costaría explicarlos, si me los preguntaran.

Siguió hablándome de lo mucho que disfrutaba con su trabajo, aunque cada vez le pagaran menos por él. Comencé a fijarme más en su aspecto que en lo que me estaba diciendo: tenía una pinta excelente para sus cincuenta largos, entre elegante y bohemio, con barba blanca de una semana, pero cuidado.

Siempre que me visitaba durante la baja tenía la tentación de preguntarle si estaba saliendo con alguien, pero sabía contenerme. De haberlo hecho, tal vez hubiera dejado de hablarme con aquel entusiasmo propio de quien trata de seducirte.

—Alfredo, perdona, luego brindaremos por tu libro y espero que me dejes leerlo antes de publicarlo, por si puedo darte algún consejo. Pero hay algo que me ronda por la cabeza desde hace días y no puedo esperar a comentártelo.

—Adelante.

—¿Te acuerdas del fin de año en la ópera de Florencia?

—Claro, cuando decidimos que nos aburría Beethoven y acordamos que nunca más iríamos a escuchar una sinfonía suya. ¿Tú has cumplido con la promesa?

—Creo que sí.

—Yo también.

—¿Y de qué más te acuerdas?

—Creo que en aquel viaje fuiste muy Ginebra. Tengo muy buen recuerdo, tanto que procuro no revivirlo para no reabrir viejas heridas. Una mañana me desperté y estabas practicando barra en el marco de la ventana. Al fondo se veía una parte de la cúpula del Duomo y un mar de tejados rojos. Y, en primer plano, tu lujosa pierna extendida. Habías puesto algo de Janáček, seguro. Aquellos temas de piano. Estabas desnuda, creo. ¿O eso fue en aquel hotel de Normandía? De lo que estoy seguro es de que estabas preciosa.

Sonreí porque no había olvidado cómo acabó aquella escena matinal.

—¿Pues sabes lo que yo recuerdo de ese fin de año? —le pregunté—. Algo sin aparente importancia que sucedió cuando nos íbamos de la ópera y caminábamos de regreso al hotel.

—Por aquel camino tan bonito y la ciudad encendida de fiestas delante de nosotros...

—¡Exacto!

Me levanté y fui a la cocina a buscar la botella de calvados que guardaba siempre para Alfredo. Serví dos vasitos.

—Pues cuando caminábamos por aquel paseo descubrí de repente que me había dejado el móvil encima de la mesa del banquete y volví a entrar en la ópera.

—Bueno, eso era lo habitual. Por eso no lo recuerdo. Si contáramos el tiempo que perdimos buscando cosas que extraviabas...

—El móvil es lo de menos. Escucha. Os dejé a los tres sentados en un banco y volví a entrar en la ópera y caminé hasta el gran salón. Todavía había algunos tipos bailando allí. Estaba aquella rubia que te gustó tanto, aquella que se quitó los zapatos.

—Eso sí me suena, Marta.

—El ambiente era muy decadente, porque, mientras ellos bailaban en la pista, un ejército de camareros había empezado ya a recoger las mesas de manera muy sistemática. Parecía un batallón ganando posiciones al enemigo, mesa por mesa. ¿Y sabes qué fue lo que más me llamó la atención? Esto es lo que quería contarte, porque creo que no lo hice entonces. Lo que me llamó la atención es que había un chico que llevaba una gran jarra en la que iba vertiendo todo el contenido sobrante de los vasos, las copas y las botellas que encontraba sobre las mesas. Detrás de él venía otro que metía los envases en una bolsa y colocaba la cristalería en una gran bandeja. Pero la misión del primero, del que le precedía, era sólo llenar aquella gran jarra con toda la bebida sobrante de la fiesta. ¿Te acuerdas de todas las cosas diferentes y exquisitas que llegamos a tomarnos? ¿Te acuerdas de las discusiones sobre los vinos italianos, sobre si nos gustaba más el champán, el cava o el prosecco? ¿Te acuerdas de cuando Dennis...

—Steve.

—Eso, Steve. ¿Te acuerdas cuando Steve dijo que el calvados era una bebida de viejos y yo protesté para defenderte y le expliqué que lo bebías porque te evocaba un viaje nuestro a Normandía? ¿Te acuerdas que empezaron con aquel latoso debate sobre los gintonics y comenzaron a pedir las marcas más raras que recordaban y, para su sorpresa, se las traían? ¿Y de la mujer de la mesa de al lado que bebía jerez y descubrimos que era española? ¿Y del vino espumoso de malvasía que hacían en aquella isla de Napoleón...?

—Elba.

—Elba. Pues todo aquello, todos aquellos vinos extraordinarios y distintos, aquellos champanes exquisitos y también distintos y los licores y la ilusión que poníamos al discutir sobre ellos y al pedirlos y al beberlos y compararlos acababan mezclados y conformando una espeluznante pócima uniforme de color rosáceo que viajaba en una jarra con destino al desagüe de la cocina. Hasta aquella noche nunca me había imaginado que las fiestas se acabaran así, diluidas en un brebaje infecto en las manos de un psicópata. Un mejunje en el que se

ahogan las ilusiones y todos los buenos deseos de las personas que los formulan. Igual te parece muy naïf lo que te estoy contando y tú has visto esta escena millones de veces, pero a mí, créeme, me dejó planchada. ¿Y sabes qué me pregunto? ¿Sabes qué es lo que me pregunto? Si el líquido contenido en esa jarra tiene un gusto nauseabundo, como parece obvio, o si, en cambio, sabe a algo a lo que puedes llegar a acostumbrarte con el paso del tiempo. Te explico: un sabor poco agradable pero que es capaz de evocar, de forma esporádica, el placer que antes sentiste cuando degustaste cada una de las bebidas que ahora han mezclado en la jarra. La vida es esa jarra. Un mínimo común denominador del placer, que dirías tú con tu mente matemática. De gusto indescifrable pero con potencial evocador. O al revés: con momentos de gloria que ya apenas flotan en la ciénaga en que se ha convertido tu memoria.

—Marta, me das miedo.

—Pero ¿sabes a dónde voy?

—Creo que sí.

—Venga, esfuérzate y dímelo.

—A ver. Has actualizado tu cita preferida de Shakespeare. Ahora, en tu versión muy libre, sería algo así como «la vida es una jarra de vino mestizo en las manos de un psicópata». Supongo que en una situación como la tuya actual, en una baja tan larga, hay mucho tiempo para pensar y es inevitable acabar haciendo balance y darte cuenta de que al final vence la soledad, por muy bien acompañada que hayas creído estar.

—Exacto. ¿Sabes lo que he pensado? Que la vida no es una suma sencilla de los buenos momentos de la que se restan los malos. Yo la veo más bien como la división de todos los buenos momentos por una incógnita monstruosa que es cada vez mayor y que no me atrevo a definir. ¿Cómo la definirías tú? ¿Como la distancia entre la juventud y la muerte menos n ... siendo n los años que nos esperan de soledad?

—Uf, esa ecuación me supera incluso a mí. La depresión te da lucidez matemática, quién lo iba a decir. Igual te sale una coreografía fantástica con todo eso. Tú moviéndote con gracia por el escenario con esa jarra de vino en la mano que es la síntesis de todos los vinos y de todos los borrachos que se los han bebido. Lo estoy viendo. Y una canción de beodos sonando distorsionada en unos altavoces viejos, para parecer más contemporánea.

—Idiota. Te lo digo en serio. Tú no lo entiendes porque tienes la cabeza ocupada con tu día a día de persona sana que sale a la calle y trabaja y hace proyectos de vida. Pero yo, en mi situación, no puedo pasar por alto estas señales. El mensaje está muy claro, ¿no? Aquella escena me invitaba a saborear cada momento como si fuera el último.

—Claro, eso no lo dudaba. Ése es el mensaje obvio, no hace falta vivir una experiencia mística en Florencia para decodificarlo. Está en todas partes. Se llama vivir la vida.

—Ya... tal vez es que le doy demasiadas vueltas a las cosas. Aunque lo de la coreografía no es mala idea. Igual me dedico un día de éstos a hacer unos bocetos y te los enseño.

Alfredo siempre me devolvía el buen humor. Por eso, durante los años que pasamos juntos, logró que emergiera tantas veces Ginebra, una princesa *hippy* que sonríe y va en busca del sol.

Antes de que se fuera y me dejara sola le pedí que me volviera a contar la teoría de la bailarina cuántica.

—Por favor.

Accedió. Lo hizo mientras nos despedíamos en la puerta del ascensor. Estábamos muy cerca el uno del otro y a mí, en aquel momento, no me habría importado estarlo aún más. Su relato me llegaba poderoso como el sonido de un contrabajo amplificado por unos buenos altavoces de madera maciza. Las palabras que pronunciaba retumbaban sordas en las paredes de mi estómago, en los parietales, en el músculo triangular del esternón.

Las bailarinas podemos identificar cada rincón de nuestro cuerpo con su nombre científico. Por eso sabemos dónde duele.

El *clinch*

¿Alguien sabe qué significa *hacer un boxeador*? Yo lo descubrí al día siguiente de mi conversación con Alfredo sobre Florencia.

Esa mañana, unos cuartetos de Vivaldi y un buen desayuno en la terraza me elevaron el ánimo hasta un estado de casi euforia. Era tal mi entusiasmo que decidí que en la próxima visita a la mutua iba a exagerar mis síntomas de abatimiento para que no me dieran el alta antes de tiempo. De hecho, si lo hubiera querido, aquellos días habría podido hacer vida normal y, por supuesto, ir a trabajar. Pero de ninguna manera quería poner en peligro mi recuperación. En pensamientos me oía decir a mí misma que una recaída sería fatal.

Vivaldi. Vivaldi y los cruasanes integrales recién salidos del horno. El sol. El recuerdo de la conversación del día anterior con Alfredo y la excursión con Fidel para ver las estrellas. La última aventura de cama con Pau que casi salió bien. La agitación por lo que estaba por venir. La perversa y a la vez bendita expectativa. Todo a mi alrededor tenía una lectura estimulante. Me descubrí ensayando pasos de baile siguiendo la melodía que trazaba la flauta, como si me hubiera poseído una droga desconocida, tal era mi estado de euforia.

Justificado o no.

De repente, asumía, complacida, que estaba jugando a una especie de *tres o cuatro o ninguno* con mis amantes y examantes. Aquello no tenía nada que ver con la calma que me había recomendado el médico, pero ¿qué daño podía hacerme sentirme otra vez viva por el mero hecho de estar expuesta a lo que me deparara el día? ¿Qué culpa tenía yo si la estrechez de miras de Pau y Alfredo me había llevado al *ninguno*?

Un *ninguno* que, en realidad, implicaba que podía disponer de todos ellos sin herir a nadie, o sea, una situación ventajosa como pocas veces había experimentado en mi vida de adulta (mi década de los noventa merece un relato aparte en otra ocasión, si es que consigo acordarme de algo).

Entonces aún no lo sabía, pero aquella misma tarde iba a poder profundizar en el nuevo rumbo que tomaba mi baja, una baja —cada vez lo tenía más claro— que no era ni por depresión ni por ansiedad ni por estrés, sino por el derecho que

tiene toda persona a alejarse durante un tiempo del trabajo para desatar el nudo de sus sentimientos. Es lo que Pau llamaría hacer un *reset*, en su jerga de funcionario eficiente y tecnificado. Pero era realmente así. Me lo debía, me debía a mí misma un reinicio controlado.

Aquella mañana, de todas las opciones de que disponía, tenía que decantarme por una. Era una mera cuestión de prioridades.

Mi duda entre intentar derribar la resistencia de Alfredo, dar una nueva oportunidad a Pau o aterrizar allí donde estuviera actuando Hans la resolvió el ruido del ascensor deteniéndose inesperadamente —sólo era martes— en la planta de Fidel. Mi vecino taciturno estaba de vuelta. Sin pretenderlo, se acababa de postular como candidato.

Suelo encontrar siempre un sentido a las casualidades y las coincidencias. Para bien y para mal. Si alguien en quien estás pensando se cruza de improviso en tu camino es porque has invocado su presencia a través de mecanismos inconscientes cuyo alcance desconoces. Por eso, porque eres de ese tipo de personas que aceptan las reglas del juego, estás obligada a asumir la evidencia y dejar que suceda lo que tu subconsciente ha planeado para ti.

De acuerdo con este protocolo personal e intransferible, lo que procedía era enviar cuanto antes un mensaje a Fidel invitándolo a comer.

Mi vecino aceptó de inmediato. La cita fue en un restaurante francés del barrio a las dos de la tarde. Fidel llegó un poco antes. Llevaba una barba de tres o cuatro días que le sentaba bien y unos tejanos de esos que ya se compran desgastados. Se había cogido un par de días que le debían por la acumulación de horas extra que no podían pagarle. Había pasado el primero en Madrid paseando por el parque y ahora pensaba quedarse hasta la mañana siguiente en Barcelona ordenando armarios. Se iría de madrugada de vuelta a la capital. No paraba de hablar. Estábamos en el segundo plato y me contaba que tenía que responder unos *emails* de un amigo pero no podía enviarlos porque tenía problemas con la wifi. Y de ahí pasó a su trabajo y a lo mal que lo recibían en las empresas porque siempre esperaban que el tipo de *help desk* que les enviaban desde la central fuera uno de esos jóvenes que te lo resuelven todo sin necesidad de que les expliques cuál es el problema que tienes. Un perfil que no era precisamente el suyo, por mucho que a largo plazo sus remedios acabaran siendo más eficaces que los de sus colegas *millennials*.

Pero a mí todo eso me daba igual, porque me había puesto un vestido de verano.

—¿Te gusta Marvin Gaye? —le solté bruscamente, para evitar que siguiera tratándome como si fuera una esposa que lo espera después de la oficina y que sólo tiene oídos para él.

—No lo conozco. Por la forma en que lo preguntas debe de ser un músico o un cantante. ¿Es tu preferido? ¿Por qué lo quieres saber?

—Por nada, una idea estúpida me acaba de pasar por la cabeza y la he soltado sin más.

—Eres una mujer diferente.

—¿Diferente de quién?

—De otras.

El asunto de la rubia que había visto acostada en su cama no había dejado de preocuparme, pero mis planes para aquel día iban por otros derroteros. No pensaba dedicar ni un minuto a resolver ese enigma. No lo interrogaría más sobre ello. Tampoco iba a permitir que mi vecino se extendiera con sus lamentaciones del tipo «no soporto que me abandonen». Otro día tal vez estaría de humor para aquello y hasta me resultaría interesante hacer de consejera, pero ahora no podía dejar que la conversación se desviara de a donde yo quería llevarla.

—Fidel, ¿qué es para ti una tarde ideal? Y no me respondas que contemplar las estrellas, porque esas nubes de ahí no van a marcharse por arte de magia.

Otra vez su sonrisa artificial, esa que me podía pese a saber que no era sincera. O precisamente por eso.

—Mi tarde ideal es la que no se acaba.

Su respuesta me dio alas, igual que otras que me fue dando a preguntas malintencionadas que le hacía mientras pedía que nos rellenaran las copas de vino blanco. Pensé que tenía que disculpar sus disertaciones sobre el trabajo: seguro que hablaba sin parar por culpa de los nervios propios del tímido que no ha tenido suerte con las mujeres en sus últimas citas. De hecho, el que tenía delante era el mismo tipo tembloroso que se atropellaba al hablar mientras intentaba retenerme con torpeza en nuestro ascensor, unas pocas noches atrás. Cuando lo vi más relajado di el siguiente paso.

—¿Conoces un planetario donde podamos ver las estrellas sin que nos lo impidan las nubes?

—Eh... eso parece una buena idea. Vamos.

En el taxi puse la mano encima de la suya, como por descuido, y ahí se quedó.

Había pedido al camarero del restaurante que nos sirviera dos copas más en vasos de plástico, para el camino. Ésta era una fantasía que tenía desde un viaje que hice de joven a San Francisco. Recuerdo que estaba con unos amigos en un tranvía nocturno y que hacía un frío de muerte. Nos habíamos comprado jerséis y sudaderas para no caer enfermos, porque nadie nos avisó antes de partir de cómo son los veranos en el norte de California. Mi sudadera era granate con un

dibujo amarillo del Golden Gate. Genial. Así de pintorescos íbamos ataviados cuando, hacia la medianoche, se subió en el tranvía una joven rubia guapísima sin nada más puesto encima que un vestido de tirantes, unos zapatos a juego y una copa de champán en la mano. Sin mirar hacia donde estábamos nosotros, a pesar de que éramos los únicos ocupantes del vagón, fue a sentarse en la parte opuesta, cerca del conductor. Dos paradas después se apeó con la misma elegancia con que había subido y se perdió, champán en mano, por la puerta giratoria de un hotel.

Se lo conté a Fidel. Le conté que aquella princesa fugaz me había hecho sentir como una turista zarrapastrosa ignorante de los ambientes *cool* de la gran ciudad. Que de alguna manera me había humillado y me había hecho pensar que mis compañeros de viaje no estaban a la altura de las circunstancias.

—Y te juraste a ti misma que nunca más...

—Me prometí que en determinadas circunstancias iba a preferir pasar frío antes de saberme vestida de forma inadecuada.

—Con un vestido de verano como hoy...

—Ah, pero ¿te habías fijado?

Por desgracia, pronto descubrí que la idea del planetario había sido una insensatez. Nuestra larga sobremesa en el restaurante se había alargado hasta casi la hora del cierre y nos dieron con la puerta en las narices. No conseguimos convencer al personal para que nos permitieran entrar a echar un vistazo rápido, lo que nos dejaba en una situación delicada. Después de que la tarde hubiera transcurrido deliciosamente *in crescendo*, nos encontrábamos tirados en una inhóspita acera sin estrellas que descubrir, sin taxis y sin vino para mantener el nivel de la fiesta. El riesgo de abismo era atroz. Además, de un parque cercano nos llegaba un aire gélido.

Pero fue precisamente eso lo que nos salvó. Mientras caminábamos hacia la avenida del Tibidabo, se me ocurrió que podía coger el brazo izquierdo de Fidel e invitarle a que me lo pasara por la cintura y a que me atrajera hacia él para darme calor, lo que hizo con aparente satisfacción. A mi también me gustó sentir la calidez de su mano apoyada en mi cadera. De las terrazas de las mansiones de la avenida del Tibidabo nos llegaba el aroma de jazmín, promesa de noches más largas.

Cuando ya estábamos en el taxi le propuse que subiera a mi casa a escribir los *emails* que no había podido enviar por la avería de su wifi y a tomar un té que nos hiciera entrar en calor. Aceptó.

Al entrar en el piso le extrañó que cerrara la puerta por dentro.

—¿Ahora tirarás la llave por la ventana y me quedaré aquí dentro secuestrado?

—Es una buena idea... pero no. Cierro por instinto, desde que me entraron a robar.

—Es verdad, me lo dijeron. ¿Se llevaron muchas cosas?

—Una cámara, una maleta donde tenía el ordenador con todo tipo de accesorios, una estilográfica cara, un altavoz inalámbrico, algo de ropa cogida a bulto...

—Lo normal.

—Supongo. Bueno, no sé.

Lo acompañé hasta mi escritorio y puse en marcha el ordenador. Mientras lo hacía, y no de forma gratuita, dejé la mano encima de su hombro. Por el temblor de las suyas intuí que se había alterado un poco y la retiré. Él optó por reanudar la conversación.

—Aquel día también forzaron mi puerta, pero no pudieron entrar. Fue una suerte, porque mi madre estaba dentro. La hubieran matado del susto. Igual no acabaron de abrirla porque se dieron cuenta de que el piso no estaba vacío y temieron que los descubrieran.

—Sí, a mí también me lo contaron. La policía me explicó que en la mía usaron un método muy rudimentario y que tardaron pocos minutos en forzar la puerta, porque aquel día me había olvidado de cerrar con dos vueltas. ¿No escuchó nada tu madre de lo que pasaba en el piso de arriba?

—Mamá llevaba años sin apenas oír. Ya sabes, la fatiga de materiales.

—Pobre mujer.

Lo dejé enviando *emails* mientras yo me daba una larga ducha y me entregaba a todo tipo de pensamientos malintencionados. Al acercarme a él media hora después, enfundada en otro vestido tan ligero como el anterior, me volvió a coger por la cintura.

—¿Me has echado de menos, Fidel?

—Claro. ¿Nos tomamos ese té que me habías prometido?

Noté que seguía temblando, pero lo atribuí a los nervios comprensibles de quien hace tiempo que no se acuesta con nadie.

—No. Te quiero a *te*.

Cogí su mano derecha y lo invité a sentarse en el sofá mientras ponía una canción de mi lista preferida. Unos días atrás tuve la fantasía de que me lo montaba con alguien en el sofá mientras sonaba ese tema.

—Éste es el Marvin Gaye del que te hablaba. Lo mató su padre a tiros tras una discusión familiar. Pero no sé por qué te cuento esto. Sólo quiero que la escuches bien. *Let's get it on*. Se llama así. La canción.

En la mirada de Fidel percibí la expresión sumisa de quien se ha dejado persuadir de buen agrado. No puedo afirmar que hubiera deseo en sus ojos, pero,

de eso sí que estoy segura, había deseo de dejarse envolver por mi propio deseo. A veces las cosas son así de enrevesadas, y no por ello dejan de acabar bien. No es tanto que desees como que desees que te deseen. ¿Me explico? Fidel no era una persona que se relacionara de manera normal con las mujeres. A aquellas alturas esto ya era evidente. No saldría de él ni dar el primer beso ni quitarme el vestido. Pero contaba con que su timidez y sus reparos se hubieran diluido en el alcohol de la tarde y que aflorara, ya en mi sofá, el tipo que ocultaba al mundo un secreto atroz. Ése era el Fidel que me encendía por dentro.

¿Qué falló entonces?

De repente, me quedé sin respuestas. Cuando ya estábamos medio desnudos y nos acariciábamos y nos besábamos sin vacilación noté, con sorpresa, que sus brazos me atraían tan fuertemente hacia él que apenas podía moverme. Estábamos de costado. Su barbilla reposaba sobre mi hombro izquierdo. De tanto en tanto, me lo besaba de forma repetitiva mientras sus manos presionaban mi omóplato y mi cintura con un vigor que nada tenía que ver con el deseo. Intenté relajarme, porque me costaba respirar. Me dio por pensar que tal vez lo atenazaba algún dolor indescriptible.

—¿Estás bien?

—Sí, Marta.

Siguieron dos o tres minutos más sin que ninguno de los dos pronunciara una palabra. Pensé que si continuaba besándome con aquella reiteración en el mismo lugar del hombro acabaría por causarme una erosión. Casi prefería los intervalos en que me atraía hacia él con su mentón rígido. Opté por acariciarle el cabello de la nuca, como si tratara de infundirle calma, mientras intentaba sobrellevar la opresión de su abrazo de hierro. A aquellas alturas, su erección ya había desaparecido.

—¿Podemos seguir así un poco más?

—Claro, Fidel, claro que sí. Todo el tiempo que haga falta.

Supé entonces a qué me recordaba ese abrazo crispado. Aunque a la gente de mi edad ya no le gusta el boxeo, yo sí he visto algunos vídeos de combates históricos porque los pasos que dan los boxeadores sobre la lona mientras preparan sus golpes tienen mucho de baile. Especialmente los de Cassius Clay. De hecho, creo que lo llaman así, el baile del boxeo. Si me acordé de los boxeadores en un momento como aquél fue porque me vino a la cabeza la imagen de los dos rivales abrazados mientras el árbitro les pide que sigan luchando. Obviamente, si se quedan así no es porque compartan el deseo de estar juntos, sino porque uno de ellos, el que se encuentra en una situación de debilidad, agarra fuertemente al otro para evitar que siga dándole puñetazos. Ahora he sabido que en el argot del boxeo ese abrazo recibe el nombre de

«*clinch*». A veces se practica como una acción desesperada: estoy agotado y no soporto más tus golpes, así que no voy a soltarte por nada del mundo. Otras, es una manera de ralentizar la lucha y acomodarla a un ritmo más conveniente. Según algunos entrenadores, no es aconsejable hacer *clinch* cuando estás muy cansado, porque el mero hecho de mantener al otro boxeador aprisionado contra tu cuerpo puede llegar a ser más agotador que seguir luchando. Ahora sé igualmente que ese agarrón no se practica sólo con los brazos, sino que se emplea el mentón para retener al contrincante también por los hombros.

Yo no era consciente de haber estado peleando con Fidel, pero acepté con resignación que él acabara llevando nuestro encuentro hasta el terreno que por el motivo que fuera más le convenía: el combate nulo. Tantas veces las aventuras sexuales acaban así que casi no le di importancia. Otros hombres me han estrechado con desespero después del orgasmo, tratando de fundir los dos cuerpos en uno para aplazar mi ausencia y ahuyentar esa misma sensación de combate estéril. ¿Qué importaba que Fidel y yo estuviéramos aún en los prolegómenos cuando me hizo el *clinch*? La tarde había sido excitante y me había hecho sentir mejor de lo que estaba días atrás. Y creo haber explicado ya que a veces, muchas veces, me basta con la expectativa para vivir la intensidad.

El hombre se vistió lentamente, como si quisiera darme tiempo a decir algo que rompiera el silencio espeso de mi sala de estar.

—Gracias por esta tarde tan divertida y distinta, Fidel.

—Gracias a ti. Un día te contaré lo que me ocurre. Hoy no me siento capaz. Creo que me he convertido en una persona demasiado complicada. No me entenderías.

—No importa. Todos lo somos. Complicados.

Le di un beso en el dorso de la mano como si la princesa fuera él y cerré con cuidado la puerta.

El niño que se enamoró de su directora

Fue en la adolescencia cuando descubrí que las exparejas no acaban nunca de esfumarse del todo. Lo supe gracias al profesor de inglés que venía a casa a darme clases de conversación. Tim, que así se llamaba, un guapo londinense treintañero, llegaba siempre media hora tarde.

—Lo siento, Marta, es que he desayunado en casa de mi exnovia y se me ha hecho tardísimo.

La segunda vez que se excusó diciéndome que era impuntual porque había desayunado con su exnovia fue cuando empezó a intrigarme —y a fascinarme— el asunto del final de las relaciones. Aquello no tenía nada que ver con lo que yo estaba acostumbrada. En la etapa inicial de nuestra vida amorosa, cuando una de nosotras rompía con un novio del instituto, lo hacía con todas las consecuencias. Le devolvías al chaval las cartas que te había enviado durante la relación para que se las metiera por el culo. O las tirabas a la basura y te relamías viendo cómo las pieles pringosas de las naranjas y los restos de yogur ensuciaban aquellas palabras que él había escrito un día con tanta devoción.

Vaya, por algo a romper se le llamaba romper.

Pero ahí estaba Tim con su hábito de desayunar en casa de su exnovia, se supone, pensaba yo, que después de haber pasado la noche con ella.

O no.

Con los años supe que la vida es en realidad ese *o no*.

Bienvenida al mundo sin certezas, Marta Ginebra, ese mundo que vino de la mano de las buenas lecturas que me aconsejaban mis padres y mi atractivo profesor de literatura. Recuerdo que éste nos introdujo en el arte de los relatos cortos. En los debates que se organizaban en clase discutíamos acerca de los finales. ¿Cómo se acaba un buen cuento, con un final efectista que deja epatado al lector o, por el contrario, haciendo que la historia se deslice con parsimonia hacia su muerte natural, sin que sea imprescindible contar los detalles de ésta?

A mí me gustaban más estos últimos finales, los finales suspendidos.

Descubrir que son mejores las historias de ficción que acaban lánguidamente que las que terminan con sorpresa me ayudó, en definitiva, a entender que el concepto de expareja tiene un significado mucho más prolongado en el tiempo de lo que antes había pensado. Porque ¿qué es una relación de pareja sino un relato con final infeliz? No es que de repente me diera por recuperar a mis primeros exnovios —la mayoría estaban bien enterrados—, sino que a partir de entonces introduje un nuevo requisito a la hora de decidir si me liaba o no con alguien.

—¿Serás siempre una expareja fiel? ¿O cuando rompamos desaparecerás como un cobarde y cuando te llame un fin de semana pidiéndote un consejo me despacharás rápido para que tu nueva novia no sospeche que estás hablando conmigo?

Si la respuesta era la primera de las opciones, seguía adelante con la incipiente relación. Si no, la descartaba.

O no.

Que la historia entre Alfredo y yo tuviera el final melancólico de un cuento ayuda sin duda a que hayamos mantenido una estrecha relación.

Alfredo.

Nunca digo que no a nada de lo que me propone. Tiendo a pensar que, desde su atalaya de hombre sabio y leído que sabe interpretar el mundo a partir de las matemáticas, no puedo esperar de él nada que no tenga sentido, sobre todo cuando me habla con esa voz que parece surgida del origen del tiempo.

El maldito bailarín.

En fin.

Cuando Fidel salió de mi casa me quedé un poco alterada. Tuve que recurrir a la ayuda del cine para conciliar el sueño. Así que me bajé una película en la que la protagonista, una japonesa bellísima, busca entre sus amantes a aquel que sepa escribir con buena caligrafía sobre su espalda desnuda. La había visto años atrás, pero no recordaba que tuviera tanta carga erótica. No llegué hasta el final.

Me desperté sobre las ocho pensando en Alfredo. A él, y no a Pau o al distante Hans, era a quien debía acudir para prolongar mi estado de gracia. Claro que sí. Mi matemático era el único que nunca me defraudaba.

Aún en la cama, le envié un mensaje de WhatsApp.

«Sin venir a cuento he recordado algo. Bueno, igual sí que venía a cuento porque tiene que ver con un sueño que he tenido y que ya casi he olvidado. He recordado algo que me ha hecho pensar en esa costumbre tuya de controlarlo todo y de tratar de dirigir la vida de los demás. Te lo digo con cariño, ¿eh? Con esta ventaja que da el que ya no estemos juntos y que podamos decirnos las cosas con serenidad, con la serenidad que no teníamos entonces. ¿Estás ahí?»

Tardó un cuarto de hora en responder.

«Sí, Marta, buenos días. ¿Cómo vas de ánimo?»

«Mejor, Alfredo, mucho mejor.»

«Genial. ¿Y de qué te has acordado exactamente?»

«De aquello que me explicaste una vez sobre tus años en la escuela: me dijiste que, a diferencia del resto de los niños, tú no te enamoraste de una profesora, sino de la directora del colegio.»

«Ja, ja. Sí, es verdad. La profesora María Teresa. De hecho, era la directora, pero también nuestra profesora de matemáticas.»

«¿Era guapa?»

«Mucho. Rubia con el pelo corto. Y la primera mujer que vi con minifalda. Es posible que fuera una adelantada a su época. Era una joven millonaria que viajaba a menudo (su padre era un famoso constructor) y que veía que en el resto del mundo las mujeres empezaban a vestirse así y se atrevía a imitarlas.»

«¿Y cuánto te enamoraste?»

«Perdidamente. Recuerdo un día en que nos despedíamos antes de las vacaciones de verano y nos pidió que exigiéramos a nuestros padres que nos despertaran de madrugada para ver el primer alunizaje de la historia. En fin, para mí, aquella retransmisión fue como si la hubiera visto con ella sentada a mi lado. A partir de entonces, contaba los días que faltaban para que llegara septiembre y poderle decir a la directora María Teresa que fui una persona tan mayor que me levanté en plena noche para ver la salida de los astronautas de su módulo lunar. Que ya nunca más sería ese niño que se pierde las cosas que pasan por la noche.»

«Me lo puedo imaginar.»

«Pero ¿qué tiene que ver eso con mi supuesto yo controlador, Marta?»

«¿No lo ves? Es obvio. ¡El niño que se enamora de la directora es el que luego dirige a sus amigos, amantes y conocidos como si fueran miembros de su orquesta! Siempre con la batuta a punto. No te enamoraste de una profesora cualquiera, sino de la mismísima directora. Estabas predestinado a gobernarnos.»

Alfredo tardó media hora en contestar. Hice tiempo despejando el salón para poder bailar un poco después de desayunar.

«Uf —contestó—, lo veo un poco cogido por los pelos. Siempre insistes en mi afán de controlarlo todo, cuando lo único que pasó entre nosotros y que acabó por joder nuestra relación es que te liaste con un bailarín.»

«Eso es simplificar mucho las cosas.»

«El paso del tiempo te da perspectiva. Eso fue lo que pasó, que cumpliste con tu vocación de echarlo todo a perder por no conformarte con un único amante.»

«Oh. Qué pena. Pensé que íbamos a tener una conversación agradable. Nos debemos muchas conversaciones agradables. ¿Echarlo a perder todo, dices? ¿Tan mal recuerdo te ha quedado de nosotros?»

«En absoluto. Aún eres mi bailarina. Te quiero, ya lo sabes.»

«¿Cuánto me quieres, profesor mío?»

«Sólo que a veces me vienen a la memoria cosas que aprendí durante aquellos meses.»

«¿Por ejemplo? No me asustes.»

«Cosas.»

«*Tell me.*»

«Te lo explico porque me lo has preguntado. Cosas como que los días previos a vuestros encuentros secretos estabas irritable y me cargabas a mí muertos con los que no tenía nada que ver. Como que, casualmente, me di cuenta de que no os depiláis hasta el día antes de tener una cita con vuestro amante. Y más. Que a partir del momento en que una relación se vuelve tan multitudinaria ya se pierde la complicidad y hay más silencios de los necesarios. Que te perdiste mi mejor conferencia porque justo aquella tarde estabas ensayando un ballet nuevo que según tú iba a suponer un antes y un después en tu carrera, pero del que, curiosamente, no me volviste a hablar nunca más.»

«Uy, no hay rencor en todo eso, ¿verdad?»

«No, disculpa, me he dejado ir.»

«Pero nos queremos.»

«Supongo. En la distancia.»

«¿Querrás ir una noche conmigo al cine?»

«Claro, Ginebra.»

«¿Y a cenar después?»

«*Yes.*»

«¿Y a tomar algo?»

«Al cine, a cenar algo y después me voy a dormir porque cada día me levanto muy temprano para irme a escribir a un *coworking* genial que he encontrado lleno de gente joven como tú. Bueno, mucho más jóvenes que tú, para ser exactos.»

«Idiota. Que tengas un buen día.»

Aprendiendo a no ser Giselle

Me arrepiento de muy pocas cosas. Una de ellas es no haberme ido a Londres, a París o a Rusia para hacer una carrera de bailarina de clásico, como me recomendó una profesora rusa. La mujer incluso se ofreció para pedir a unos familiares suyos de San Petersburgo que me alojaran con ellos mientras completaba mi formación en una de las academias de la ciudad. Me decía que mi cuerpo estaba diseñado para la gran danza. Pero yo desoí su consejo y, aunque practicaba clásico con ella y otras chicas en un estudio con amplios ventanales, me dediqué profesionalmente al contemporáneo. Barcelona no daba para más. Aquí hace siglos que no hay una compañía de danza clásica. Tenía que elegir entre enrolarme en una compañía moderna de la ciudad o, como alternativa, emigrar para poder disfrutar del baile con puntas en un país con más tradición. Pero esta segunda era una opción muy compleja, siendo como soy la persona más indecisa que conozco. Elegí la primera, o la primera me eligió a mí por ausencia de decisión.

A pesar de que bailé neoclásico y contemporáneo durante casi veinte años y a pesar de que ahora estoy retirada y que cuando me ejercito no me atrevo a soltarme por culpa de mi lesión, me sigo considerando una bailarina de clásico. Sólo que últimamente he adaptado mi forma de bailar a las circunstancias.

Es verdad que aún ejecuto algunos pasos y que para eso tengo un salón amplio sin apenas muebles, dos metros de barra, un piso de parqué entablonado y una foto dedicada de Nureyev colgada a 170 centímetros del suelo para fijar mis ojos en los suyos durante las *pirouettes*. Pero lo que hoy me seduce de verdad, lo que me relaja y me llena, es recrearme en la quietud que sucede al movimiento, es decir, prolongar hasta el infinito esa sensación de pausa que tan cara resulta cuando eres una bailarina en activo y te lleva el vértigo de la compañía. Me explico. Después de un buen calentamiento que incluye *pliés*, *relevés*, abdominales, planchas frontales y laterales y después de hacer un par de giros completos sobre el apoyo sano, que es lo máximo que me permito, me

estiro boca abajo sobre la madera y, con los ojos cerrados, reconstruyo mentalmente qué músculos y qué huesos se han visto implicados en los movimientos que acabo de hacer. Es una técnica de autochequeo que he ido desarrollando a partir de las enseñanzas de mis profesores. Por supuesto, en el caso de una bailarina joven y en activo, ésta es una parte accesorio. Es importante y aconsejable, aunque secundaria del ejercicio principal, que son los propios pasos de danza.

En mi caso, sin embargo, se ha convertido en el objetivo principal del entrenamiento. Medio desnuda sobre el parqué, con la cabeza recostada sobre un cojín, tomo conciencia del sóleo, del peroneo largo o del bíceps femoral y me concentro hasta percibir cómo estos músculos respiran y cómo tienden lentamente a relajarse. Pero lo estimulante viene a continuación. Después de un descanso de varios minutos, aún con los ojos cerrados, me imagino que todas esas partes de mi anatomía vuelven a activarse y que se implican a fondo en movimientos ejecutados, ahora ya sí, con una determinación brutal, como si la bailarina a la que pertenecen se estuviera jugando en cada diagonal el papel de su vida. Lo más formidable de todo es que, sin haberme movido un milímetro de mi posición, tendida sobre el parqué, puedo llegar a constatar de manera diáfana cómo los músculos se han vuelto a estresar y cómo la falange distal, el astrágalo, el calcáneo y los ligamentos cruzados han sufrido la tensión de los desplazamientos violentos de Giselle o de Odette a través de un escenario que sólo existe en mi imaginación. Y entonces, de nuevo, me tomo todo el tiempo del mundo para relajar cada una de las terminaciones nerviosas de mi cuerpo y lograr que se duerman. Hasta que baja el telón.

Así, de esta saludable manera, fantaseo que soy la gran bailarina que nunca he sido.

Revelo este secreto para apuntar que este tipo de ejercicio, sobre todo durante la baja, me inducía un estado de hipersensibilidad tal que me permitía incluso detectar el zumbido que emite la corriente de 220 voltios cuando se desplaza por el interior de los tabiques de nuestras casas.

Así que resulta fácil de imaginar el sobresalto que me produjo aquella mañana —la misma que había empezado tan bien con el chat con Alfredo— escuchar la llegada de varias personas que daban portazos, hablaban a gritos y realizaban violentos movimientos de muebles en el piso de Fidel. Esa hipersensibilidad a la que me refería ayuda también a explicar mi reacción ante lo que iba a pasar aquel día y cómo mi euforia de las horas previas se iba a venir abajo. Quizás porque era, como todas, una falsa euforia.

Los aullidos

Había olvidado que aquella mañana venían los tipos que iban a adecentar el apartamento. Teníamos que aprovechar que Fidel iba a estar unos días fuera para proceder. Edu, mi amigo el manitas, había visitado el piso la semana anterior y estuvimos de acuerdo en que él y su gente tenían que repintarlo, que repararían varios enchufes y que habría que cambiar secciones enteras del zócalo. Del trabajo se haría cargo su cuadrilla y él vendría a controlar de vez en cuando.

Pues bien, nunca imaginé que despegar un zócalo requiriera tanta violencia. Ni que hubiera que arrastrar a lo largo de tantos metros los muebles para apartarlos de la pared. Incluso estuve tentada de llamar yo misma a la policía para denunciar a los chicos de Edu por obras ilegales, en uno de aquellos impulsos suicidas que albergas cuando tienes la sensibilidad a flor de piel.

Ahora, con la ventaja de saber cómo transcurrieron las cosas, pienso que tendría que haberlos denunciado.

Éstos fueron más o menos los hechos.

Llegaron sobre las nueve y cuarto, supongo que poco después de que se fuera Fidel.

El movimiento de muebles se prolongó hasta las nueve y media.

A las diez de la mañana pararon para comerse un bocadillo.

Media hora después volvieron a la carga con violencia renovada. Se llevaron algún cuadro por delante, porque escuché el estallido de un cristal. Pensé que debía de ser alguno de los paisajes pintados del salón.

Hasta las dos parecía como que estuvieran trabajando en asuntos de detalle, sin gran estruendo.

A las dos pararon para comer y, muy probablemente, para beber con entusiasmo.

Volvieron a trabajar sobre las cuatro de la tarde. Ahora el ruido llegaba desde las habitaciones del fondo.

Sobre las cinco se hizo un extraño silencio que yo interpreté como una pausa técnica para una cerveza o para un pitillo.

Y fue alrededor de las cinco y media cuando empezaron los aullidos.

El que abrió la serie fue un grito aislado parecido al que haría un hombre imitando a un lobo. En un primer momento, me recordó una vieja historia que contaba mi madre. Según ella, cuando se instalaron con mi padre en su primer piso, en la parte alta de Barcelona, tuvieron como vecino a un actor americano que había hecho de Tarzán en el cine. Pues bien, mi madre asegura que por las noches escuchaban el aullido característico del personaje, probablemente porque su esposa le pedía en la cama que lo repitiera una y otra vez.

El hecho es que se me erizó la piel del susto. Aquello no era una broma. Cuando me tranquilicé un poco y presté más atención pude aventurar que los alaridos, cada vez más frecuentes, eran los que profería alguien durante el sexo. Alguien muy desinhibido. Un solo hombre, tal vez, aunque en algún momento me parecieron dos. Eran gritos sin sordina, como si el que los daba quisiera realmente que lo escucharan. También se oyeron carcajadas.

Esperé unos minutos con la esperanza de que se acabaran y todo volviera a la normalidad de un día cualquiera, pero sucedió lo contrario: la juerga fue subiendo de tono.

Muerta de miedo, me puse unos tejanos y me dispuse a bajar. No me molestaba que alguien se montara una orgía en mi edificio; me preocupaba que los autores fueran trabajadores contratados por mí para arreglar el piso de un amigo. Pero a pesar de mis buenas intenciones, el miedo me podía. Me quedé de pie, junto a la puerta, sin saber qué hacer. En realidad, no me atrevía a salir de casa. Llamar a la policía era una opción. Pretender que aquello no iba conmigo, otra aún más sensata que la primera.

Como suele sucederme, alguien decidió por mí. Fueron ellos mismos, los responsables de aquel estrépito. De manera inesperada, salieron de casa de Fidel, dieron un portazo y empezaron a bajar por la escalera. Debían de haber dado por acabada la jornada laboral de chapuzas y carajillos y se despedían hasta el día siguiente. Yo seguí con la oreja pegada a la puerta un rato más, hasta que calculé que ya estarían saliendo por el portal. Entonces, corrí hacia mi terraza y los observé alejándose Bruc abajo. Eran tres: uno calvo y regordete pero musculoso y dos más jóvenes, uno de ellos con melena. No pude ver sus caras.

Esperé unos minutos para asegurarme de que no volvían. Tenía que bajar a echar un vistazo. Sobre todo, quería quedarme tranquila. Si descubría destrozos o algo extraño en el piso de Fidel llamaría rápidamente a Edu para pedirle explicaciones. Sabía que, en cambio, si optaba por no bajar no podría pegar ojo en toda la noche porque me rondarían por la cabeza todo tipo de pensamientos siniestros.

Me acerqué otra vez a la puerta, conté hasta diez para darme impulso, salí y me dirigí hacia la escalera. Antes de entrar en el sexto toqué el timbre: tenía que

asegurarme de que no se había quedado nadie rezagado dentro. Tras una espera prudencial, metí la llave, abrí la puerta y, sin pararme a echar un vistazo, la cerré por dentro y eché la cadenita.

Me giré. En el salón había muebles cubiertos con plásticos y, tal como preveía, cristales por el suelo. No se habían molestado en recogerlos al marchar. Me agaché y saqué de lo que quedaba del marco uno de aquellos paisajes sobre tela que pintaba la madre de Fidel. Lo dejé sobre una mesa en la que había no menos de veinte latas de cerveza, dos botellas de vino vacías y un plato con algunas colillas y tres filtros de porro hechos con billetes de cercanías. ¿Olía la casa a alcohol y tabaco? No lo recuerdo. Sí me di cuenta de que se había derramado líquido por el suelo.

Como última precaución, solté un grito mientras me acercaba hacia las habitaciones. Nadie se dio por aludido. Pero no porque no hubiera nadie, como iba a averiguar muy pronto.

Seguí avanzando por el piso. Dejé el lavabo a mi derecha y eché un vistazo desde fuera a la habitación de Fidel, que parecía intacta, luego cualquier cosa que hubiera sucedido en las horas previas tenía que haber tenido como escenario la habitación de la madre, la más grande de las dos.

Antes de seguir debo contar algo.

No soy aficionada al porno. Al principio de nuestra relación, Pau quiso que viera alguna película pornográfica. El imbécil debía de pensar que así nos excitaríamos antes. Yo le seguí la corriente, pero cuando acabaron los prolegómenos de la primera escena y empezó la auténtica acción, una felación filmada a sólo centímetros de los protagonistas, estallé.

—¡Apaga eso! ¿A ti te pone esta basura?

Creo haber visto alguna película pornográfica entera o casi entera alguna vez, quizás un tráiler, un reportaje en la tele... lo suficiente para saber que la pornografía se basa en una serie de posturas estandarizadas que se repiten a lo largo del guion en situaciones a menudo absurdas.

Lo que vi cuando, tragándome el miedo, abrí la puerta de la habitación de la madre de Fidel no fue una escena porno, pero estoy segura de que frente a mí estaban las consecuencias de una de ellas. En el suelo, boca abajo y con las bragas bajadas a la altura de las rodillas, había una mujer joven y rubia que no daba señales de vida. Por la posición de los brazos, parecía como si las fuerzas la hubieran abandonado de repente, con el rostro girado pero tapado por unos mechones de cabello.

Tratar de imaginarme lo que había sucedido me hizo pasar del miedo a la ira. Me alarmé. Entendí que era normal que desde mi casa sólo se escucharan jadeos y aullidos de hombres, ya que a la mujer la habían forzado y ya no podía

hablar. Suponiendo que no estuviera muerta.

Lo cual era mucho suponer.

De nuevo tenía dos opciones: o dar media vuelta y llamar a la policía o averiguar si aún estaba a tiempo de hacer algo por ella. El cuerpo me pedía largarme, pero me pareció poco humanitario hacerlo. ¿Y si podía salvarle la vida? Así que no tuve más remedio que superar la aprensión y acercarme. Le toqué el cuello para ver si seguía viva, como había visto hacer en las películas. El susto que me llevé fue mayúsculo, porque estaba fría, muy fría, como los objetos inanimados. ¿Había muerto? A aquellas alturas ya me había ido haciendo una composición de lo que estaba pasando. Le aparté el cabello de la frente. Empezaba a ver claro. No, no estaba muerta. No podía estar muerta por el simple hecho de que nunca había estado viva. Porque lo que tenía delante no era un ser vivo, sino una muñeca, una puta muñeca fabricada con una textura que le daba un parecido sobrecogedor a la piel humana, una muñeca con una apariencia de realidad asombrosa. No tenía nada que ver con esos engendros hinchables que a todos nos vienen a la cabeza cuando nos hablan de muñecas sexuales. Ésta era demasiado real. Estremecía su presencia. Sus ojos me interrogaban con una mezcla de estupor y tristeza, como lo harían los ojos de una mujer rescatada tras una violación en grupo. Ojos muertos que nunca estuvieron vivos. Su mano derecha, crispada, tenía arrugas en la parte dorsal. En el vértice de sus cuencas se insinuaban ya unas patas de gallo. Nunca me hubiera imaginado que un maniquí pudiera parecerse tanto a una persona de verdad, a una bella mujer de treinta años largos y ojos marrones.

Ver su boca tan abierta me hizo pensar que aquellos tipos se habían divertido con ella de todas las maneras posibles. Me imaginé una de esas posturas en las que dos tíos penetran simultáneamente a la pobre actriz, obligada a prestarse a todo tipo de situaciones en las que son ellos los que están al mando.

Una sensación de náusea me hizo retroceder y salir en busca de aire fresco. Atravesé el piso sin mirar atrás y abrí la puerta para volver a casa y tratar de pensar con calma.

Pero lo peor del día estaba por llegar, porque justo en el momento en que me disponía a salir, me di de bruces, horrorizada, con el tipo regordete pero fuerte al que había visto desde la terraza cuando se largaba calle abajo con sus dos colegas. Acababa de salir del ascensor y lo tenía a sólo un metro de distancia. Él también dio un brinco hacia atrás. Llevaba puestos unos tejanos, una camiseta blanca y una cazadora negra. Grité con todas mis fuerzas mientras extendía mi mano abierta indicándole que se apartara. *A posteriori*, he pensado que actué igual que lo he hecho las veces que me he encontrado delante de un perro con apariencia peligrosa.

Detesto los perros.

—¡Lárgate, lárgate de aquí o llamo a la policía!

Para mi sorpresa, el tipo se amilanó. Pálido y tembloroso, empezó a bajar por los escalones sin darme la espalda. Intentaba decirme algo y juntaba las manos como pidiendo perdón, pero yo no dejaba de gritarle que se largara. Al final pudo hablar.

—Disculpe, señora, no es lo que parece, aunque lo que han hecho esos chicos es una basura. Edu no los conoce, ha sido todo culpa mía por haberlos traído. Se han encontrado eso en el armario y no los he podido parar. Ahora subía a arreglar las cosas y sobre todo le pido que no se enfade por haberlo dejado todo como está. Yo pensaba ordenar...

—¡Lárgate, imbécil!

El tipo se asustó y se perdió por la escalera. La situación de pánico parecía resuelta, aunque entonces se me ocurrió que el desgraciado podía serme útil. De alguna manera.

—¡Eh, tú, vuelve! Antes de irte tienes que arreglar una cosa. Es lo menos que puedes hacer por mí después del rato que me has hecho pasar. Vas a entrar dentro, vas a ir a la habitación donde está la muñeca y vas a envolverla en la sábana que hay puesta en la cama de al lado. Y después me devuelves las llaves y ni se os ocurra regresar mañana ni nunca. Yo te espero aquí fuera mientras haces lo que te digo.

Volvió a subir y cumplió mis órdenes. Dejó la muñeca tapada como un cadáver en la escena del crimen, depositó las llaves sobre la mesa y se fue con la cabeza gacha sin decir adiós.

Manual de supervivencia

Me pasé el resto de la tarde estirada en mi sofá con una manta encima. No hacía frío, pero así me sentía más protegida. Necesitaba resguardarme de los violadores, pero también de Alfredo, de Pau, de Hans y de todos los que me habían llevado a ser la persona que era. Las rarezas de todos ellos sumadas a las mías habían creado a mi alrededor un mundo hostil en el que me veía obligada a superar pruebas terribles, como la de hacía un rato.

Desde luego, era algo para lo que no estaba preparada. Por minucioso y creativo que sea un proceso vital de aprendizaje —y de verdad que el mío lo ha sido—, en ningún manual de supervivencia para mujeres libres se explica cómo superar el momento en que descubres que un par de degenerados han violado a una muñeca sexual que pertenece, cuidado, al tipo del que crees estar enamorada y que sólo unas horas atrás ha estado en tu sofá besándote y manoseándote. Porque no tenía ninguna duda de que aquel juguete erótico y la mujer que dormía en el piso cuando murió la anciana eran la misma persona. O la misma cosa. En efecto, aquella muñeca no la habían traído los trabajadores: la encontraron en el piso de Fidel porque era de Fidel y se la tiraba Fidel. Y se ensañaron con ella.

Fidel. Fidel se merecía que le dedicara un pensamiento aparte. Si algo me ha enseñado esta baja es a ordenar el tráfico mental para evitar atascos. No puedes asumirlo todo al mismo tiempo sin riesgo de colapso. Hay que dejar que circulen primero los asuntos menos relevantes. Luego ya habrá tiempo para los que de verdad importan.

A Alfredo y a Pau los consideraba culpables secundarios de mi recaída, pero culpables al fin, ya que, de haber seguido saliendo con ellos, no me habría metido de cuatro patas en el pantanoso mundo de mi vecino. Por supuesto que yo también tuve mucho que ver en nuestras respectivas rupturas, pero en momentos como éste, después de vivir una experiencia tan traumática, no puedes abusar de la autocrítica. Tienes que protegerte porque nadie va a hacerlo por ti.

Yo quedaba al margen. Declarada inocente por falta de pruebas. En cambio, Pau y Alfredo podrían haber estado de visita en mi casa y habrían bajado conmigo al piso de Fidel cuando empezaron a oírse los aullidos. Pero no estaban, así que tuve que pasar sola por el mal trago. Felicidades, chicos, por estar en cualquier sitio menos al lado de esta mujer a la que supuestamente queréis tanto.

¿Y Hans? Si Hans hubiera respondido a mis mensajes y hubiera aceptado la cita que le proponía en cualquier escala de su gira, quién sabe si la escena de la violación me habría pillado en la otra punta de Europa, sin que tuviera que ser yo la que creyera haber descubierto un cadáver durante unos segundos angustiosos. Pero Hans había dejado de responder a mis mensajes. Creo que, a aquellas alturas, su esposa había descubierto nuestra relación y amenazaba con dejarle si seguía viéndome.

Bajé a comer algo en una pizzería cercana. Me sirvieron un plato de pasta y una copa de vino blanco. No suelo tomar postre, pero aquel día pedí un tiramisú, un café americano y un chupito de grapa que acabaron siendo tres. No bebía para calmar mis nervios alterados, sino para retrasar el momento de volver a casa. Dedicué incluso unos minutos a leer noticias en el móvil, algo que mi médico me había prohibido, aunque no recuerdo ninguna que me alterase el ánimo más de lo que ya lo estaba. Antes de levantarme eché un vistazo a mi cuenta en Facebook, abandonada desde el día en que me dieron la baja. Una amiga me preguntaba con mal disimulada ruindad cuándo iba a actualizar la foto del perfil. Dos alumnos me deseaban una rápida recuperación porque me echaban de menos y una compañera me enviaba una foto de su hija recién nacida. Como se ve, todo muy deprimente. Cuando por fin me levanté, el efecto del alcohol estuvo a punto de tumbarme.

Un gran favor

La mañana siguiente, Pau llegó acalorado. Lo primero que hizo fue reprocharme que no tuviera aire acondicionado pese a vivir en un ático.

—Voy a encargarme que te lo instalen antes de que llegue el verano, esto es insoportable.

—Eh, Pau, no estoy para hostias. Mójate la cara. Tengo algo que contarte.

Al principio de nuestra relación, la primera vez que me largué de fin de semana con Pau llegué a dos conclusiones que se acabarían confirmando con el tiempo. Estuvimos dos días en un balneario cercano a Barcelona, uno de esos hoteles con solera que necesitan una reforma urgente. La primera conclusión de aquella escapada fue que no nos entenderíamos en la cama, ya que vi enseguida que Pau era uno de esos hombres educados en la igualdad que se desviven por procurar placer a las mujeres hasta el punto de olvidarse del suyo. Yo le agradecía esa deferencia, claro, pero luego, cuando se acababa mi fiesta y ya se le había pasado la hora, tenía sentimiento de culpa. Él me suplicaba que no me preocupara en absoluto, que siempre había sido así, que pese a todo era feliz. Pero yo no llevaba bien eso de cargar con la sensación de ser la única que disfrutaba. Con el tiempo mejoró algo. Cuando Pau reincidía alguna vez en su exceso de atenciones, yo me cabreaba y lo obligaba a acabar sí o sí.

La segunda conclusión fue pensar que era una bendición que me hubiera caído del cielo un hombre tan ordenado. Fue así desde el primer día. Recuerdo que me duché antes de bajar a desayunar en la terraza del balneario. Entre eso y arreglarme debí de tardar unos veinte minutos en salir del baño. Pues bien, el tipo se había dedicado a recoger y a doblar minuciosamente toda la ropa que yo había ido dejando extendida por la habitación el día anterior. Me refiero a la ropa para las curas balnearias, a la que traía puesta desde Barcelona, a la de la tarde, a la que me puse para cenar, a las toallas mojadas, a las bragas que se habían quedado en el suelo, junto a la cama. Había recogido también los vestidos del armario, había desenredado mi ovillo de cargadores y de auriculares —viajo con dos o tres de cada porque siempre los pierdo— y había apilado los libros que encontró desperdigados por la habitación. Todo lo puso en dos filas sobre la

cama, junto a mi maleta abierta. Me conmovió tanto que se hubiera preocupado así de mis cosas que lo único que pude hacer fue reprochárselo.

—Gracias, Pau, pero otra vez, antes de hacer algo así, pregúntame si no me molesta que remuevas mi ropa interior.

Se quedó pasmado y al momento me arrepentí de haber sido tan borde. Estaba siendo sincera, porque soy muy celosa de mis cosas, pero también era verdad que me había encantado su gesto. Ya hacía tiempo que había renunciado a ser una mujer ordenada, lo que no quiere decir que no aspirara a vivir en un mundo ordenado. Es decir, había resuelto que necesitaba relacionarme con alguien que ordenara por mí. Y por fin lo tenía enfrente, nervioso y colorado, el hombre que gozaba más clasificando los calcetines extraviados de su novia que acostándose con ella.

Mi reproche, en cualquier caso, sirvió para que empezara a conocerme.

Así que ahora, tanto tiempo después, mi exnovio no se extrañaba cuando, al pedirle un favor, no intentaba hacerme la simpática. Si le fastidiaba que actuara de esta manera, lo disimulaba bien.

—Venga, para qué me has hecho venir, qué querías contarme.

—Pau, siéntate y escucha, vas a hacerme un favor muy muy grande.

En la mente de las personas enfermas

Cuando Alfredo me llamó para decirme que vendría a verme para acompañarme después al cine, el día siguiente de la violación de la muñeca, tuve que responderle que no me iba bien recibirle. Lo hice porque no quería que coincidiera con Pau. Aunque ardía en deseos de contar a Alfredo lo que me estaba pasando, en ese momento necesitaba más el sentido práctico y funcional de Pau.

Ambos se conocían. Los había presentado en un cumpleaños. Pero yo no estaba ahora para mezclas extrañas. Lo que necesitaba era liberar ya mi mente de tanta suciedad. Llegué a fantasear que me bebía un envase entero de desatascador de fregaderos y que toda la mierda salía de mí para siempre sin dejar rastro. Necesitaba una solución drástica. Ácido sulfúrico para exterminar las hormigas que me taladraban el estómago.

Por eso, más que en el matemático distraído de Alfredo, acabé confiando en Pau, el gran desatascador.

Le describí a mi ex el incidente tan serenamente como pude, desde que escuché los gritos hasta el final. Le conté que, por un momento, la mirada intensa de la muñeca me había hecho verla como una persona. Sus ojos tristes, un poco vidriosos. Eran extraños. ¿A quién se le ocurre fabricar muñecas melancólicas cuando para lo único que sirven es para tirárselas? Tal vez me equivocaba y eran éstos unos ojos que en otras circunstancias expresaban deseo, pero en aquel momento no me lo parecía así. Aquel día me di cuenta de que la frontera entre la mujer real y el maniquí sexual es más difusa de lo que parece. Sobre todo, en la mente de las personas enfermas.

Yo, a mi manera, era también una persona enferma. Una persona enferma que tenía que evitar a toda costa una recaída inducida por otras personas enfermas. Y decidí que para no correr riesgos tenía que convertirme por unas horas en una mujer resolutiva.

Mi primera decisión.

Antes de llamar a Edu para quejarme por el comportamiento salvaje de su gente había bajado al piso de Fidel para repasar la escena del crimen, porque intuía que después ya sería tarde. Entré en la habitación de autos sin mirar al suelo para no toparme con ningún detalle escabroso. En un lado de la habitación estaba ella, cubierta con una sábana. Haber decidido que sería Pau quien se iba a encargar de la muñeca me había dejado tranquila, hasta cierto punto. Al menos, en aquel momento no tenía que ocuparme de aquel bulto con dimensiones humanas. Era un problema delegado. Deslocalizado. En cualquier caso, lo importante para mí estaba en el armario de la habitación de la madre. Le eché un vistazo a la parte que podía abrirse (en uno de los cuerpos el tablón seguía todavía clavado) y empecé a entender algunas cosas. Los violadores habían accedido al interior del mueble, el mismo que yo no había podido abrir cuando inspeccioné el piso, a partir de la parte trasera. Era uno de esos armarios antiguos que encontramos en casa de nuestras abuelas, que se deshacen cuando intentas cambiarlos de sitio. Concluí que era justamente eso lo que había pasado. Al apartarlo de la pared, el tablero posterior, que consistía en una finísima lámina de madera abombada y rajada por la humedad, se debía de haber desprendido lo suficiente como para dejar a la vista parte de su interior. Probablemente, aquellos tipos habían acabado de separar el fondo del armario tirando con fuerza de uno de los laterales, hasta que consiguieron extraer de dentro su inesperado botín. Lo que sucedió a continuación no quiero ni imaginarlo.

Antes de irme se me ocurrió asomarme al interior del mueble. Supuse que en pleno frenesí sexual los violadores se ocuparon de la muñeca sin acabar de inspeccionar el armario. No sé si lo hicieron o no, pero encontré allí algo que podía ayudarme a comprender la relación entre la chica y Fidel. Si es que de verdad quería comprenderla.

Una foto de familia

Pau resoplaba cuando salió de mi lavabo, una hora después de encerrarse en él. En la mano traía el secador.

—Marta, ¿dónde tienes esos antidepresivos que te receta el médico y que tú pasas de tomarte?

—En la estantería del baño.

—Gracias.

—Eh, idiota, Pau, ¿es una broma? Tú no tienes que tomarte esas mierdas, llevas la droga de fábrica.

—Era una broma, sí, pero una cerveza sí que me la beberé. O tres.

Y se sentó en el sofá conmigo. Llevaba unos pantalones blancos y una camiseta verde con el nombre de Bob Dylan. Se la había regalado su hermana, que trabajaba en el montaje y desmontaje de escenarios para grandes conciertos. Cuando salíamos juntos, ella nos colaba en las actuaciones y nos daba camisetas de las que repartían entre el personal. Como de costumbre, Pau encogía el estómago cuando estaba de pie delante de mí. Pensé lo que suelo pensar en estos casos: que estamos acabados.

Le pregunté dónde la había dejado.

—Está en el cuarto ése del fondo, vestida con lo que he encontrado por allí. Está sentada en el sofá, con la boca bien cerrada y tapada por el biombo. Por cierto, es muy bonito, ¿dónde lo compraste?

—No sabes cuánto te agradezco lo que estás haciendo por mí, Pau. Pero dime, ¿cómo... la has encontrado?

—Eh, quedamos en que íbamos a ahorrarnos los detalles, ¿no? Sólo te diré que mejor de lo que esperaba y peor de lo que hubiera deseado. ¿Se entiende lo que digo?

—No mucho. Pero tienes razón, prefiero no entenderlo. Mejor no entramos en los detalles.

—En todo caso, ahí la tienes, limpia y lista para lo que sea, si es que sabes qué vas a hacer con ella. ¿Lo sabes?

Me tomé algunos segundos antes de responder. No estaba en aquel

momento para cuestiones prácticas como la que me planteaba Pau. En mi mente se sucedían escenas absurdas que yo misma inventaba para no acordarme de Fidel y de su mundo. Cosas que no tenían nada ver con la situación que nos ocupaba. Pensé en unos patos que se reunían debajo del puente de un riachuelo esperando a que los niños les tirásemos trozos de pan, durante los veranos en la playa.

—No tengo ni idea.

—Bueno, al menos ya has resuelto el enigma y ya sabes quién era la mujer rubia de la cama de tu vecino.

Pau evitaba llamar por su nombre a Fidel. A los hombres les molesta llamar a nuestros otros amantes por su nombre.

—Supongo —respondí.

—Vaya historia de terror. Por cierto, esa mujer no es perfecta.

—¿Qué quieres decir?

—Que se supone que las muñecas sexuales son perfectas porque no tiene ningún sentido que no lo sean, ya que se fabrican como un ideal de belleza, ¿no? Y ésta no lo es.

—¿Y qué has visto? —pregunté, temerosa.

—Algunas cosas... una verruga, patas de gallo, algo que parecía celulitis, la piel de la parte dorsal de las manos un poco envejecida si la comparamos con la del resto del cuerpo...

—Las manos nos delatan —dije yo mirando el dorso estriado de las mías—. Es verdad, ya me fijé. A mí, por ejemplo, me sorprendió que su barriga fuera la de una mujer normal, delgada y fantástica pero normal, sin los abdominales lisos de una modelo.

—Yo también lo he pensado. Qué extraño. ¿Por qué habrán hecho una cosa así?

Se quedó pensativo. Él también se miraba las manos.

Pau fingía estar preocupado por mí o por mis circunstancias cuando, en realidad, estaba encantado de que yo lo necesitara. Pero no me importaba. Era natural que fuera así y a mí ya me iba bien su ayuda. Además, esos días me apetecía verle. Cuando entraba en mi casa se producía el efecto de una ventana que al abrirse deja pasar la luz que ilumina una habitación oscura. Era él quien, más que nadie, me mantenía vinculada a la vida cotidiana en aquellos días sombríos.

—Pau, te tengo que pedir un último favor.

—¡No! Trabajo en servicios sociales y no en pompas fúnebres.

Me reí por primera vez en muchas horas.

—No, no te preocupes, no es eso. No será un favor como éste, nunca te

volveré a pedir que hagas por mí algo escabroso. Lo que quiero es que te lleves a tu casa esa caja que ves ahí. Estaba en el armario donde guardaban el maniquí. Yo me he quedado sólo alguna cosa. Quiero que revises la caja y que me cuentes todo lo que puedas averiguar a partir de los papeles y fotos que hay dentro. Yo no puedo hacerlo, me da miedo. Y tú ya conoces toda la historia. Cualquier detalle que necesites sobre Fidel, me lo consultas. Quiero saber de qué iba todo esto.

Se marchó excitado con su nuevo encargo. Era un entusiasta de cualquier cosa que le permitiera no perderme de vista.

Después de algunas vacilaciones me atreví a entrar en la habitación de los enredos. El biombo japonés había sido un regalo de Alfredo. Durante un tiempo, cuando convivíamos en su casa, lo usamos para delimitar y proteger mi espacio vital, que era un rincón del salón donde estaban el televisor, un sofá cama, la estantería con mis libros y un pequeño escritorio de viejo que el propio Alfredo había restaurado para mí.

El biombo lo había rescatado ahora Pau de un rincón y lo había extendido para que protegiera el espacio vital de mi invitada. Cuando lo aparté con sigilo pude ver la obra de arte de mi amigo, que es el mejor solucionador de problemas prácticos del mundo. Le había puesto a la muñeca un vestido corto negro de tirantes, uno de los muchos que había en el cuerpo de armario que habían abierto los violadores. También llevaba colgado un collar de falsas perlas que debió de pertenecer a la anciana. Le daba un aire extraño, porque no ligaba con el vestido ni con los zapatos de aguja, también procedentes de su siniestro ropero. Puse mi dedo índice bajo su barbilla y me sobrecogió que su rostro se elevara suavemente conforme la atraía hacia mí. ¿Dónde habían fabricado esta maravilla de la ingeniería? Lentamente, sus ojos se situaron frente a los míos. Me impresionaron tanto que tuve que apartar la mirada. Di unos pasos hacia atrás y cerré la puerta del cuarto. Sin concederme ni un solo minuto para pensar, caminé hacia el salón, cogí el teléfono móvil y marqué el número de Edu. Quería resolver cuanto antes las cuestiones pendientes.

El pobre hombre se deshizo en excusas. Me dijo que la noche antes le había fallado un chico de su confianza y que había tenido que contratar a dos conocidos de un tal Tomás recomendados por éste. Deduje que Tomás era el sujeto con el que me había topado en el rellano. Me prometió que al día siguiente vendría y que se haría cargo él mismo de las reformas sin cobrarme un euro por ellas, pero yo le pedí que esperara unos días. Ya lo avisaría.

El siguiente paso fue enviar un SMS a Fidel. No quería usar el WhatsApp, porque me parecía una forma demasiado personal de relacionarme con un tipo que ya me provocaba más repulsión que otra cosa.

Fingí un tono amable y resuelto.

«Hola, Fidel, las obras de reforma se van a retrasar porque han encontrado más problemas de los previstos y porque ellos tenían que acabar otros encargos anteriores. Ya sabes, por bien que trabajen, esta gente tiene siempre su lado impresentable. Me temo que el fin de semana tu piso seguirá patas arriba y con mucho olor de pintura. No te aconsejo que duermas en él. Ya te avisaré si hay novedades.»

Confiaba que con ese mensaje iba a ganar un poco de tiempo mientras decidía qué iba a hacer con la muñeca, lo que, de alguna manera, era lo mismo que resolver qué iba a hacer con mi vida inmediata.

Y con mi deseo de venganza.

Lo que tenía claro era que había llegado la hora de reencontrarme con Alfredo. Después de que Pau hubiera puesto orden en las cosas terrenales, ahora necesitaba su voz suave y su juicio sereno. Si podía ser, lo vería aquella misma noche para cenar. A él sí le envié un wasap.

Mientras esperaba una respuesta cogí el libro de mi pobre sonámbula. No tenía intención de seguir leyendo. De hecho, me había cansado ya de la ingenuidad de la protagonista. Al relato le faltaba maldad, traición, muerte, por mucho que siguiera resultando un placer abrir sus páginas apergaminadas y esnifar su decadencia. Además, estaba harta de leer que los urbanistas de los planetas del sistema solar tenían la costumbre de diseñar las calles demasiado estrechas. ¡A las personas melancólicas también nos parecen estrechas las calles de nuestras ciudades, y no lo vamos contando por las esquinas!

No lo abrí para leerlo. Lo que hice fue retirar con cuidado la cubierta, extraer la fotografía que había dejado en el interior unas horas antes y acercarme a la ventana para observarla mejor. Era una impresión precaria de una foto digital, porque en los archivos familiares ya no se guardan imágenes en papel fotográfico. Sentado en el extremo de un sofá, con un traje negro y sin corbata, Fidel lucía en la foto una de sus falsas sonrisas habituales, esas que en algún momento me habían atraído tanto. En el otro extremo se sentaba la que debía de ser su madre, a la que reconocí como la mujer con la que me había cruzado un par de veces en la escalera. Vestía como visten las mujeres de ochenta años y miraba a cámara con los ojos abiertos de par en par. De la foto no se podía deducir si había sintonía entre madre e hijo, ya que entre los dos estaba sentada la muñeca de cabellera rubia y ojos tristes, decorada con el mismo collar que le había puesto Pau. Ella también miraba a cámara. Lo que se leía en su mirada era la formalidad propia de la nuera que quiere estar a la altura de lo que su suegra espera de ella. Una nuera joven y exuberante pero que tiene la delicadeza de fotografiarse con las piernas cruzadas y sin permitir que su novio le ponga la

manaza sobre el muslo, como seguro que hacía el cabrón de Fidel cuando se sentaba junto a ella para ver la tele mientras la abuela agonizaba por culpa de los somníferos que debía de meterle su hijo en el caldo para que los dejara follar en paz. Qué deprimente. Sobre las cabezas de los tres, encima de aquella imagen definitiva de la familia malograda, había un cuadro de montañas.

Sonó el tono de un wasap y pensé que tenía que levantarme para ver qué respondía Alfredo, pero no lo hice al instante. Me abrumaba un pensamiento. No me quitaba de la cabeza la mirada que me había dedicado la muñeca. Si el día anterior tenía ojos de desolación, hoy expresaban ánimo de represalia.

Cuando me incorporé para recoger el móvil vi que el wasap era de Fidel: «OK, gracias. Me quedaré en Madrid y volveré el fin de semana siguiente. ¿Estás bien?»

Rapsodia satánica

Alfredo no podía cenar ni quedar conmigo porque se iba a un congreso de matemáticas en California. Me prometió que me enviaría un *email* con consejos prácticos para que pudiera usar el telescopio de Fidel. Se los había pedido porque pensaba quedarme con el aparato, me lo reclamara o no mi vecino. Pero era una pena que Alfredo no estuviera disponible. Hubiese preferido que fuera él en persona quien me enseñara a ver el espacio. Y, por supuesto, quería que se hiciera cargo cuanto antes de las averías mentales que me estaba causando el trauma de la muñeca y de su siniestro propietario.

¿Un congreso de matemáticos en California? Vaya patraña. Que le den, pensé.

Al día siguiente me dediqué a ver una y otra vez una película fascinante: *Rapsodia satánica*, una vieja revisión del mito de Fausto con una peculiaridad: aquí es una mujer quien pacta con el demonio para recuperar la juventud perdida. Consigue rejuvenecer pero, al final, la aparición de una arruga en su frente anticipa el desenlace terrible que espera a todo Fausto.

Para arrugas, las mías, pensé ante el espejo mientras me lavaba los dientes después de ver la película. Quienes se empeñan en decir que no envejezco no han hecho el ejercicio de comparar mi apariencia de ahora con una foto de hace quince años, que fue cuando, según Alfredo, se detuvo para mí el tiempo. Si lo tuviera ahora delante le obligaría a mirarme a la luz implacable de la lámpara del lavabo. Una cosa es el aspecto que tienes cuando te arreglas y quedas para cenar y otra, muy diferente, el que te devuelve el espejo del cuarto de baño. Alfredo, menudo aprendiz de demonio.

Pero son tantas las personas que insisten en ello y lo hacen con tanta vehemencia que algunos días me lo acabo creyendo y me comporto como una veinteañera, para escándalo de algunos.

¿Y qué? Cuando esté muerta ya no le importará a nadie lo que hice cuando tenía cuarenta años y creía aparentar veinte.

¿Y qué decir de la muñeca que tenía sentada en la habitación de los invitados, detrás del biombo japonés? Se me ocurrió un pensamiento tan gratuito

como terrible: ella sí que había hecho un pacto con el diablo. Nunca envejecería, pero tampoco sería capaz de amar. Eso sí, había algo que siempre la diferenciaría de la mujer fáustica de la película: mi muñeca no amaría nunca, pero sí podría ser amada en contra de su voluntad, y no necesariamente de manera platónica.

Pensé que, fuera quien fuera el que la había diseñado y construido, había oficiado como un Mefistófeles más perverso que los que hemos conocido en la ficción. Este artesano del mal incluso se había permitido esbozar unas arrugas y un indicio de celulitis a modo de mensaje macabro: mira, mujer de plástico, preservarás una belleza que nunca será absoluta, sino belleza en trance de dejar de serlo.

La habían condenado a una especie de purgatorio, pero no a un purgatorio entendido como estación de paso en el camino hacia la visión beatífica, sino a un purgatorio que era un lugar de destino. Demasiado imperfecta para estar en el cielo, demasiado pura para el infierno.

Hans y una amiga

Mientras salíamos juntos, Pau me propuso varias veces que invitáramos a otra mujer a nuestros juegos sexuales. Al principio le seguí la corriente, porque entendí que ésta era su manera honesta de mantener encendido el fuego de nuestra relación. De hecho, durante algunas noches no nos fue nada mal. Pau ponía tanto entusiasmo de su parte cuando fantaseaba sobre el trío que nos íbamos a montar que lograba que yo me excitara. Por ejemplo, cuando detallaba las caricias que iba a dedicarme la tercera persona en cuestión, una mujer rubia que había conocido en una red de contactos y a la que ya tenía medio convencida.

A mí me van sobre todo los hombres, pero admiro lo que es capaz de hacer con su cuerpo una mujer sensual. Lo afirmo porque he tenido unas pocas experiencias con mujeres que, sin llegar a merecer un sobresaliente, me han servido como promesa de placeres superiores. Así que debo responder que sí, que, aunque mi prioridad absoluta son los hombres, no cierro de entrada la puerta a un juego sexual con otra mujer.

Hay algo de onanismo en la atracción que siento por los tríos; me fascina la idea de acariciar mi propia piel en el cuerpo de otra mujer con un tercero por testigo.

Lo que no sabía Pau era que en aquella misma época, mientras él trataba de convencerme, yo sí viví esa experiencia a tres, sólo que en lugar de con él lo hice con Hans. Nos acompañó una mujer bellísima que siempre he sospechado que era prostituta, aunque mi amante holandés me la presentara como una amiga.

Hans, el coreógrafo de los ojos negros hundidos en unas cuencas negras que miran como el mismo demonio. Me enamoré de él y de su pensamiento perverso. Hasta tuve la fantasía de convertirme en su asistente clandestina para viajar juntos de gira permanente. Como sus coreografías me parecían un poco pretenciosas y sin sentido del humor (sus bailarines siempre tenían que poner cara de pasmo, como si estuvieran asistiendo a una explosión nuclear), me veía capaz de ayudarle a mejorarlas. Su trabajo también saldría ganando con esta alianza indestructible que estábamos a punto de inaugurar.

La idea se vino abajo cuando detecté en mi amante el mismo razonamiento mezquino que había descubierto en otros tipos: empezó a cuestionar algunos aspectos de mi vida independiente, sin poder ocultar que sentía una malsana envidia de mí ya que su corsé familiar le impedía comportarse con la misma libertad con que lo hacía yo.

Ahí te pudras, pensé. Yo he tenido que renunciar a muchas estabilidades para vivir la vida que vivo. Si tú no te has atrevido a hacer pedazos tu coraza, ése es tu problema.

Pese a todo, como yo no rompo nunca, seguimos viéndonos. Hasta hace poco.

Perdón, estaba hablando del trío.

Aquel encuentro a tres en un hotel de Madrid con Hans y su supuesta amiga no fue ningún fiasco, pero tampoco puedo afirmar que resultara una experiencia reveladora ni el principio de una nueva vocación. De hecho, a mí, el susto de verlos entrar achispados en la habitación con tan lúdicas intenciones me duró todo el tiempo que estuvimos en la cama. Por decirlo de alguna manera, les entregué a ellos dos mi cuerpo mientras mi cerebro se enfrascaba en valoraciones contradictorias sobre si debía aceptar o no la situación. Y, como suele pasarme, decidí por omisión. Demasiado tarde, por supuesto. Cuando tuve claro que éste no era el tipo de diversión que prefería aquella noche, ya me inundaba el placer que me procuraban tan voluntariosos, diversos y sacrificados amantes.

Pau, te lo perdiste.

El mismo Pau que ahora me explicaba, sentado en mi sofá con una cerveza en la mano, que el tipo de muñecas como la que tenía Fidel se utiliza a menudo en tríos sexuales. Al parecer, acostándose con ellas, las parejas no tienen que preocuparse por la higiene y disfrutan de la tranquilidad que da no tener que abrir en canal su relación a una intrusa.

Fidelio

Decidí que echaría de casa a Pau en el mismo momento en que me acusara de no haberle hecho caso cuando me dijo, semanas atrás, que Fidel no era de fiar. No estaba de humor para escenas de celos ni para sarcasmos. La mía era una situación crítica. Necesitaba disponer de toda la información posible para saber cómo canalizar mi deseo de venganza por el trauma por el que estaba pasando. Si me querían ayudar, bienvenidos. Si se iban a convertir en un problema añadido, los enviaría a todos escalera abajo. Mi abuela materna siempre ponía una escoba del revés detrás de la puerta de la cocina para librarse de las visitas indeseadas. A mí me bastaba con mi ira. Y Pau la conocía. Claro que la conocía. Sabía muy bien de lo que yo era capaz.

Pero me equivocaba. La verdad era que el pobre chico se había presentado con la mejor predisposición, después de pasarse tres noches encerrado en su casa mientras analizaba el contenido de la caja que estaba en el armario de Fidel y después de navegar por los foros virtuales de la empresa que fabricó la muñeca.

Se le veía incluso abrumado por todo lo que tenía que decirme.

—Como te veo muy excitado y te vas a liar, ¿te importa si te hago yo las preguntas sobre las cosas que realmente me interesan?

—Marta, no tienes ni idea de lo friki que es este mundo. Vas a alucinar, te va a interesar todo.

—Oye, me estoy asustando.

—No temas, aunque es verdad que este Fidel es un tipo muy turbio.

—Sí, Pau, ya sé, como tú me advertiste...

—Da igual. Turbio, pero, aunque de entrada te cueste creerlo, no es el típico depravado que se tira cada día a su muñeca por todos los agujeros posibles. Esto es mucho más complicado. Es decir, no creo que para ti supusiera exactamente un peligro. Aunque descubrirás algún golpe bajo cuando te explique lo que he averiguado.

Mientras Pau me hablaba, Nureyev, justo encima de su cabeza, parecía seguir con interés su relato sobre los devaneos de mi vecino. Creo que al bailarín muerto también le sorprendió la historia del pobre chico maduro que vive con su

madre y que, tras ser abandonado por su novia —la chica lo deja por otro—, se lanza sin éxito en busca de nuevas amigas.

Según lo que explicaba Pau, en el caso de Fidel, la timidez actuaba como barrera natural, pero lo que de verdad lo frenaba a la hora de iniciar una nueva relación era el miedo a que volvieran a dejarlo tirado y el pánico consiguiente a no saber gestionar su frustración. Así que desistió. Se rindió. Cesó en su búsqueda y se resignó a pasar largos fines de semana con su madre, aunque esto pusiera en peligro su salud mental. Cualquier cosa antes que verse de nuevo abandonado.

Y así transcurrió su vida hasta que descubrió, gracias a un reportaje de prensa, que el tipo de amiga que estaba buscando puede comprarse en internet. Resultaban carísimas, tendría que echar mano de sus ahorros y de algo más. Y estaba también el problema de tener que ocultársela a su madre. Tendría que instalar un gran baúl con candado en su habitación para evitar sorpresas. Además, las sensaciones en la cama nunca serían las mismas.

Éstos son, *grosso modo*, los inconvenientes. Pero desde el primer momento había intuido que relacionarse con una mujer artificial tenía una ventaja imbatible: de sus labios carnosos nunca escucharía la frase «he conocido a alguien».

Pau, que blandía una carpeta llena de documentación, iba a lo suyo:

—En la factura de compra aparece la empresa de Seattle que fabricó la muñeca, una tal Illusions. Tienen una web fantástica, porque dinero no les falta. ¿Sabes lo que le costó a tu amigo el juguete?

—No digas «tu amigo».

—Di una cifra...

—Sigue, por favor.

—Bueno, pues veinticuatro mil dólares, porque pertenece a la gama más alta. ¡Y eso sin los complementos como los cosméticos básicos, la ropa...! ¡Desnuda y en una caja, como un cadáver que resucita, como un Frankenstein del amor!

—Ahórrate la poesía y dame datos, detalles, información.

Asintió. Cada vez más centrado y con precisión de funcionario eficiente, Pau me narró cuáles habían sido sus pesquisas. Cuando entró en la web de esa empresa llamada Illusions, dio con los foros en los que los clientes intercambian sus dudas y opiniones. No le resultó difícil averiguar el alias que usaba Fidel: en los chats que había allí archivados sólo aparecía un participante que se definiera como español, y se hacía llamar Fidelio. Además, dos años atrás, el tal Fidelio había colgado una foto de la muñeca, ya maquillada y vestida, al poco de comprarla. Era ella, estaba claro, nuestra muñeca, así que Fidelio era Fidel sin

ningún género de duda.

Bueno, allí no las llamaban muñecas, sino maniqués o, en alguna ocasión, incluso esculturas. Todas eran diferentes, no había dos iguales. No las fabricaban en serie. De hecho, el creador era un personaje al que los administradores de los chats se referían como *el Artista* o *el Miguel Ángel*. Un tipo que un día se puso enfermo y que recibió todo tipo de mensajes cariñosos por parte de los clientes, mensajes del tipo «rezaré esta noche por ti y por tu familia para que todo acabe bien y puedas volver pronto con nosotros». El sujeto, cuando se negociaba la compraventa, pedía a los potenciales clientes que le enviaran la foto de la mujer a la que querían que se pareciera la muñeca, ya fueran famosas como Beyoncé o Jennifer Lopez o personas reales de su entorno. Había sujetos que encargaban maniqués parecidos físicamente a exnovias de las que querían vengarse (no quiero imaginarme cómo) por haberse ido con otro; esposas fallecidas a las que pretendían revivir aunque fuera en una versión de silicona; amigas, vecinas o conocidas con las que siempre habían deseado acostarse sin conseguirlo y decenas de supuestos más. Había una salvedad: Illusions no fabricaba clones, sólo maniqués inspirados en las fotografías que recibía su *artista*. Auténticas ilusiones de realidad, evocaciones de silicona con 37 grados centígrados de temperatura en cada uno de sus tres orificios.

¡Fidelio! Menudo impresentable.

Fidelio admitía en uno de aquellos chats que había decidido comprarse una muñeca en Illusions después de que «una mujer real me dejara». «Se fue con otro tipo», le explicaba a un tal Nebraska en el más que correcto inglés que usaba para intercambiar opiniones en la web. «No quiero exponerme a más traumas —añadía—, no puedo permitírmelo por mi trabajo, prefiero rebajar mis ilusiones y llevar una vida más previsible.»

Así que éste era el sujeto del que me estaba enamorando, pensé, sobresaltada, mientras descendía a los detalles. El muy pederasta afirmaba que *rebajaba* sus aspiraciones y por ello se encomendaba a un fabricante de clones llamado Illusions.

¿En qué momento nuestra civilización dejó de serlo?

Aquellos días me convencí de que mi enamoramiento de Fidel no se merecía ningún tipo de duelo. Era mayor la afrenta que me había causado la escena de la muñeca que cualquier resto de atracción que pudiera seguir sintiendo hacia él. Este razonamiento, al tiempo que preservaba mis sentimientos, alimentaba mi instinto de venganza, aunque a través de lo que me contaba Pau iba descubriendo a un Fidel atormentado que en algún momento incluso me acabaría inspirando compasión.

—Aquí aparece el asunto que te comentaba, el texto clave, que te va a

servir para entender muchas cosas. Cuidado, Marta, ten en cuenta que el mundo en el que te vas a sumergir cuando leas estas páginas no tiene nada que ver con el nuestro.

Pau se levantó para darme un beso en la frente y para entregarme una copia del chat de la web de Illusions que había impreso para mí. No sólo eso, se había tomado la molestia de traducírmelo del inglés, que es la lengua en la que se relacionaban los compradores de muñecas, la mayoría de ellos tipos solitarios que vivían en Estados Unidos. Leí despacio, como si así pudiera evitarme los sobresaltos.

El chat

FIDELIO. Buenos días. Supongo que noches para vosotros. Veréis: durante muchos meses me he conectado a este chat sólo para aprender. Quería comprender los motivos por los que la gente se compra una de estas mujeres de Illusions. Os he leído con mucha atención. Así, a la vez, yo mismo entendía mis razones, porque aún estoy sorprendido de haber dado este paso. Pero poco a poco voy comprendiendo. Tienen razón los que sostienen en este chat que estos maniqués no son juguetes sexuales. Yo tenía mis dudas cuando empecé mi relación con Cindy. No pretendo negar la realidad: al principio nos acostamos y tuvimos relaciones completas casi cada noche, pero eso duró poco. Yo creo que no las preparan para eso. Ni ése es el objetivo principal ni nosotros somos los depravados que algunos quieren ver. Todo es mucho más complejo. ¿Estáis de acuerdo?

MARTIN. Tienes razón, Fidelio, claro que no. Si los maniqués tienen de todo es porque en caso contrario no serían seres completos y no nos servirían para lo que los queremos. Pero yo le doy mucha importancia al talento cuando diseñan las caras. Os juro, tíos, que Ellen, sin llegar a ser mi Claire, llena el mismo espacio que ella llenaba en nuestro salón. El Artista entendió muy bien lo que le pedí. No es Claire, pero es como si fuera Claire. No sé si me entendéis, chicos. Ha sabido crearla con su misma... aura.

ADOLF. Claro. Yo conozco a un tipo que tiene un club de alterne y que se ha comprado una muñeca para que reciba a los clientes con las piernas abiertas enseñando el aura.

MARTIN. Vaya, se ha colado un gracioso en el chat.

NEBRASKA. No sé, lo que decís sería perfecto si de una puta vez consiguieran que todo el cuerpo tuviera la temperatura de una persona, y no sólo las partes para el intercambio. Ya me entendéis. Yo aún no he recibido la mía, pero ya estoy deseando acurrucarme con ella. Si estuviera caliente toda entera como una persona sería más feliz. ¿Sabéis cuando inventarán el sistema?

ILLUSIONS. Buenas tardes, chicos, estad tranquilos, que trabajamos en ello, aunque es bastante complicado técnicamente. Se trata de conseguir que la resistencia eléctrica no se convierta en un peligro para los clientes. Que no os achicharre durante las noches, para decirlo claro. Trabajamos duro, os lo aseguro.

FIDELIO. Gracias, sí, eso sería fantástico para los meses de invierno.

MARTIN. Sí, os deseo suerte en vuestras investigaciones. Pero, volviendo a lo de antes: un amigo mío que ya no es mi amigo me soltó una vez que no entendía de ninguna manera cómo yo podía cambiar a mi mujer muerta de cáncer por una muñeca sexual. Y yo os digo: ni lo pretendo ni lo pretenderé nunca. Mi Claire es irremplazable. Así, Claire, se llama mi rancho. Claire. Siempre honraré a mi Claire como me honraría a mí mismo. Pero dejad que os hable de Ellen. Ellen, mi dulce Ellen, ha comprendido desde el primer momento el papel que ha de adoptar, que es hacerme compañía mientras dejo pasar un tiempo antes de atreverme a volver a tener citas con mujeres reales. Con ella nos sentamos en el porche y vemos la puesta de sol en mi

ranchito. De no estar acompañado en momentos así por alguien tan dulce ya me habría metido el puto cañón por la boca. ¿Verdad que vosotros lo entendéis?

ADOLF. Por supuesto, Martín, te entiendo muy bien. Es una cuestión de tender puentes. Tu Ellen te sirve como un puente entre la muerte de tu mujer y tus futuras novias.

MARTÍN. ¡Cierto! Bien pensado, yo no lo habría dicho mejor.

ADOLF. De la misma manera que mi Kim me la chupa debajo de un puente. Los puentes. Ése es el tema. ¿Lo he entendido bien?

MARTÍN. Adolf, ¿tú eres imbécil o haces como si lo fueras? ¡Que alguien cape a este tío, por favor!

NEBRASKA. Joder, siempre el mismo.

ILLUSIONS. Calma, chicos, no nos obliguéis a cerrar el chat. No nos gusta hacer de censores, ya lo sabéis, ésa no es nuestra filosofía en Illusions.

FIDELIO. Eso, calma, no le hagamos ni caso. Ahora que veo que Adolf se ha retirado del chat (felicidades, Martín, por haberle plantado cara, y toda mi solidaridad), querría seguir contando lo que me ha pasado. Necesito sólo un poco de calma y complicidad. ¿Creéis que la tendremos?

NEBRASKA. Ánimo, chico. Que Dios te bendiga.

ILLUSIONS. Vamos, tío, la familia te escucha.

Dejé un momento la lectura del chat y miré con los ojos muy abiertos a Pau, que para variar estaba ordenando mi salón. Colocaba en las estanterías los libros que se habían quedado apilados sobre los muebles y llevaba a la cocina todos los restos de infusiones y los fármacos homeopáticos que encontraba por los rincones. Se sentía en su salsa. Lo interrumpí para preguntarle si, a la vista de lo que estaba leyendo, había que ser un meapilas para jugar a las muñecas adultas.

—Lo he traducido tal cual, Marta. Sí, tienes bastante razón. Lo dices por el *God bless you*, ¿no? Está por todas partes. Incluso te he ahorrado alguno para no aburrirte. Supongo que tratan de recordarse los unos a los otros que Dios está con ellos igual que lo está con los tíos que se acuestan con tías de verdad. Intentan sentirse menos raritos. ¿Por dónde vas?

—Fidel va a empezar a explicarse. Ya tiemblo. Sigo leyendo.

FIDELIO. Gracias, chicos. Os decía antes que durante los primeros meses Cindy y yo tuvimos lo que se puede llamar una relación de pareja. Siguiendo los buenos consejos de Nikolai (gracias, tío, si estás aún por aquí), le regalaba la ropa interior que más le favorecía, la arreglaba para cenar con los cosméticos que mejor se adaptaban a su piel y que llevan las chicas reales que son tan guapas como ella y le hacía las uñas de las manos y de los pies. Ella siempre me sonreía, con esos ojos vivarachos que le dio el Artista, con esas

incipientes patas de gallo que la hacen tan humana y adorable. Gran trabajo, chico, si estás por ahí. Éramos razonablemente felices. El viernes, cuando yo regresaba después de trabajar fuera de la ciudad durante toda la semana, me esperaba vestida de fiesta, con una copa de champán en la mano dentro del baúl aquél del que os hablé una vez. Lo forré por dentro con terciopelo, como si fuera el camerino de una estrella. Es cierto, yo la había dejado preparada así, estirada con las piernas cruzadas y sujetando la copa, antes de irme el lunes anterior, pero la verdad es que si le dedicaba tantas atenciones era porque la mujer lo valía. Por fin había encontrado a mi pareja perfecta, la que me daba seguridad, mi medio planeta, la estrella que me guiaba cuando me perdía, ya sabéis... Pero los momentos felices son pasajeros. Yo también lo sabía, era consciente de que un maniquí no puede sustituir por mucho tiempo una buena relación de pareja. Aun así, es doloroso que las cosas cambien. De repente sucedió algo inesperado...

ADOLF. Conoció a otro tío en el Walmart.

NEBRASKA. ¡Eh!, vale ya, que alguien haga algo, por favor, ¡el hijo de perra ha vuelto!

MARTIN. ¿No hay nadie de Illusions en el chat para expulsar a este degenerado? ¡Eh, chicos!, ¿os habéis ido todos al KFC o qué? ¡Capadle la puta IP y que se pierda para siempre, por favor!

NEBRASKA. Sigue, Fidelio, veo que el pájaro ha vuelto a irse. No tiene media hostia. Si veo que regresa, te aviso.

HOOVER. También podéis trasladaros a un chat cerrado y apropiado, así no os molestarán.

FIDELIO. No hay nada de qué esconderse, Hoover. Sólo es un capullo integral. Decía antes de que me interrumpiera que de repente pasó algo que modificó mi relación con Cindy. En el tiempo que llevo aquí, he aprendido que la relación de los maniqués con las familias es compleja, aunque no tiene por qué ser imposible. Nebraska, Martin, vuestro ejemplo es encomiable en ese sentido.

NEBRASKA. Gracias, tío.

MARTIN. Dios te bendiga.

FIDELIO. El tema es que un día cometí un descuido: me dejé el baúl abierto. Ya os lo podéis imaginar. A mi madre, que vive en casa porque no quiero llevarla a una residencia, le dio por abrirlo y se la encontró de cara y casi se muere del susto. Suerte que estaba vestida. Debió de pensar que era un cadáver.

MARTIN. Oh, Dios. Veo que no afrontaste el tema con dos cojones desde el principio, como se aconseja siempre.

FIDELIO. No, me rajé. Tienes razón. Pensaba hacerlo, pero ya sabes, vas posponiendo la decisión una semana detrás de otra y nunca te decides, hasta que pasa lo que por pura estadística tenía que pasar, que te dejas abierta la puerta del palacio. En fin, mi madre descubrió a Cindy. A modo de coartada le expliqué a la pobre mujer que un amigo artista había presentado una exposición con maniqués muy realistas y que yo me había quedado con uno porque no había conseguido venderlos. El problema era que no sabía qué hacer con él porque, fuera de la galería de arte, no tenía ningún interés conservarlo. En definitiva, que pronto saldría de casa. Le conté que seguramente se lo devolvería a mi amigo. Traté de que sufriera lo menos posible. Supongo que me entendéis.

MARTIN. Una mentira piadosa. Me imagino el disgusto de la pobre mujer. Dios la bendiga.

FIDELIO. Martin, no creas, pareció aceptarlo desde el primer momento. Yo sé que interiormente el asunto le debió de generar todo tipo de dudas sobre la clase de hijo que había traído al mundo, pero la verdad es que a los diez minutos me estaba preparando un café muy cargado para que no me durmiera al volante, como cada lunes. Y con su mejor sonrisa.

NEBRASKA. No nos las merecemos.

FIDELIO. Estoy muy de acuerdo con eso, Nebraska. No nos las merecemos. Como no disponía de mucho tiempo antes de irme a trabajar, tuve que improvisar un poco. Por supuesto, no podía dejar cerrado otra vez el baúl, pero tampoco podía permitir que mi madre husmeara dentro y descubriera la ropa de marca, los cosméticos caros, algunas fotos atrevidas y algunas cosas que nunca enseñarías a una madre. Así que me lo llevé todo a un altillo y dejé la muñeca tal como estaba, con un vestido negro de tirantes. Pasó una semana, volví, y nada había cambiado. Sólo que durante las noches de aquel primer fin de semana, pese a que mi madre ya dormía profundamente gracias a sus pastillas, preferí no reencontrarme con Cindy. Ya sabéis, tampoco hay que forzar las cosas.

MARTIN. Hiciste lo que todo buen hijo debe hacer, Fidelio, respetar a tu madre antes que nada.

FIDELIO. Gracias, Martin. Lo intenté. La sorpresa me la llevé el fin de semana siguiente. Cuando el viernes fui a ver cómo estaba Cindy, me la encontré en la misma pose en que la había dejado, pero con un jersey de color verde puesto. Ya sabéis, una de esas chaquetas abiertas que llevan las mujeres mayores, al menos en mi país, cuando al atardecer empieza a hacer un poco de fresco o hay corrientes de aire. Me quedé traumatizado; el cambio de imagen fue sorprendente. Siempre he pensado que conocí a Cindy cuando ella tenía treinta y cinco años, pero ahora me pareció que estaba ante una mujer de más de cuarenta. Elegante, bellísima, pero ya mayor. Ni aquella noche ni las siguientes nos acostamos juntos. Empecé a usar el baúl para guardar la ropa de cama. Mi madre hizo espacio a Cindy en el armario de su habitación para cuando no queríamos que estuviera rondando por la casa.

NEBRASKA. Creo que ya veo por dónde vas.

MONK. Eh, chicos, ¿sois conscientes de que estáis conversando en el chat de calzados y pedicura? ¿Por qué no os largáis al general y seguís allí con vuestras mamonadas? Yo he entrado aquí porque tengo una maniquí Body 2 que en principio debería llevar un calzado de talla 7.0 americana. Sin embargo, creo que tendré problemas para ponerle una bota de esas que llegan hasta por encima de la rodilla y que tanto me gustan. Esas que lleva Mena Suvari. Como los zapatos son tan caros (el precio que pagan las tías por el calzado ha sido mi mayor sorpresa desde que estoy con April), quiero asegurarme antes. No puedo llevarme a mi chica entera a la zapatería para que se los pruebe, ya sabéis, ¿eh? ¿Me conviene más una talla 8.0?

—Pau, ¿tú sabes quién es Mena Suvari?

—Sí, yo también sentí curiosidad y lo busqué en Google. Es la cría aquella tan guapa que seduce a Kevin Spacey en *American Beauty*. La que está desnuda con los pétalos de rosa sobre el cuerpo.

—Vaya. Qué vomitivo, además son pederastas. Sigo.

ILLUSIONS. Hola, Monk, lo de la 8.0 es una buena idea para un B2, pero en ese caso has de comprar siempre botas con cremallera, porque con las cerradas no lo conseguirás. Y recuerda que las medias ayudan a calzar la silicona. Pero Fidelio, por favor, puedes seguir con tu relato, porque nos estaba interesando a todos.

¿Verdad, chicos?

MARTIN. Por supuesto, sigue, por favor, hablar con la sinceridad con que lo estás haciendo puede ayudarte mucho. Lo digo por experiencia. Yo he hablado de ello en una de las reuniones a las que voy. Alcohólicos Anónimos, no me avergüenzo de decirlo.

NEBRASKA. ¿Fidelio?

MARTIN. Vuelve, tío, no te rajes.

FIDELIO. Disculpad, amigos, tenía un pequeño problema doméstico. La bruja que vive en el piso de arriba ha vuelto a poner música a todo volumen para sus clases de danza. No sé quién se cree que es. Yo la quiero denunciar a la policía, pero mi madre siempre me convence de que no lo haga. Es una vecina muy guapa, eso sí, delgada, morena y con ojos verdes, pero también es una de esas tías que te miran por encima del hombro como diciéndote que ni te acerques a ella, porque no estás a su altura. Supongo que sabéis a qué tipo de mujeres me refiero.

ADOLF. Espérala por la noche y fóllatela en el ascensor.

MARTIN. ¡Oh, Dios!

NEBRASKA. Tranquilos, tíos, haced como si Adolf no estuviera, ya se cansará. ¿Qué se puede esperar de un tío que se encarga una muñeca igual que Kim Kardashian?

—¡Su puta madre! El cabrón de Fidel y su basura de amigos. Hay que llamar a la policía para que los encierren a todos. ¡Que tengan que matarse a pajas debajo de una bombilla amarilla durante lo que les queda de vida!

—Lo siento, Marta. Has leído hasta donde me imagino, ¿no? ¿Te conocía Fidel cuando hablaba así de ti en el chat?

—Sólo de vista. Nos cruzamos algunas veces en la escalera y alguna en el ascensor. Cuando nos encontrábamos por el barrio agachaba la cabeza, creo que por timidez. Es el típico hombre que se asusta cuando lo sorprendes observándote. Un inmaduro. ¿Qué puede esperarse de un tío que a los cincuenta vive con mamá? Pero la culpa es mía, por desoír las señales. Perdona. Sí, me conocía, pero nunca me dirigió la palabra antes de la muerte de su madre.

Estuve tentada de dejar de leer, pero me pudo cierta curiosidad que en otras circunstancias llamaría malsana. Quería averiguar si miserables como aquellos tocan en algún momento fondo o si lo suyo es no dejar de hundirse por los siglos de los siglos.

MARTIN. Es difícil tener aquí un poco de tranquilidad, pero es verdad. Fidelio, haz caso de tu madre, que parece una mujer muy sensata. Olvídate de esa puta que tienes por vecina. Y si quieres tranquilidad, deja la ciudad y ven a Lovelace conmigo. Ellen y yo no tenemos precisamente muchos vecinos por aquí. ¿Dónde te

habías quedado? ¿Qué ha pasado con Cindy y tu madre?

FIDELIO. En fin. Gracias, Martin, y saludos a Ellen de mi parte. Por cierto, ¿dónde está Lovelace?

MARTIN. Se los daré, descuida. Ahí la tengo sentada, esperando a que papaíto acabe de chatear con sus amigos para que se ocupe de ella. Lovelace está entre Dallas y Waco.

FIDELIO. OK. Pero sigo con mi historia, si os parece. El caso es que, una semana más tarde, sucedió lo que me estaba temiendo durante el viaje de vuelta a casa de cada viernes. Preparaos. Cuando llegué, me encontré a Cindy sentada en el sofá, junto a mi madre. Llevaba puestas sus gafas de repuesto, la misma chaqueta verde y unas zapatillas de anciana. Tenían las dos la mirada fija en el puto televisor. ¿Qué os parece?

MARTIN. ¡Oh, Dios!

NEBRASKA. Sé por dónde vas, es algo que les ha pasado a otros tipos.

FIDELIO. Me lo imagino... No hace falta que os describa lo que ha acabado sucediendo. Mi madre la ha adoptado como su compañera de piso cuando yo no estoy. No me consta que hable con ella. Al menos, yo no la he escuchado hacerlo. Pero se ha acostumbrado tanto a su compañía que ya no puede vivir sin Cindy. Es lo que tiene la soledad en las grandes ciudades. Yo he intentado recuperarla. He conseguido que la vista con ropa más actual, incluso sexy, y alguna noche, al dormirse mi madre, he vuelto a acostarme con ella. Pero ya os podéis imaginar. La veo ahora como a una persona diferente, más digna. Tanto que ya me cuesta mucho considerarla como una pareja para tener sexo. No puedo. Soy incapaz de lo que ya sabéis. Durante los días laborables, cuando yo no estoy, mi madre la acuesta en mi cama. El fin de semana la dejamos en el sofá del comedor. Mi madre la tapa con una manta antes de acostarse. No sé, estoy hecho un lío. Convivo con dos mujeres mayores que tienen mi comida a punto cuando vuelvo a casa después de trabajar.

MARTIN. Tendrás que asumirlo, tío. Les ha pasado a otros. No has hecho una mala inversión si has conseguido que tu madre sea un poco más feliz y has aliviado su soledad. Por cierto, no recuerdo haberte visto en aquel reportaje de la putilla, esa artista europea, sobre los maniquíes en familia.

—¿El tío escribe «putilla»?

—En realidad, en el original decía *Little slut*.

—OK.

FIDELIO. Pues esa mujer estuvo aquí en mi casa tomándonos fotos. Supongo que la empresa le dio nuestro contacto.

ILLUSIONS. Nosotros nunca haríamos eso, chicos, somos muy escrupulosos con la confidencialidad.

FIDELIO. Pues no sé cómo contactaron conmigo. Pero el caso es que me llamó, vino y nos hizo unas fotos a todos juntos en el sofá, otras asomados al balcón, preparando algo en la cocina... en cambio, no aceptamos salir a la calle, como ella nos proponía. Cuando se fue, mi madre y yo discutimos si íbamos a autorizarla a publicar las fotos. La artista quería hacer una exposición en Berlín con otras familias como la nuestra y colgar su trabajo en una web. Supongo que es esa web a la que te refieres, Martin. Mi madre está aún bien de la cabeza, aunque la veo cada vez más ingenua. A ella le daba igual que la vieran fotografiada con la

chica. No me preguntéis por qué, pero nunca ha querido llamarla Cindy. Se refería a ella como *la chica*. Decía que a mi madre le daba lo mismo que se enterara todo el mundo de que vivíamos con ella. De hecho, la mujer ya no ve a nadie, no quiere mezclarse con esta chusma de vecinos que tenemos. Se pasa el día viendo la tele, releyendo libros antiguos de astronomía o pintando cuadros en los que aparece siempre la misma montaña. Yo le regalé un telescopio para que ampliara sus horizontes. A veces nos vamos los tres, sí, los tres, a un lugar solitario de la montaña para ver mejor las estrellas. Acuesto a Cindy en un gran fardo de esos que sirven para llevar ropa a la parroquia. Tengo la suerte de que el ascensor lleva directo al parking. Nadie nos ve. Ya sabéis que aquí no tenemos casas aisladas como las vuestras. La intimidad no existe en estos edificios llenos de vecinos. La verdad es que quiero a Cindy incluso más que antes, cuando mi madre no estaba al corriente y yo tenía una relación más completa con ella. Ahora la veo como una aliada en los cuidados de mi madre, eso es, como una cuidadora, como una presencia tranquila en el salón de casa que con su sola mirada ya me rebaja la ansiedad. Creo que me resultaría difícil vivir sin ella. Si la perdiera, antes que en remplazarla, pensaría incluso en poner fin a todo esto, mirad lo que os digo, porque nunca me he sentido tan en paz conmigo mismo como ahora. Quién sabe si dentro de un tiempo, cuando la vida siga su curso y sucedan cosas inevitables... Pero lo que os decía: a mi madre le importaba un rábano que se publicaran o no las fotos. Como no tiene que dar explicaciones a nadie, no veía inconveniente. Pero a mí me daba miedo que se acabaran enterando en el trabajo. Supongo que lo entendéis.

NEBRASKA. Seguro que la compañía de Cindy te va a ayudar a superar situaciones tristes en el futuro. Pero tal vez tienes que tomarte las cosas menos en serio.

FIDELIO. Te entiendo, pero cuando pienso en el futuro siempre está ella. Por eso no me atrevo a plantearme nuevas relaciones. Traérmela a casa es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

—Joder, menudo psicópata tengo por vecino. Creo que me va a dar miedo seguir viviendo en esta casa después de todo lo que estoy descubriendo.

—Ya.

MARTIN. Bien hablado, Fidelio. Por lo demás, tu decisión de no autorizar las fotos es OK. La mayoría haríamos lo mismo. Pero, al mismo tiempo, piensa en lo importante que es para nosotros que algunos compañeros sí salgan del armario y enseñen al mundo que no somos unos tarados que violamos a muñecas, sino personas que por las cosas de la jodida vida hemos acabado formando una familia no convencional. ¡¡¡Como tantas otras familias no convencionales que hay en el mundo!!! Joder, ¿por qué pueden casarse dos tías entre ellas y besarse en público y tener hijos de las maneras más raras y asquerosas que puedas imaginar y nosotros tenemos que esconder a nuestras mujeres como si fueran escoria? Menudo país de perversos, donde se permite que los maricas se casen y se besen y se manoseen delante de los niños mientras que a uno lo condena la gente por querer como esposa a una mujer a la que tú has decidido considerar una mujer, a la que tratas como tal, con todo el respeto y toda la galantería que te enseñaron tus padres a la hora de tratar a las mujeres, porque eso es Ellen y no otra cosa, una mujer en todos los sentidos. Joder, nosotros sí que cumplimos con las enseñanzas de Dios. Efesios 5, 25-28: «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella. Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama». Hebreos 13, 4: «Honroso sea el matrimonio, y el lecho sin mancilla, pero a los fornicarios y a los adúlteros los juzgará Dios.» Y Pedro 3, 7: «Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a un vaso más frágil.» En definitiva, ¿qué daño le hago yo a la humanidad cuando me siento con Ellen a ver la puesta de sol después de cenar mientras le explico las cosas que tiene que saber para entender el jodido mundo?

NEBRASKA. ¡Cuidado, Martin, el mamón está tecleando!

ADOLF. ¡Guau! ¡La hostia divina, Martin! Acabo de ver las fotos de tu Ellen. Menuda furcia. ¡Con esa boca la revienta en el Girls & Fun de Amarillo! ¿Me la alquilas un par de horas, colega?

MARTIN. ¡El hijo de la gran puta!

ILLUSIONS. Bueno, chicos, hora de descansar. Vamos a relajarnos todos y a pensar en otras cosas.

Deseo de venganza

Cuando acabé de leer el chat levanté la mirada y vi que Pau se había enganchado a su móvil. No me importó que no estuviera ya pendiente de mí; al contrario, de repente, lo quería fuera de mi casa. Me veía incapaz de comentar con nadie las impresiones sobre lo que acababa de descubrir. Pero el chaval levantó la cabeza.

—Eso no es todo, Marta. Hay más, mucho más. Tengo que explicarte más cosas.

—Gracias, de verdad que te agradezco todo lo que has hecho por mí estos días, como lavar la muñeca después de lo que le hicieron. Has tenido mucha paciencia y has demostrado que eres un investigador muy útil. Seguro que dentro de poco volveré a necesitarte, pero ahora quiero estar sola con mi desgracia. Creo que lo entenderás, después de lo que he tenido que leer.

—Sí, claro que lo entiendo, pero es que hay detalles adicionales que debes conocer.

—Ya, pero ¿no ves que quiero poner distancia desde ahora mismo con todo esto? ¿No lo entiendes? Venga, ¿qué detalles? Venga, dímelo ya y acabemos con esta basura.

—Dijo en otro chat que intentó suicidarse con cianuro, pero falló porque era un veneno caducado.

—Por favor, Pau, déjame sola. Te aprecio, te quiero mucho, pero ahora necesito que me dejes sola.

—Pero eso no es lo más importante. Hay algo más que tienes que saber, aunque tengo algunas dudas y no me gustaría pecar de alarmista.

—Por eso, por eso te digo que no sigas contándome cosas. Piénsatelo bien y espera a mañana, querido, que hoy ya he tenido una sobredosis de información. Mañana nos vemos, acabamos de resolver todo esto y nos emborrachamos.

Y se fue después de darme un beso en la frente dejándome sola con mis cavilaciones.

La náusea que me causó la lectura del chat iba a tener un efecto inmediato: la tristeza por haber abierto mi corazón a un personaje tan sórdido como Fidel quedó eclipsada por la ira. Por supuesto, mi venganza no se detendría en los

miserables a los que suponía autores materiales de una violación múltiple.

Sólo necesitaba dar un paso más para reafirmarme en mis intenciones. Necesitaba que Alfredo bendijera el plan que estaba tramando para ejecutar mi represalia. Por eso lo llamé.

—Hola, Marta, me alegro de oírte, pero ¿qué hora es?

Su voz era la de un hombre al que has pillado durmiendo. No me sorprendió. Sabía que debían de ser las tres de la mañana en Los Ángeles, o donde fuera que estaba. Pero el asunto era demasiado urgente como para andar con cuidado de no perturbar el sueño de la gente.

—Un momento, Marta, que me cambio de sitio. ¿Sabes que esta llamada nos va a costar una fortuna?

Noté que daba unos pasitos. Probablemente se alejaba del dormitorio para que la individuo con la que acababa de acostarse no pudiera escuchar nuestra charla.

—Ya estoy, cuando quieras, Ginebra, cuéntame.

—Alfredo, tu voz suena hueca como si te hubieras encerrado en un lavabo o algo así. ¿Estás bien? ¿Te pasa algo? ¿No? Me alegro. Mira, tienes que ayudarme, tienes que escuchar la historia que voy a contarte y, cuando acabe, decirme que he tomado la decisión correcta. No voy a admitir otra respuesta que no sea ésa.

Cindy

Supongo que si Pau insistió en explicarme lo que había averiguado sobre Fidel en internet fue porque yo había cometido la debilidad de pedirle ayuda. Por supuesto, no la habría necesitado de no haber sido por las alteraciones que sufría entonces mi estado de ánimo.

Cuando se hubo ido, ya algo más calmada, me atreví a sumergirme en aquel mundo en que hombres solitarios de todo el planeta intercambian consejos para maquillar a sus muñecas o para vestirlas como sus actrices de cine preferidas. Me resultó muy fácil dar en la red con una cantidad ingente de información sobre el fabricante al que había acudido Fidel, pero también sobre otras empresas similares, la mayoría de ellas establecidas en Estados Unidos y Japón. Fui directa hacia los detalles más escabrosos para adelantarme al susto, aunque siempre con la sospecha de que después de cada sobresalto me esperaba otro peor.

Averigüé, atención, que la gama alta de muñecas, las fabricadas con silicona de platino, son poco aptas para el sexo oral, ya que el exceso de uso les acaba provocando grietas en los labios y en las mejillas. Los propios fabricantes recomiendan retirar la cabeza *buena* («ésta hay que preservarla para los besos y para que esté siempre guapa») y cambiarla para tal fin por otra elaborada con un material más resistente. Me pregunté si en algún rincón del armario de Fidel estaría escondida la cabeza de las felaciones, la que probablemente encargó cuando algún colega le dijo que la de fábrica no aceptaba mamadas. Me intrigó también saber si en el inicio de cada polvo el usuario tiene que tener claro si en algún momento va a necesitar o no sexo oral por parte de su muñeca. Quiero decir: si mientras ya está follándosela le entran ganas de metérsela en la boca, ¿tiene que hacer un alto para desenroscar la cabeza delicada y poner en su lugar la de batalla mientras mantiene a duras penas su erección?

Desde luego, el tipo que sea capaz de hacer eso sin hundirse en la miseria se merece que le envíen una maniquí gratis para montarse un buen trío.

Dos por una.

Vaya panorama. Me planteé si no sería éste el sueño de algunos hombres:

intercambiar nuestras cabezas en función de lo que esperan de nosotras, colocarnos la buena para exhibirnos en público y la mala para las fiestas en la intimidad. Usar una para darnos besos castos en presencia de sus madres y la otra para ejercer sin remilgos su vocación de conquistadores del último baluarte.

Descubrí también que los orificios inferiores estaban diseñados para acoger penes de tamaño estándar, por lo que se recomendaba a los compradores de talla pequeña o grande que lo especificaran en el formulario de compra (¿cómo sabe el potencial cliente si su miembro es superior o inferior a la media? ¿En qué escala se basan?).

En fin, los violadores de muñecas tienen también la opción de *customizar* sus pezones. Para ello, han de enviar a Illusions una fotografía de los pechos que más les ponen. ¿Le van con aureola grande o con aureola pequeña? ¿Erguidos o discretos? Debemos tener cuidado si notamos que un amigo taciturno aprovecha un descuido para hacernos una foto mientras tomamos el sol en *topless*. Es probable que a las pocas semanas Seur le sirva a domicilio una versión *on demand* de nuestros pechos.

Me dolió mucho imaginarme cómo, sólo unas semanas atrás, mi vecino chapoteaba a sus anchas en ese mundo tenebroso de almas en pena mientras yo, en el piso de arriba, contaba las horas que faltaban para que me llevara a mirar las estrellas. ¿Cómo pudieron fallarme tanto las alarmas? Las bajezas que leía en los chats me devolvían la respiración entrecortada de la ansiedad y la melancolía extrema.

Sólo pensar que mientras yo intentaba seducirle en mi sofá él debía de estar preguntándose si Cindy nos oía desde el piso de abajo ya me entraban ganas de vomitar. Cindy, la mujer que le sería siempre fiel.

Un día va la vida y se nos tuerce.

Leí en la red que a un tal Valance se le vino la vida abajo cuando a su esposa le diagnosticaron un cáncer incurable. Tras su muerte, la sustituyó por una muñeca de aspecto latino y mediana edad que en el retrato de la fotoperiodista aparece tendida boca arriba (vestida) en la cama familiar. Me acordé del hombre que chateaba con Fidel, el tal Martin, que también había remplazado a su esposa fallecida por un maniquí multiusos.

Fidel, yo también puedo prometerte fidelidad en algo: seré siempre la bailarina que perturbará tu descanso.

Los cuerpos celestes

Hay algo fascinante que puedes aprender en los libros antiguos de astronomía. Supongo que en los nuevos también, pero éstos no me seducen tanto porque son inodoros e insípidos y no tienen páginas amarillentas. En los modernos, además, puedes sentirte abrumada por el exceso de información. Es comprensible, ya que en las últimas décadas hemos acumulado una cantidad de datos ingente sobre el espacio, y es normal que quieran compartir con los lectores las cosas que se van descubriendo. En cambio, en los tratados de astronomía que se publicaban en la primera mitad del siglo xx, la falta de información contrastada la suplían con fantasía literaria y con sugerentes grabados en blanco y negro. Por ejemplo, en uno de los libros que fueron de mi vecina muerta se ilustra el capítulo sobre los meteoritos y el polvo cósmico con la imagen de una madre que en una noche de verano muestra a su hija la estela de un objeto celeste en plena y elegante caída.

Una elegante caída que me recordó a las mías como bailarina, pero que también me hizo pensar en mi enfermedad del ánimo.

En uno esos libros, el que se titulaba *Los mundos lejanos*, aprendí que los meteoritos, a su manera, también tocan fondo, igual que el estado de ánimo de las personas. Basta que se cruce en su camino un astro rocoso como la Tierra para que un cuerpo celeste que ha visitado el cinturón de Orión o las estrellas de la nebulosa del Pequeño Espíritu o alguna de las constelaciones perdidas dé por finalizada para siempre su aventura, aunque sea después de estallar y disgregarse en mil meteoritos.

También los estados de ánimo estallan en mil pedazos y luego se reconstruyen fragmento a fragmento.

La sensación de tocar fondo no es necesariamente devastadora. Al contrario. Un solo segundo de lucidez sirve para delimitar las causas de la debacle y para identificar, en consecuencia, las oportunidades de redención.

Por ejemplo, la irrupción en mi retiro domiciliario de Fidel y de su relación con la muñeca biónica me había ayudado a ver la situación con una claridad

nueva. Yo, que creía tener todas mis aflicciones bajo control, descubría a través de mi vecino y de sus depravados amigos del chat la posibilidad de un abismo aún más profundo.

Fue como si avanzara por un camino y éste se dividiera inesperadamente en dos: a un lado, un sendero despejado hacia el horizonte; al otro, un gran perro negro con mirada asesina y nada que perder. De repente sabía hacia dónde no quería ir y de dónde tenía que huir. En un lado, estaba la sordidez de un mundo en el que las personas vivas se desahogan en el cuerpo de personas que siempre han estado muertas. En el otro, los despertares con sol, la música, las buenas personas como Pau, la voz de Alfredo y la danza. No tenía elección. Había que decidirse. Por fin canjeaba por ventajas terrenales mi afición a mirar las estrellas. Si hasta los pequeños cuerpos celestes eran capaces de colisionar con un planeta que detenía su caída y los salvaba de su condena a vagar por el infinito, yo no iba a ser menos.

Había llegado la hora de actuar.

Tal como había hablado con Alfredo en nuestra charla telefónica, tomé las fotos convenidas en mi habitación y escribí a mano una nota para Fidel. Luego bajé al sexto y lo dejé todo en el centro del salón, en el suelo, debajo de un viejo globo terráqueo. Allí encontraría mi vecino el mensaje cuando regresara a casa.

Su comedor seguía hecho un asco, tal cual lo habían dejado los empleados de Edu. Me paseé por las estancias que durante años fueron las del maniquí, que ahora sabemos que se llamaba Cindy y que vino desde la costa oeste americana para habitar entre extraños. A mí, aturdida como estaba, me dio por mirarlo todo con ojos de Cindy. Las montañas absurdas en los cuadros y los venenos inofensivos. Sí, eso, los venenos inofensivos, porque ni siquiera el cianuro puede matar a una muñeca muerta.

Bunda

Cuando era niña me llevaba mal con las muñecas rígidas. No alcanzaba a comprender por qué me costaba tanto congeniar con ellas, siendo como eran supuestos juguetes a mi servicio. No había forma de amoldarlas al cuerpo para sentir su calidez sin tener la sensación de que me clavaban sus codos o sus fríos mentones de plástico. Por eso me mantuve siempre fiel a la pobre Bunda —la llamé así por *vagabunda*—, que en realidad era una funda celeste de tela rellena de algodón de la que sobresalían dos manitas de goma y una segunda protuberancia, más pequeña que el tronco, que hacía las veces de cabeza. En ella tenía incrustados dos pequeños ojos con sus correspondientes párpados, que se cerraban lentamente al quedarse en posición horizontal. Bunda era una muñeca dúctil de tacto agradable que nunca se separó de mí hasta su desaparición en un viaje familiar por el norte de Francia. Sin duda alguna, Bunda tenía vocación de vagabunda.

Perderla fue un trauma casi tan grande como el del globo rojo que se me fue de las manos. Mi padre intentó encontrar una muñeca similar en todas las tiendas de juguetes antiguos que pudo visitar durante sus viajes por el mundo. Me lo confesó hace poco. Creo que incluso hoy sigue buscando a Bunda para traérmela y devolverme la calma extraviada en el paraíso de la infancia.

Del rechazo de las muñecas rígidas pasé directamente al miedo por culpa de una lectura de terror prematura. Hablo de *El hombre de la arena*, de E. T. A. Hoffmann. El pavor perdurable me lo provocó aquella muñeca construida con resortes mecánicos que tenía el don de volver locos a los hombres que se enamoraban de ella. Hombres que no conocían la falsedad de sus entrañas. Sólo uno la descubrió, a su pesar. Fue el protagonista, Nathaniel, que enloqueció cuando supo que su enamorada era en realidad un sofisticado robot.

Curioso y deprimente: en la vida de hoy, tipos como Fidel son capaces de lo contrario, es decir, de lanzarse en brazos de ese robot precisamente para huir de la locura que puede causarles la infidelidad de sus novias de carne y hueso.

Un mensaje de Alfredo interrumpió mis relecturas: mi matemático no pensaba volver de Estados Unidos en dos semanas largas, lo que constituía a la

vez una buena y una mala noticia. La buena, claro, era que si quería podía disponer de su casa con vistas al Tibidabo, algo que me iría muy bien para cambiar de aires y empezar a dejar atrás el universo sórdido de Fidel. La noticia nefasta era que no soy idiota y sé muy bien que no hay congreso que dure tantos días y que si Alfredo prolongaba tanto su estancia era porque iba a regalarse el viaje de costa a costa que nosotros no pudimos hacer por mis compromisos profesionales, y ahora seguro que lo haría acompañado por una bella mujer desconocida que manejaría el volante con precisión mientras él se entretenía buscando emisoras de blues en la radio del coche.

Qué deprimente.

Me consolé pensando que nunca me pidió que le devolviera las llaves de su casa, lo que indicaba que como mínimo nuestra complicidad estaba a salvo. Para mí, una relación de pareja no merece ser recordada y valorada como tal si, al darla por acabada, el tipo comete la mezquindad de exigirme que le retorne las llaves. Ésa es para mí una prueba de fuego sobre la solidez del vínculo que he mantenido con mis amantes. Además, quedármelas tiene una ventaja práctica: puedo usar sus casas cuando no están.

Lo siento, Pau, no recuerdo si a ti llegué a pedírtelas cuando nos enrollamos, pero, si lo hice, ahora no sabría encontrarlas.

Las catacumbas del sexto

La llamada me sorprendió ya acostada. Me había ido a la cama temprano con una de las libretas en las que suelo anotar las gestiones pendientes. Quería apuntar todo lo que necesitaba para mudarme al día siguiente al apartamento de Alfredo. Mi ex es de esos tipos que viven en las nubes (en su caso sería más correcto decir en las ecuaciones) y es normal que en su casa falten cosas básicas como las pastillas del lavavajillas o el papel higiénico. Pensaba pasarme por el supermercado antes de instalarme allí con todas las comodidades.

También le daba vueltas a la posibilidad de llevarle algún detalle bonito para agradecer su hospitalidad. Un regalo que sirviera, también, para hacerle llegar con sutileza el mensaje de «Ginebra ha vuelto».

Después de que acordáramos que me instalaría en su casa me había enviado otro wasap que me animó mucho, porque en él se mostraba más afectuoso que de costumbre. Además de llamarme Ginebra, que no es poco, dedicaba varios párrafos a recordar lo buena bailarina que fui y a reiterar que le encantaría que diera por fin un paso adelante y me atreviera a coreografiar alguna pieza, ese antiguo deseo que siempre postergaba. «Mi perezosa cuántica», me llamaba esta vez, supongo que con cariño. Apuesto a que se sentía culpable después de haberse ido de viaje por América con la acompañante desconocida mientras yo me hundía en el barro.

Apagué la luz para que no se dispersaran mis pensamientos. Me concentré. Tan decidida estaba a aproximarme de nuevo a Alfredo que me pregunté si debía renunciar a mi vocación polígama para recuperar su confianza. En aquel momento que no sé si considerar de lucidez o de ofuscación estaba dispuesta a elegir entre Lancelot o el rey Arturo como haría cualquier monógama de barrio. Uno y sólo uno.

Se me ocurrió que un gesto de inequívoca penitencia sería obsequiar a mi matemático con el mismo regalo que me había dado un tiempo atrás el profesor de danza que hizo saltar por los aires nuestra relación: una fotografía firmada de

la bailarina Margot Fonteyn en los tiempos en que detenía la respiración en las plateas de los teatros. De alguna manera, entregarle la foto simbolizaría destruir el que fue el motivo de nuestra ruptura. Por un momento me ilusioné. Me imaginé a Alfredo, siempre elegante, aceptando mi regalo sin hacer comentarios innecesarios.

Y en ésas sonó el teléfono.

La llamada que interrumpió mis pensamientos no era de Alfredo, como hubiera deseado con toda mi alma, sino del solícito Pau.

—Marta, me han anulado una cita y si te parece me paso por tu casa y llevo yo al piso de abajo la caja ésa con las cosas de Fidel, y así no tienes que hacerlo tú. Llego en un cuarto de hora y me das las llaves del piso de tu vecino. ¿Las tienes aún?

—Sí, pensaba dejárselas mañana dentro de un sobre en el buzón antes de irme.

—¿Antes de irte? ¿Te vas? ¿A dónde? ¿Quieres venir a mi casa a pasar unos días? Te cuidaré.

—Gracias, no, pero ya te explicaré.

—¿No te irás con ese Alfredo?

Le había pedido a Pau que me hiciera ese penúltimo favor: quería desprenderme de la maldita caja con los mensajes, los chats impresos y las fotos de las muñecas. No quería cargar otra vez con tanto peso.

La verdad es que aquella llamada de Pau me había devuelto la imagen nítida de Fidel, que ya me causaba más lástima que ira. Con el paso de las horas, estaba empezando a relativizar comentarios de mi vecino como aquel de «la puta bailarina del piso de arriba». Por raro que parezca, hacía esfuerzos para comprenderlo. Pensé que insultar a quienes no convivimos con muñecas forma parte de una especie de código que aquellos que sí lo hacen emplean para reafirmarse en su extraña opción de vida.

«Ellos sí que son despreciables ya que no hacen ningún esfuerzo en entendernos, y encima se atreven a juzgarnos.»

Podía imaginarme a Fidel y a sus acólitos chateando en esos términos.

«Joder, tíos, lo de mi madre y lo de Cindy me ha dejado hecho polvo. Hasta me he atrevido a flirtear con la muerte. Me he salvado de milagro.»

«Celebro que no te hayas salido con la tuya, colega, todos te queremos y rezamos por tu bendita madre que está en el cielo y por que se solucione lo tuyo con la buena de Cindy.»

«Dios os bendiga.»

Así debían transcurrir sus conversaciones. Podía hasta imaginármelos protagonizando una vulgar serie de televisión. Visualicé a los capullos tecleando

estas frases en sus salones llenos de taxidermia y banderas americanas con crespones por los hijos muertos en cualquier guerra.

Supuse también que cuando Fidel insinuaba que podría llegar a suicidarse lo que hacía era intentar sobresalir de entre la chusma, hacerse el interesante entre aquellos tipos de verbo rudo y corazón de papel.

Pau me sacó de mis meditaciones. Llegó a casa con aspecto de recién salido de la ducha y con una botella de vino para que nos la bebiéramos después. Pensé que se había tomado demasiado al pie de la letra mi promesa del día anterior de que nos emborracharíamos juntos. Le di las llaves del piso de Fidel.

Creo que me dormí pensando en Alfredo, escuchando el ruido amortiguado que hacía Pau mientras se abría paso con unos alicates en el armario de Fidel y preguntándome qué nueva sorpresa me iban a deparar las catacumbas del sexto.

El lenguaje de los pájaros

De pequeña aprendí a hablar en el lenguaje de los pájaros.

Tengo un sueño recurrente que data de mis tiempos de sonámbula militante. Se inspira en una experiencia real, de cuando yo tenía unos catorce años. La explicaré. Tanta alarma había causado en mi familia mi tendencia a las escapadas nocturnas que mi madre se trasladó algunas noches a dormir en el sofá cama del comedor, para así tenerme bajo control. Gracias a sus vigiliias puedo saber ahora en qué consistían mis crisis de parasomnia, ya que yo, por las mañanas, no recordaba nada. Según cuenta mi madre, la mayoría de las veces iba hasta la cocina, me quedaba plantada en el medio sin saber qué hacer y a los pocos segundos regresaba a mi habitación, aparentemente calmada. Pero en tres o cuatro ocasiones, siempre según su testimonio, mis incursiones fueron más prolongadas y, sin duda, más extraordinarias.

Aquellas noches me vio atravesar de un extremo a otro el salón, sorteando la mesa y las sillas, para ir a sentarme frente a una cómoda en la que había algunas fotos de familia. De manera invariable, me quedaba mirando fijamente uno de los retratos. Era uno en el que aparecía ella. Lo que resultaba más asombroso es que en aquella fotografía mi madre era mi viva imagen. De hecho, se la hicieron a los catorce años, a principios de los años sesenta, la misma edad que tenía yo en aquellos devaneos nocturnos. Dos adolescentes morenas y con mirada traviesa frente a frente, una dormida y la otra congelada en una foto descolorida: ésa era la escena que me han contado una y otra vez. Mi madre aparecía en la foto dando de comer a las palomas en la plaza del Sol, en el barrio de Gràcia, durante una mañana de invierno. Se veía que era invierno por los abrigos de la gente y por la desnudez de los árboles. Me cuentan que, absorta en aquella imagen, yo empezaba a hablar en susurros, aunque nunca se me entendió una sola palabra. Por lo que he leído sobre el sonambulismo, éste es un patrón habitual. Los discursos que pronuncian los sonámbulos suelen ser incomprensibles. Pero mi madre elaboró su propia teoría: llegó a pensar que yo

no me dirigía a la jovencita de la foto, sino que con quien yo entablaba conversación era con las palomas que la rodeaban... en su propio lenguaje. Mamá sintió al verme algo parecido al terror, según me confesó tiempo después. No en vano, en aquellas noches de vigilia tenía enfrente a una versión fantasmal de su hija parlotando con los mismos pajarracos que muchos años atrás la habían asustado cuando revoloteaban a su alrededor (se notaba en su expresión que tenía miedo), palomas que ya debían de llevar décadas muertas. Sintió compasión y hasta miedo por aquella niña —ella misma— que yo había convertido en el epicentro de mis pesadillas. ¿Les estaría pidiendo en sueños a los pájaros que la atacaran, a ella, atemorizada dentro de su vestido anacrónico?

Me explicó también que, mientras hablaba a las palomas, mi cuerpo iba sucumbiendo a un estado de tensión que desembocaba en fuertes temblores y en una respiración fatigosa. Aunque no se aconseja despertar bruscamente a los sonámbulos, ella no podía evitar hacerlo. No era para menos. Así que me zarandeaba y me arrancaba de mi ensoñación. Tampoco recuerdo nada de esos despertares violentos. Me dicen que rompía a llorar y que me quedaba dormida enseguida.

Con los años, fui incorporando a mis sueños aquellas vivencias contadas, siempre desde la angustia. A menudo me despertaba sobresaltada porque soñaba que intentaba alertar a alguien de un grave peligro pero sólo me salía hacerlo en la lengua indescifrable de los pájaros, y esto me generaba una frustración muy dolorosa.

Eso fue lo que me contó Pau aquella noche. Me dijo que cuando subió del piso de Fidel me encontró agitada y sudando en mi cama, aunque me calmé mucho al abrir los ojos y al verlo plantado en la puerta de la habitación.

—Pau, hoy salías tú en mi sueño. He vuelto a soñar aquello que te expliqué una vez. Yo intentaba salvarte de algo terrible pero no encontraba las palabras humanas para hacerlo.

Quise narrárselo con todo detalle, pero su media sonrisa forzada me hizo ver que era él quien de verdad tenía algo relevante que decirme.

La revelación

—Yo te aconsejo no verla, pero eres una mujer adulta y tienes que decidirlo por ti misma.

Me decía esto mientras yo me vestía y alisaba un poco el edredón.

—¿Ver el qué, Pau? ¿Decidir el qué?

—Lo que he encontrado en la parte del armario de Fidel a la que no se podía acceder sin despegar todo el tablero, lo que había debajo de un montón de ropa, de donde el otro día sacaste algún vestido. La he subido. He guardado la caja con los papeles pero la he subido. De hecho, ya sospechaba que podía encontrar algo así. Intenté avanzártelo el día en que te di a leer el chat, pero no me dejaste. Y pensé que igual tenías razón y que no valía la pena asustarte por nada. Y sí, era necesario. Hubiera debido hacerlo.

—¿Qué es lo que has subido? ¿Y por qué tenías que despegar todo el tablero? —Me di cuenta de que yo misma trataba de postergar el momento en que Pau me iba a explicar qué nuevo artilugio ocultaba el depravado de mi vecino. Mi amigo se frotaba los pómulos como si quisiera bajárselos. Recordaba muy bien ese tic. Se le declaraba en situaciones en las que perdía el control—. Venga, qué es.

—Mira, esto te va a asustar un poco pero ya no pasa nada y ya no corres ningún peligro porque nos vamos a ir y te cuidaré mucho.

Tenemos esa frase hecha que habla de prepararse «para lo peor». Es una exageración, porque lo peor es la muerte larga y dolorosa de un ser al que queremos mucho y para eso no estaremos nunca preparados. Así que no temí que fueran a hacerme una revelación tan hiriente. Cuando en mi interior empecé a prepararme para lo peor visualicé más bien una muñeca ensangrentada y desmembrada, un nuevo campo de batalla de plástico. El paisaje después de una escena gore. Me imaginé que lo que había encontrado Pau en el dichoso armario era la cabeza de muñeca destinada a las felaciones con la que probablemente se habría ensañado Fidel después de un servicio hecho con desgana. Por sórdido que me pareciera, pensé que aquello, aunque me impresionara, podría superarlo.

Pero lo que me contó de manera abrupta, sin ser lo peor en el sentido

estricto, era mucho peor que lo que yo había deseado imaginarme.

Salimos los dos al rellano, porque era allí donde la había dejado. En el suelo, apoyada en el primer escalón junto a una bolsa con envases para bajar al contenedor del plástico reciclado. Aparté con el brazo a Pau y me agaché. Le di con cuidado la vuelta. Empezaba a intuir por qué mi amigo temía mi reacción ante lo que iba a encontrarme. La tenía cogida por un mechón. Lo que había subido Pau del piso de abajo era una cabeza de muñeca con el cabello moreno revuelto y unas facciones duras y elegantes que terminaban en una nariz proporcionada, perfecta. Los labios eran levemente carnosos y sus ojos eran del color verde de las hojas de abedul en primavera. Había una levísima cicatriz en una ceja. Busqué las grietas del paso del tiempo en sus mejillas sin llegar a encontrarlas. Tal vez sí que estaban, pero la oscuridad de la escalera me impedía verlas.

—Soy yo.

La maleta de Cindy

La chica que me atendió en la ventanilla tenía una rara belleza que me dejó unos segundos desconcertada. Hasta que entendí por qué. ¡Cómo no iba a sorprenderme su aspecto, si tenía expresión de muñeca! Una mirada ausente y unos labios bien delimitados.

Sus dedos teclearon algo en la pantalla y de su boca surgió una voz metálica que me invitaba a sentarme en la sala de espera.

—Vendrán a buscarla enseguida.

Hablaba como hablarán las muñecas sexuales cuando les incorporen los últimos avances en inteligencia artificial, si no lo están haciendo ya. El uniforme azul, impoluto a aquella hora de la mañana, era como los que llevaban algunas de las chicas de silicona que había visto en la web de Illusions. Ya se sabe que a muchos hombres les motiva hacérselo con mujeres vestidas de policía. Camisa azul clara abierta hasta el segundo botón. Un reloj de diseño clásico, una pulsera de cuero. Pendientes minúsculos, seguro que ropa interior negra y un discreto anillo de casada.

¿Se casan las muñecas? ¿Se habría casado Fidel en secreto con la suya bajo algún rito exótico avalado por los iluminados de su secta, acaso con otro muñequero como testigo? No recordaba haber visto un anillo en los dedos de Cindy, aunque eso no quiere decir que no lo llevara cuando la asaltaron los violadores. Eran muy capaces de habérselo robado.

Sentía celos de la atractiva agente porque yo tuve que bailar a veces sobre el escenario con mallas de color carne para aparentar que iba desnuda. Detestaba la ropa interior de color carne. Estaba segura de que ella llevaba ropa interior negra.

Fiebre, también sentía fiebre. Un principio de fiebre que me debilitaba el cuerpo y me inducía pensamientos extraños. Pau había querido acompañarme, pero yo le pedí que me esperara en el coche, donde habíamos cargado todas mis cosas. Rechacé su ayuda por una intuición. Sabía que mi relato sería

necesariamente inconexo pero quería que esa incoherencia tuviera cierto sentido de coherencia. Me explico mejor: pensé que existía el peligro de que él, con su sentido práctico que tanto apreciaba en otras circunstancias, rebajara la narración a los hechos sin más. Y esta historia no podía explicarse sin que en ciertos momentos afloraran mis miedos más profundos. Era el único modo de impresionarles y de conseguir que hicieran algo.

Me pasé la mano por la frente. Ardía. Seguro que las muñecas también enferman y hacen saltar de fiebre los termómetros. Seguro que hay tíos que las prefieren así, con mala salud. Me refiero a esos tipos que fantasean con que sus chicas no pueden salir a la calle porque están permanentemente enfermas y así nadie las mira y son sólo tuyas y siempre tuyas.

Enfermedades venéreas supongo que tampoco tienen. Pau quiso contarme algunos detalles que había descubierto sobre la higiene íntima de las mujeres como Cindy, pero no lo dejé acabar. Preferí pensar que todos los tíos que se lo hacen con ellas usan preservativo.

¿Tú también, querido Fidel? ¿Usas condón cuando te acuestas con Cindy? ¿Los guardas en el mismo armario en el que escondes el alma que vendiste al diablo? ¿Usas condón cuando te acuestas con la Cindy que tiene mis mismas facciones, o esa cabeza la guardas para algo peor? Si te casaras, ¿con cuál de las dos lo harías? ¿Invitarías a la otra a tu boda o la dejarías encerrada en el armario?

Las comisarías son hoy blancas como las oficinas municipales en las que se tramitan los impuestos. Antes no eran así. Dormí en una comisaría cuando era joven porque nos llevamos un ampli de un garito cuyo dueño nos pagó una miseria después de habernos dejado la piel actuando. Pero entonces todavía eran viejas y oscuras. No las habían reformado. Aún resonaban entre sus paredes los gritos de los detenidos antiguos. Mi padre tuvo que pagar una pasta para que me dejaran salir sin problemas.

Son asépticas, las comisarías de hoy, como aséptico era el agente de los *Mossos d'Esquadra* que me llevó a su despacho después de venir a buscarme a la sala de espera. Tenía en su mesa un calendario del sindicato y otro con una foto de una playa. Seguro que mientras interrogaba a locas como yo la miraba de reojo y pensaba que ya faltaba poco para largarse allí de vacaciones y perdernos de vista.

—Me dice mi compañera que quiere denunciar una desaparición y una invasión de su intimidad. Vayamos por partes. ¿El desaparecido es algún menor?

—No, es un adulto, un vecino mío de unos cincuenta y pico. Ya sé que ustedes no investigan de entrada este tipo de desapariciones; no hace falta que me lo diga. Pero es que creo que el desaparecido es una persona que no está en

su sano juicio y que puede cometer una tontería. Contra alguien o contra él mismo. ¿Ésta es la comisaría que corresponde a mi domicilio, verdad?

Hice la pregunta sólo para conseguir que apartara la vista del ordenador y me mirara. Necesitaba saber si ya había empezado a verme como a una desequilibrada o si aún había esperanza de que me tomara en serio.

—Puede presentar denuncia en cualquiera de nuestras comisarías, aunque sí, ésta es la que corresponde a su casa. ¿Me ha dicho ya cuánto hace que no sabe nada del vecino?

—No, aún no se lo he dicho. Hace unas tres semanas recibí un último mensaje.

—¿Un mensaje de auxilio o algo parecido?

—No, un mensaje que tenía que ver con el tema del que se trata.

—¿Y me ha contado ya el tema del que se trata?

—Aún no. No sé si quiere que lo ponga antes en antecedentes.

Por primera vez pareció impacientarse. No miró el reloj, sino que se mesó el cabello. Alfredo, mi matemático tranquilo, también lo hace las raras veces que da muestras de perder los estribos.

Pero pronto recuperó la calma.

—No, por favor, dígame de entrada por qué cree que usted ha colaborado en su desaparición y a qué se refiere cuando dice que han violado su intimidad. ¿Se refiere a él, no? El hombre que ahora tenemos desaparecido y el que antes de desaparecer violó su intimidad, la intimidad de usted, ¿eran el mismo hombre?

Había llegado el momento, ya no podía darle más rodeos al asunto. Para no ponerme nerviosa, decidí que hablara por mí la actriz que soy, porque las bailarinas también interpretamos papeles y sabemos tomar distancia respecto a nuestros propios yos.

—Mire, agente, voy a empezar desde el principio, porque si no será muy difícil que pueda hacerse una idea correcta sobre el problema que tenemos. Le sonará extraño. Tiene que ver con ese mundo siniestro de las muñecas sexuales, que al parecer está más extendido de lo que creemos. Verá, he secuestrado a la muñeca sexual de mi vecino. La muñeca a la que él, Fidel, el desaparecido, trata como si fuera una mujer de verdad. Hasta su madre la trataba así, como si fuera una nuera de carne y hueso. Hasta la calzaba con zapatillas de abuela. Pero lo peor no es eso. Lo peor es algo que un amigo mío acaba de encontrar en el mismo armario en el que estaba la muñeca.

A veces a los actores nos cuesta asumir que no somos los únicos en la sala que interpretamos un papel. Tendemos a pensar que los espectadores que tenemos delante son sujetos pasivos dispuestos a tragarse todos nuestros embustes. Pero esos pensamientos ingenuos los tenemos sólo al principio de

nuestras carreras. Con los años de experiencia nos vamos dando cuenta de que ellos también interpretan. Interpretan, por ejemplo, los que han ido a ver un espectáculo de danza contemporánea a remolque de su pareja. Hacen ver que les interesa lo que estás haciendo en el escenario y evitan mirar el reloj de manera ostentosa, aunque les delata la rigidez de las facciones en el momento en que reprimen a duras penas un bostezo.

El policía que tenía enfrente interpretaba, seguro. No tenía ninguna duda. Me pasó por la cabeza que sólo quería cubrir el expediente cuanto antes para descojonarse después con su compañera de la ventanilla, tal vez durante el almuerzo en la cantina de la comisaría.

—La tía esa delgaducha que ha venido a primera hora con aspecto de llevar días sin dormir me ha dicho que ha secuestrado a una muñeca inflable.

—¡No me jodas! ¿Le has pedido que nos la traiga? Podríamos montarnos una fiesta en la próxima guardia.

Así me los imaginaba.

El agente pretendía que anotaba algo en el ordenador. Yo no veía la pantalla, así que no podía estar segura de lo que apuntaba. Creo que me seguía la corriente. Aquella debía ser otra mera representación teatral como las que se veía obligado a hacer cuando comparecía ante él el enajenado de turno para presentar una denuncia. ¿Cuántos locos como yo tendría que atender al día?

Sin esbozar una sonrisa, anotó todo lo que le conté. Los detalles físicos de las muñecas, las fechas, las direcciones, los nombres de mis amigos, comentarios y todo tipo de información complementaria.

—¿Está segura de que la muñeca está hecha a imitación suya?

—Ojos verdes, pómulos afilados, la forma de la nariz, el tamaño de los labios y, sobre todo, una cicatriz en la ceja izquierda parecida a esta mía. ¿La ve? No tengo ninguna duda. No soy yo, pero la muñeca quiere ser yo. Supongo que me explico. Al parecer, en esa empresa donde las compran se niegan a hacer réplicas exactas de personas vivas. Lo que no significa que sus productos no se parezcan muchísimo a la versión original. Pero escuche, el maniquí está dentro de un coche que tengo aparcado cerca con un amigo esperándome dentro. ¿Quiere verlo?

—No, de momento no, no hace falta. Ya se lo diría más adelante. Pero ahora permita que le haga una pregunta, una pregunta para que el informe sea más completo. ¿Sospecha que ese Alfredo la ha espiado y ha encargado una muñeca que se parece a usted?

—No, no es Alfredo, es ese Fidel el que le digo que encargó las muñecas. Es el vecino que ahora debe de estar en Madrid y que cualquier día volverá a su piso de Barcelona y puede enloquecer cuando vea que lo hemos descubierto, que

hemos descubierto qué tipo de persona es.

—Ya.

—Me cree, ¿verdad?

—Dígame una cosa, ¿se ha mostrado ese Fidel alguna vez agresivo con usted? ¿Ha tenido que presentar alguna vez una denuncia contra él porque se ha sentido acosada?

En mi mente se mezclaban los besos y las caricias que habíamos intercambiado en el sofá con las referencias a «la puta bailarina» del chat. El amante tímido y el violador. Estaba hecha un lío.

—No sé qué decirle.

—Pero no hay denuncias previas, ¿no?

—No.

—Bien, sigamos con los detalles...

En aquel momento me pareció intuir que iban a investigar de verdad a mi vecino. Incluso me imaginé que destinarían a la búsqueda de Fidel a un grupo de policías tan competentes como el que tenía enfrente, capacitado para escuchar con paciencia las historias más insólitas. Ni siquiera pestañeó cuando le expliqué que había dejado una nota y una foto para Fidel en el salón de su casa, con la intención de que se las encontrara a su vuelta. Era mi último mensaje a un vecino indeseable.

—¿Y qué le decía en la nota?

—Le dejé una foto del maniquí preparando su maleta para largarse...

—¿La maleta del tal Fidel?

—No, no, la maleta de la muñeca, de Cindy.

—Ah, la muñeca tiene nombre y tiene maleta y se la prepara ella misma cuando se va de viaje.

—Sí, Fidel la llama así, Cindy. Al menos a la que tiene la cabeza rubia, la que me encontré cuando se fueron los violadores y la que salía en una foto que había colgado en un chat. Ésa es Cindy. No sé si cuando desenrosca la cabeza rubia porque se ha cansado de ella y le pone la que imita mis rasgos faciales pasa a llamarla Marta o sigue dirigiéndose a ella como Cindy. Nunca lo sabré. ¿Usted tiene alguna opinión sobre esta duda mía? ¿No sabe qué pensar? No sabemos si la llama Marta. Ni tampoco sabemos si Marta es la cabeza de las felaciones o es al revés, la de las felaciones es Cindy y la mía es la de los besos.

—¿La cabeza de las felaciones? ¿Me lo puede explicar un poco?

—Es largo de explicar.

—De acuerdo, tal vez otro día. Me decía entonces que en la foto...

—Sí, eso. En la foto se veía a Cindy haciendo las maletas para irse a algún lugar no especificado. La foto la tomé yo en mi propia habitación con este

teléfono móvil, después de que mi amigo Alfredo me dijera que se trataba de una buena idea. Porque se lo consulté. Quería saber si él, que es una persona con la mente bien organizada, estaba de acuerdo conmigo en que ésta era una buena forma de vengarse de mi vecino.

De repente, los ojos azules del policía me parecieron artificiales. Brillaban como el metal dentro de sus gafas con montura roja, igual que los de su compañera de la recepción. Había visto en internet que Illusions sirve también a domicilio muñecos masculinos, aunque no me quedó claro si sus clientes potenciales eran hombres homosexuales o mujeres como yo. Sus penes eran intercambiables en función del tamaño o la forma deseadas por el comprador o la compradora, igual que los pechos de las mujeres. Me pregunté si también harían sexo oral y si habría unas cabezas más aptas que otras para esta práctica específica. De aquel policía saldría un buen maniquí sexual, pensé, aunque no sería yo quien se gastara una fortuna para comprarlo.

Por primera vez tuve la sensación de que empleaba un tono irónico cuando se dirigía a mí.

—¿Y qué le decía usted a su vecino Fidel en el mensaje que deslizó bajo su puerta, con la foto, el mensaje de la venganza que en realidad era un mensaje escrito por la muñeca?

—El mensaje no lo deslicé bajo la puerta, sino que lo dejé en el suelo del salón debajo de una bola del mundo. Y decía: «He conocido a alguien.»

—Que usted había conocido a alguien.

—No, agente, no era yo. Era Cindy quien le decía a Fidel en una nota que había conocido a alguien. Era su manera de comunicarle que se largaba y lo dejaba tirado, lo peor que se le puede decir a un hombre como ése, cargado de inseguridades y a quien han abandonado ya antes. Un hombre a quien su última novia le soltó una frase parecida y eso le motivó a comprarse una muñeca.

—Estamos acabando. Un último repaso a los hechos que me está describiendo y luego le paso el impreso para que me lo firme. A ver: la muñeca que se llama Cindy y que se iba de viaje con unas maletas que ella misma se había preparado se despedía de su vecino Fidel diciéndole que lo dejaba porque había conocido a alguien.

—Correcto.

La bailarina cuántica

La noche en que regresó Alfredo de su viaje a California salimos a cenar juntos y me enseñó que hay aplicaciones de móvil que también te llevan gratis a los planetas. Si pagas unos pocos euros para ser astrónomo *premium*, incluso ponen a tu disposición un amplio catálogo de satélites, estrellas, galaxias y nebulosas. Clico sobre la foto de Saturno en mi tableta y ya sé dónde está por las noches y dónde situarme yo misma respecto al cosmos. Esta información es relevante porque con los años aprendes que es vital tener perspectiva del mundo que te rodea, adquirir el hábito de conocer siempre tu ubicación exacta, en el microcosmos y en el macrocosmos. Desde el origen de los tiempos, la humanidad ha mirado hacia las estrellas por la necesidad de situarse y orientarse. De esta manera, el ser humano ha ido descubriendo cómo el firmamento permanecía inalterable mientras a su alrededor se creaba en la Tierra un paisaje artificial sometido a la evolución aleatoria de las aglomeraciones urbanas. Progreso enloquecido frente a la constancia del cielo. Orden en las alturas. Necesario, porque la sensación de orden es un antídoto de la locura. Cuando Alfredo y yo pasábamos las noches juntos, él, antes de apagar la luz, dejaba bien alineados sobre su mesilla el teléfono, el libro que estaba leyendo y sus gafas. A mí me extrañaba tanta precisión, me parecía todo demasiado teatral. Pero un día me contó por qué lo hacía. Me explicó que aquella era su estrategia para sobrevivir al caos que yo misma estaba creando a su alrededor. En aquel delirio de cojines esparcidos, tazas por recoger, pieles de naranja y libros apilados en el suelo, él se construía un refugio para preservar sus propias coordenadas vitales: las gafas, el teléfono, la novela. Las gafas, el teléfono, la novela. Y así día tras día. Quise seguir su ejemplo y traté de ser más ordenada. Mis gafas de leer, la botella de agua, el libro. Había mucho camino por recorrer, pero lo logré hasta cierto punto durante las primeras semanas de mi baja y lo estoy consiguiendo otra vez, en la etapa final de mi curación. Estos días guardo las tazas en el lavaplatos al acabar el café. Cumpló al pie de la letra con el ciclo de la ropa sucia. Me estoy rehabilitando, sí, de alguna manera. Y como no hay microcosmos sin macrocosmos, ahora, por las noches, no puedo dormir sin

asegurarme de que Urano está en su sitio. Aunque las nubes me impidan verlo.

La cena la tuvimos dos semanas después de que yo hiciera el ridículo en una comisaría, pero mi conversación con los polis te la contaré otro día. Sigo. Alfredo y yo salimos de su casa y nos fuimos a un restaurante del Born al que íbamos en nuestros tiempos de pareja. Allí escuchó de principio a fin todos los detalles de la historia que tenía que contarle, sin apenas interrumpirme. En nuestra conversación telefónica previa le había explicado los grandes trazos. Ahora descendí hasta los aspectos más malsanos. Se sorprendió. Se sorprendió más de lo que yo esperaba. Parecía incluso apesadumbrado. Sólo sonrió cuando le dije que, al salir de la comisaría, había convencido al pobre Pau para que me acompañara hasta su casa, la de Alfredo, después de rechazar su amable oferta para que me refugiara en la suya. En realidad, hice creer a Pau que el piso en el que descargábamos mis cosas pertenecía a una amiga, y no a mi otro ex amante. La reacción socarrona de Alfredo ante este dato era algo que sí me podía esperar. Todo lo demás lo puso en estado de alarma. Resopló varias veces. Pero a mí me tranquilizó poder sacar a la luz todos mis demonios en una conversación con la persona que más me comprende en el mundo. ¿Sabes? Nunca he tenido eso que se llama una mejor amiga de toda la vida. La que estaba llamada a serlo se murió en un accidente de coche cuando teníamos veinte años. En cambio, soy partidaria de la amistad con las exparejas, ya lo habrás visto. Cuando desaparece la pulsión sexual (bueno, cuando se hace menos punzante), los ex se convierten en los mejores confidentes. La otra noche se me llenaron de lágrimas los ojos cuando Alfredo adelantó su mano por encima de la mesa para coger la mía con delicadeza. Sin decirme nada, me dio a entender que aprobaba la manera en que había gestionado una situación tan difícil. Hubo un tiempo en que la solidaridad viajó en sentido contrario. Él vivió un mal divorcio y tuvo que tomar decisiones arriesgadas sobre la relación con su hijo. Entonces yo lo apoyé como buenamente pude. Creo recordar que en aquel momento agradeció, sobre todo, mi silencio cómplice, el mismo que ahora me devolvía en la mesa de nuestro exrestaurante preferido.

Pese a su sorpresa inicial, con el paso de los minutos, Alfredo acabó restándole importancia al asunto. Con mucha prudencia, porque sabe cómo las gasto, vino a decirme que por culpa de mi situación de fragilidad yo misma había magnificado todo lo que pasó en el piso de Fidel. Según él, tan pronto como empezara a vivir en la nueva casa que él mismo me ayudaría a buscar me olvidaría de mi vecino. Y final del asunto. Adiós, Fidel. Me aventuró, con pedantería de matemático resabiado, que todo este drama sería con el tiempo un simple dígito en el número pi. Y añadió que un día hasta me reiría contando la anécdota de la violación en una cena de amigos. Muy bien, Alfredo, tómate algo.

En eso no nos pusimos de acuerdo.

Cuando volvíamos en taxi hacia su casa (Alfredo dijo que podía seguir alojándome durante unos días en la habitación de su hijo, que se había ido a vivir a Londres) estuve a punto de preguntarle si salía con alguien, pero me contuve a tiempo.

¿Sabes por qué creo que me contuve a tiempo, por qué no me arrepiento de no haberle hecho esa pregunta? Verás, no es fácil responder a esa cuestión. La respuesta tiene que ver con los códigos secretos que manejábamos durante nuestra relación. Me refiero a esas pautas no escritas que adoptan las parejas con los años de convivencia. En nuestro caso, se trataba de códigos basados en la física cuántica (gentileza de Alfredo, *of course*) pero aplicados a las situaciones de la vida cotidiana de una manera bastante informal. ¿Cómo lo diría para que lo entiendas bien? Aplicados de una manera poco científica.

Soy bailarina. Me he leído casi todos los clásicos. Aprobaba las matemáticas por los pelos aunque nunca me disgustaron.

Voy a hacer el esfuerzo de explicártelo a partir del ejemplo del maldito gato con apellido alemán metido en una caja. Te hablo del famoso gato que está a la vez vivo y muerto según la física cuántica, supongo que has oído hablar de la historia. Pues bien, el momento clave es lo que llamamos la observación: sólo cuando abrimos la caja e irrumpimos en la escena con nuestro punto de vista podemos constatar que el gato está en uno de los dos estados. O vivo, o muerto. A partir de ese preciso instante, ya rige nuestra lógica determinista. O acariciamos el gato o le damos sepultura, según como lo hayamos encontrado. Pero, para que podamos llegar a saber si el gato está vivo o muerto, ha tenido que producirse un acontecimiento fascinante: ha sido nuestro propio acto de observación el que ha alterado irremediamente una situación previa. ¿Y cuál era esa situación previa? Como te decía, la situación previa era que, según los fundamentos de la física cuántica, el gato estaba a la vez vivo y muerto. Todas las opciones eran posibles antes de nuestra intervención.

Espero habértelo explicado bien. Pero ¿captas a dónde quiero ir a parar? ¿No? Te voy a explicar un ejemplo concreto basado en esas normas secretas de nuestra relación de las que te hablaba.

Según una interpretación muy libre del concepto de física cuántica, Alfredo puede estar saliendo con alguien o puede no estar saliendo con alguien. ¿Recuerdas? Todas las opciones son todavía posibles, igual que cuando el gato estaba vivo y muerto porque no podíamos ver el interior de la caja. Y aquí está el quid de la cuestión: como quien no se consuela es porque no quiere, yo, de entrada, afirmo que ésta es una situación que me resulta favorable. ¿Cómo la definiríamos? ¿Como un mal menor? Tal vez sí, como un mal menor. Porque

mientras yo no le formule a Alfredo mi pregunta (¿estás o no liado con alguien?) seguirá existiendo la posibilidad de que mi ex esté libre de compromiso. Al menos, tengo una esperanza a la que agarrarme. Ojos que no ven... Viva la complejidad, refugio de las indecisas.

En cambio, si trato de averiguar si está liado con alguien, lo que hago es activar el mecanismo de la observación, el que reduce drásticamente el abanico de posibilidades de la física cuántica. Si le hago esa pregunta, corro el riesgo de que Alfredo me responda o me dé a entender que sí que está saliendo con alguien de manera regular.

Y ésa no sería una buena noticia. Así que, si me permites, prefiero vivir instalada en la incertidumbre cuántica.

Por cierto, durante la cena, cuando le pregunté a Alfredo por los detalles de su viaje a Estados Unidos y el famoso congreso de California, no se le escapó en ningún momento una primera persona del plural. No dijo «fuimos a tal sitio» o «cenamos en tal otro». Es curioso, porque estamos ante un hecho que, atención, nos obliga a plantearnos dos supuestos. Uno: estuvo viajando solo. Dos: viajó con compañía pero ha tenido la maldita elegancia de ocultármelo.

¿Empiezas a intuir por qué Alfredo me llamaba «mi bailarina cuántica»? Te voy a contar por qué merecí tan alta consideración (y por qué después caí desde tan alto).

Imagínate que estás en la platea de un teatro asistiendo a un ballet. *Giselle*, por ejemplo. Visualiza eso, un escenario frente a ti en el que el bailarín espera a su pareja de baile para ejecutar un *pas de deux*. Se ha detenido la música y el público asiste con expectación, porque los dos son jodidos virtuosos del ballet. De repente, a ti, espectadora, se te plantea una duda: ¿saldrá la *prima ballerina* a escena por la entrada del lateral derecho, o lo hará por la entrada del lateral izquierdo? ¿Hacia qué lado tiene que dirigir sus brazos el bailarín para sostener en ellos el cuerpo ingravido de Giselle?

Como ya estarás imaginándote, la bailarina cuántica, de haberse inventado, saldría a la vez por la izquierda y por la derecha. ¡Brava!

Y ahí entras en juego tú, la espectadora-aguafiestas. Perdona, pero eres exactamente eso: la que echa agua al vino, la que pone fin a la diversión, la que chiva a los niños que los reyes son los padres. Con tu mera observación, has disipado la incertidumbre (has visto que Giselle ha salido por la izquierda o por la derecha, pero no por los dos lados) y la bailarina ha dejado de ser cuántica para convertirse en una vulgar y predecible estrella del ballet.

Sabes muy bien por qué te lo explico.

La bailarina cuántica de Alfredo era la Ginebra que estaba y no estaba, la amante inabarcable que lo era porque, de haber sido abarcable, no hubiera

merecido ser su amante. Durante aquellos años fui la maldición del matemático enamorado de las situaciones complejas. Dicen que el pez grande lo es porque no se deja pescar, ¿verdad? Pues yo era el enigma con el que siempre había soñado Alfredo, sólo que, para su desgracia, lo fui gracias a que era un enigma irresoluble para él. Al mismo tiempo estaba y no estaba con él. Yo era la amante que estaba viva y muerta, la que salía por la izquierda y por la derecha, la que se acostaba a la vez con él y con el nuevo profesor de la escuela de danza.

Ah, amor, bienvenido a mi laberinto. Sería injusto decir que Alfredo se hartó de mi complejidad: yo más bien afirmarí que se asustó cuando se supo un hombre atrapado en su propia conjetura, cuando en algún momento de nuestra relación asumió que había cometido la temeridad de inventarse un problema para cuya solución se requería un computador cuántico que aún no se había inventado. Y se volvió básico por puro instinto de supervivencia. ¿Te lo imaginas? Yo era su novia de los prodigios. Le fascinaba que estuviera en un lugar y en otro distinto a la vez, excepto, claro, cuando esto implicaba que podía acostarme con otros que no fueran él. Se volvió básico y quiso que yo me volviera básica, como una bailarina melancólica que entra en escena por el lado por el que se la espera y que se desploma en brazos del conde Albrecht y no en los de ningún otro. Una *prima ballerina* básica que ha renunciado a simultanear la vida y la muerte porque en el mundo simple en que vivimos sólo se vive y se muere, por ese soporífero orden.

Peterpanismo. Ése fue su diagnóstico erróneo. «Ginebra, Marta, te has negado a asumir que la vida es una sucesión de descartes. Deberías haberlo aprendido el día que supiste que nunca volarías al espacio porque no naciste en el país en el que nacen los astronautas. La misma noche en que sales fuera de la nave a dar un paseo orbital no puedes pretender que te acoja entre mis brazos para darte calor. Lo tuyo es puro Peter Pan. No se puede vivir dos veces a la vez...»

Bla, bla, bla. Soporífero.

Así estuvo machacándome durante días. ¿Te lo estás imaginando? Su depresión era cuántica.

Yo no soy Peter Pan. Soy desorden. Soy el desconcierto, soy la vorágine, el caos. ¿Te imaginas por qué dejé la danza? ¿Lo has adivinado ya a estas alturas? Por la lesión, claro. Pero sería más sincero decir que la danza me dejó a mí porque se cansó de esperarme. No se lo he contado a nadie. Ni siquiera a mí misma. Ahora te lo cuento a ti porque sé que no intentarás aleccionarme. Si dejé la danza fue porque pospuse un día tras otro, hasta el infinito, la decisión de volver a ejercitar el tobillo dañado. Ninguno de los médicos a los que acudí tras mi lesión me había dicho tajantemente que me olvidara de bailar. Todos me

dieron pautas para que comprobara poco a poco hasta qué punto podía lograr una recuperación completa.

Pero mi indecisión patológica decidió por mí. Sabía que cada día me resultaría más difícil recuperar la movilidad si no me esforzaba haciendo los ejercicios de rehabilitación, y a pesar de ello dejé de ir al fisio. Dejé de asistir a las funciones de mis compañeros, dejé de cuidar la dieta. No hice nada para mejorar. Supongo que temía darme de bruces con la realidad de una lesión incurable. Y me abandoné. Me aboné tanto al desorden que me convertí yo misma en desorden

Aquella indecisión ha marcado el resto de mis días, como puedes comprobar. Con gran dolor he comprendido que es inútil nadar contracorriente e intentar remontar las aguas de un río que en el inicio me arrancó de la danza y que, ahora, en plena crecida, arrasa mis últimas ilusiones. La vieja lesión se me ha enquistado en el alma.

Pero ¿por qué te cuento todo esto a ti que no puedes escucharme? Tiene gracia el asunto. Al final, sin proponérmelo, estoy siguiendo el consejo de mi psicóloga: «Marta, verbaliza tus problemas, anótalos, haz que afloren y no los guardes para ti.»

Eso es lo que hago. Ahora me doy cuenta. No guardo mis pensamientos turbios para mí, sino que los comparto contigo. Y creo que sé por qué lo estoy haciendo. Creo que sé por qué te he elegido a ti. Te he elegido a ti porque cuando te hablo y me miras con esos ojos verdes que son los míos me vuelvo clarividente. Ahora veo que eres alguien para alguien que soy yo, y eso te hace persona. Una persona a la que tengo que proteger. Si no, no estarías aquí. Porque tengo que confesarte algo, princesa: hace un par de días, Alfredo se ofreció para deshacerse de ti y evitarme a mí el mal trago. Y eso hubiera sido terrible para ti, no tengas ninguna duda, porque, para Alfredo, no eres más que una mercancía comprada en internet por un vecino pervertido que no se atreve con las tías. Así de brutal. No me lo ha dicho en esos términos, pero sé que piensa así. Creo que cualquier tío normal pensaría así. De haberle hecho caso, de no haberle dicho que ya me encargaba yo de ti, Alfredo te hubiera vendido en eBay. Ahora serías la esclava sexual de algún depravado de segunda mano. Dame las gracias, pedazo de plástico. Aunque todavía no sé lo que tengo que hacer con tu otra cabeza. Tu mala cabeza. Me río.

Entiéndeme bien, *darling*. Fidel y esos desgraciados que quisieron violarte te han convertido en persona, aun a tu pesar (y al mío). ¿Tienes algo que decir? ¿Aunque sea con la mirada?

Fidel te quería, de eso estoy segura. O te debe de estar queriendo allí donde se encuentre ahora. Ni siquiera quiso acostarse conmigo cuando me tenía en la

punta de sus dedos, en mi sofá. Te respetaba y no quiso fallarte.

Si pudieras hablar. Si pudieras decirme si aquella noche, después de fracasar conmigo en el sofá de mi casa, Fidel te folló con esta cabeza de Marta que llevas puesta ahora y no con la rubia, entendería muchas cosas que entonces se me escaparon. Si supiera que en el momento en que decidió largarse de mi piso y volver a ti la cabeza que te puso fue la que llevas ahora, mi yo de silicona, y no la de esa desconocida que me encontré boca abajo y que Dios sabe en qué mujer viva o muerta se inspiraba...

Supongo que en algún momento, mientras estaba conmigo en mi piso, besándome en el sofá, se dio cuenta de que estaba abrazado a una mujer que se sentía, como mínimo, tan poderosa como él, y eso destruyó sin clemencia los sueños cálidos que había ido alimentando a lo largo de la tarde. Y por eso se apresuró a volver contigo. Él quería sentirse el dueño absoluto de la escena, el que entra y sale a su antojo, el que besa sin esperar el beneplácito de la mujer besada, el que arrastra por el cabello y ordena y amenaza y sabe que sus deseos más salvajes se cumplirán sin objeción. El que intercambia cabezas por capricho. Claro, conmigo no podía comportarse igual. Pobre rata acomplejada, pobre. Felicidades, violador, ojalá un día tus hijos te encuentren muerto dentro del coño de una muñeca.

Fidel, el cobarde que recurre al abrazo del boxeador para evitar que el rival al que ha retado de manera insensata le quiebre el hígado.

En el fondo, tengo que confesarte que me conmueve pensarlo, porque yo soy incapaz de una renuncia así. Sí, por mucho que deteste a Fidel. Hay algo entrañable en el gesto del desdichado que renuncia a la calidez de un cuerpo como el mío para abrazarse al tuyo que es pura dentera. Bravo. Tenía que quererte mucho para dejarme tirada por ti.

Disculpa, no quería faltarte.

Me conmueve imaginármelo, eso es todo. Perdona, se me escapa la risa.

Ahora en serio. Me gustaría saber si se refugió en ti cuando salió de mi casa. De ser así, aquella debió de ser vuestra última noche juntos, porque a la mañana siguiente llegaron aquellos tipos que tenían que arreglar su piso pero que le reventaron el armario. Acojonante.

Yo creo que no se ha suicidado. Hace sólo unos días pensaba que sí, pero he cambiado de opinión. Además, si se hubiera vuelto loco hasta ese extremo nos habríamos enterado, de alguna manera. Supongo que todo es mucho más sencillo. Creo que ha intuido que habíamos descubierto su podredumbre y que ha visto en este incidente la oportunidad que estaba esperando para instalarse en Madrid y blanquear su vida, suponiendo que haya unas vidas más blancas que otras. Sí, eso debió de suceder. De repente, yo, una extraña y una entrometida, lo

obligaba a tomar la decisión que él llevaba tiempo posponiendo. Igual que el que se quita de la droga, el que se quita de las putas, o el que se quita de gastarse una pasta en pornografía, Fidel quería quitarse de ti y de mí pero necesitaba un estímulo externo para lograrlo. Y yo se lo di, en forma de nota que dejé sobre la mesa de su salón. Mi nota, el anuncio de tu secuestro. Ojalá al leerla se le hayan ulcerado todas las vísceras del susto, una detrás de otra para prolongar su agonía.

Te felicito, Cindy, aunque también tengo que confesarte que me das un poco de miedo.

¿Cómo pudiste decirle que habías conocido a alguien? ¿Precisamente tú? No puedo concebir mayor muestra de crueldad por parte de alguien de tu calaña. ¿Dónde os educan? ¿Cómo podéis destruir el corazón de los infelices que se han arruinado por vosotras y que cada mañana os visten y os maquillan con devoción?

Perdona. Tú no tienes toda la culpa.

Te decía que todo debe de ser más sencillo. Tal vez Fidel hizo balance y entendió que tú ya no eras quien al principio él había querido que fueras, sino la mujer que pasaba las tardes haciendo compañía a su madre calzando unas zapatillas de geriátrico. Si es así, aquí hay uno que ha completado su ciclo y cuando se ha visto recuperado te ha dejado en la calle. En la puta calle con dos tristes vestidos como equipaje.

Porque los míos no te valen. Mi cuerpo es demasiado normal y el tuyo demasiado perfecto. Aunque ahora que hablamos de tu cuerpo, debo de confesarte que me sorprendió ver que ese *Artista* que os ha traído al mundo, el *Miguel Ángel* de los chats de Illusions, te concibió con celulitis. ¿Fue una petición expresa del vicioso de Fidel cuando te encargó, o es que ya salís así de fábrica para aumentar la sensación de realidad?

Diría que tienes unos treinta y cinco años, aunque siempre me equivoco con las edades de las personas. Así que imagínate con la de las esclavas sexuales.

Perdona que divague. Tú me has puesto en este estado de nervios.

Fidel. ¿Dónde estará ahora tu amo? ¿Tú crees que le hemos ayudado a curarse, suponiendo que estuviera enfermo? ¿O es que tal vez estamos todos enfermos?

Mira, yo también lo estoy. Estoy enferma. Soy un ser doliente. Te voy a confesar algo que no volveré a repetir durante lo que me queda de vida. La noche pasada, en casa de Alfredo, bebí más de lo que acostumbro. Encontré en la cocina una botella de vodka. No es que me la acabara, pero me serví cuatro o cinco chupitos. Lo suficiente para pillarla, ya que no soy bebedora. Escuchaba una música que no parece de este mundo, unas piezas de piano que creo que Janáček compuso después de muerto, porque si no no se entiende. El vodka

hacía su efecto. Me levanté, bailé. Me inventé una coreografía y me acordé de Alfredo, que quiere que me vuelva creativa. No deja de machacarme con eso. Acordarme de Alfredo me levantó el ánimo, por supuesto. Hacía un calor bendito, presagio de un verano caliente. Llevaba puesto un vestido ajustado negro sin nada debajo y bailaba descalza. Y cuando bailo pierdo un poco el control, en mi casa y en cualquier parte. Me transformo en la mujer libre que no tiene por qué guiarse por las líneas que un idiota ha trazado con tiza sobre la madera. En esas situaciones, cuando giro sobre mí misma pierdo la noción de quién soy. Es una sensación liberadora a pesar de saber que, según quién ande cerca, me puedo meter en líos. Tantas veces me ha pasado (y tan pocas me he arrepentido). Otro día te hablaré de esos líos. Pero la otra noche no estaban a mi lado ni Alfredo, ni Pau, ni Hans ni el puto amante desconocido. Nadie. Ni la expectativa de un atractivo intruso. Sólo estabas tú, princesa de plástico, tú y el brillo de tus hombros desnudos. Tus zapatos rojos y esa ropa interior de encaje que alguien aconsejó a Fidel que te comprara: nada más llevabas puesto.

¿No lo recuerdas?

Nos puse ese tema de Marvin Gaye que suena ahora dentro de mi cabeza y entonces empezó la mejor fiesta que has vivido en tu vida: tú bailabas inmóvil en el centro de la pista (es asombroso el juego que tienen tus extremidades y las posibilidades que ofrecen) y yo lo hacía a tu alrededor: giraba sobre mí misma y alrededor de tu poderosa presencia. Porque te comías la sala de baile. Te lo aseguro, muñeca cuántica, te la comías. Sólo teníamos ojos para ti. Yo y todos los demás. Cada cierto tiempo variaba la posición de uno de tus brazos. Así, con el hombro izquierdo subido y el tirante del sujetador muy tensado mientras el brazo derecho se extiende para iniciar un giro al ritmo que marca el jodido bajista, que es la hostia de bueno. Síguelo, síguelo, síguelo. *Got to give it up*. Levanta la mano, así, ¿no ves que te lo está pidiendo la música? Así, ¡así se baila, bomba del sexo! Gira, gira la cabeza hacia mí, mírame, mírame con mis ojos robados sin mover el cuerpo. Así, mantén la mirada, ojos verdes. Qué bellas que somos o que fuimos. No la retires. No la retires, mujer. Voy a bajarte un tirante para rociarte el hombro con un perfume que he robado para ti en tu propio tocador y lo voy a oler hasta embriagarme. Respíralo, emborráchate de él como lo hago yo. Y abre esos ojos pasmados porque voy a entrar dentro de ti. Acércate. Respira. Levanta ese brazo y deja tu mano sobre mi hombro izquierdo. Yo acariciaré tu espalda desnuda sin parar de bailar y dejaré que se deslice por tu cadera y más abajo. Sobre todo, no dejemos de bailar ni dejemos de escuchar nunca esta canción porque si no nos extraviarnos. Sigue bailando. Mírame, Cindy, mírame. Levanta la barbilla y cierra los ojos (descubro tus párpados perfectos). No temas. Sólo es un beso, sólo es ese beso que prometen tus labios y

que yo tomo como un regalo que me ofreces.

Creo que nunca en tu vida has estado tan viva como entonces.

Todas nos hemos besado en el espejo alguna vez porque queríamos indagar sobre el vértigo que se siente al besar labios hermosos.

Sentí placer porque tus labios se contraen como los de las amantes tímidas que he conocido. Me imaginé que ese placer iba a conducirme a otro placer y a otro más hasta fundirte en mi deseo impaciente. Pero de manera inesperada todo se vino abajo. No sentí ningún placer cuando, cada vez más excitada, me atreví a acariciarte un pecho. Recordé haber leído que los fabrican con un gel de silicona empleado en la industria aeroespacial. No soy yo, me dijo mi vocecita interior. No soy yo.

¿Lo sabías? Sabías que aquella fiesta iba a acabar mal.

No te culpo, eres una muñeca melancólica. Por eso, y porque eres mi viva imagen, no puedo culparte. Por eso estoy aquí dándote explicaciones. Pero no creas, tampoco acabó tan mal. La fiesta. Supongo que no te acuerdas, pero ahora te explico cómo fue. Acabamos sentadas viendo una película. Así es como acaban a veces las fiestas de los amantes humanos que prometían mucho. Bueno, eso de ver la tele juntas fue sólo al principio. Al cabo de un rato, te llevé a la habitación del fondo y te tapé con un edredón para que no tuvieras frío. Te contaba que así es como acaban muchas veces las fiestas de los amantes humanos. Uno de ellos se queda viendo una película mientras el otro se va a dormir bajo un edredón, y todo porque han descubierto un atisbo de falsedad en la mirada del otro.

Ésta ha sido mi primera y mi última relación íntima con una muñeca. Soy de esas chicas que en sus años de experimentación lo probó todo, pero en tan pequeñas dosis que a veces ni lo recuerdo. Así que a ti tampoco voy a recordarte. Por lo menos, no me acordaré de ti como amante.

Bienvenida al desengaño, Cindy. Tú no tienes ni idea de cómo se van por el desagüe las ilusiones que un día tuviste. No te programaron para sentir ilusiones, así que nunca descubrirás lo que se siente al perderlas.

Yo soy un poco más sabia que tú. Mis padres fueron el rey Arturo y la reina Ginebra chapoteando desnudos en el barro de un festival de verano.

¿Te ha gustado? Hacía tiempo que no daba cuatro giros completos.

Mi madre fue Miss Hippy del verano de quién sabe cuándo y mi profesora de filosofía nos explicó en una clase en la que el sol nos cegaba los ojos que allí donde estuviéramos, allí estaríamos. Da igual dónde estés, porque allí estarás, nos dijo a nosotros, sus alumnos pasmados. ¿Parece una estupidez? Pues no lo es. O al menos yo me convencí de que no lo era. Y no creas que fue un pensamiento pasajero, no. Esa idea —hagas lo que hagas, eso será lo que estás

haciendo— me ha acompañado a lo largo de mi vida como nos acompañan los lemas de las revoluciones lejanas con las que un día simpatizamos. Me ha seguido a través de los tiempos hasta hoy, cuando la invoco un día tras otro y con la misma frecuencia con que lo hago me veo atrapada en el mismo accidente. El mismo hospital, el mismo médico negligente, la misma máquina metalizada que mantiene a duras penas mis constantes vitales.

¿Cuándo se jodió todo? ¿Cómo pudimos ser tan ilusas como para no ver que allí donde estamos es donde quieren que estemos?

Vaya, qué silencio más bestia el tuyo.

Me da pena, pero creo que tengo que irme o me van a acabar echando de este cuchitril. Me largo, princesa.

Aunque antes quiero confesarte otra sensación extraña. ¿Puedo? ¿Tienes cinco minutos más para mí? Es una sensación turbadora. Si no te la cuento a ti, ¿a quién se la voy a explicar?

A ver. Me inquieta que la próxima vez que nos veamos, si es que volvemos a vernos, tal vez aquí mismo, tú tengas el mismo aspecto que tienes ahora y yo empiece a parecer una anciana. He vuelto a pensar estos días en el asunto de los pactos con el diablo, tengo que admitirlo. Alfredo, este tipo del que habrás notado que no paro de hablar, Alfredo, el hombre que discute los infinitos a los sabios porque se cree el más sabio, y probablemente lo es, se sorprendería ahora si le invitara a entrar en mi habitación y me viera desnuda a la luz de la lámpara, con mi celulitis y mis antebrazos colgantes y mis nalgas caídas. Todo su mito se vendría abajo con estrépito, igual que sus argumentos. Porque Fausto no tiene nada que ver conmigo, más allá de que me fascine la leyenda. Yo sé en qué estaba pensando él, Alfredo, cuando hablaba de mi pacto con el demonio. ¿Sabes lo que cree él que yo he concedido a cambio de mi eterna juventud? No te rías, amada mía. Él cree que si yo he comprado la belleza eterna ha sido a cambio de mi renuncia a la capacidad de amar. Suena fuerte, ¿verdad? ¡Mi renuncia a la capacidad de amar! Nada más y nada menos. Bien, ahora pongamos el foco sobre él. Eres inteligente, tienes una mirada inteligente y fría. Y no sólo porque lleves mis ojos puestos. Podrás entender lo que voy a explicarte. A ver. Sitúa el foco sobre él y lo entenderás todo, reina del silencio. Pregúntate por qué está él convencido de eso, convencido de que en los infiernos me han capado la capacidad de amar, si no es porque así preserva su orgullo de hombre a quien no he querido como él quería que lo quisiera. ¿Verdad? Ojo. No he dicho que lo quisiera mucho o poco: he dicho «en la forma en que él hubiese querido que lo hiciera». Cada día, cada noche, sin tener que compartirme con nadie. Sin otro primer bailarín en el jodido reparto de la función que no fuera él mismo. Marta está y Marta también está. El sueño patriarcal de la bailarina anticuántica, eso

debería ser yo para él. Por eso se consuela pensando que si no lo quiero *de verdad* es porque me lo impide un demonio, que es el único rival al que acepta como tal.

Espera, espera, no te rías.

Te ríes por dentro. Lo estoy intuyendo. Te ríes por dentro porque me ves demasiado segura de lo que estoy diciendo. Te estás riendo de mí.

Y no te falta razón.

Me vas a obligar a confesarte lo que no quiero confesarme a mí misma. Con tu actitud, sentada así, pidiéndome explicaciones sin pestañear, me obligas a contarte que cuando se acercaba la hora de ir al encuentro de mi bailarín se me aceleraba el corazón y no era por el deseo o por la emoción del abrazo inminente, sino porque hacía mía la angustia que en ese mismo momento sabía que estaba sintiendo el pobre Alfredo. Así, así era: a veces Alfredo sabía que yo iba al encuentro de mi amante y amenazaba con dejarme si yo no regresaba a casa a dormir, y yo quería detenerme y cambiar de sentido y volver con él para acostarme entre sus brazos pero ya no podía dar marcha atrás, porque el depredador no hubiera entendido mi ausencia y yo no quería sufrir más la incertidumbre de sentirme la presa de nadie y por eso me convencía de que tenía que ir a su encuentro y liquidar la tensión y relajarme. Nos amábamos. Nos amábamos como dos depredadores encerrados en un paisaje vacío. Nos amábamos y en la hora del reposo yo miraba furtivamente mi móvil y allí no había señal reciente de Alfredo. Sólo su último mensaje, de dos horas atrás.

«Espero que disfrutes. Suerte, Ginebra, esta vez has ido demasiado lejos.»

Y otra vez el amor y otra vez la ausencia de señales y de madrugada, con el primer sol, la presión insoportable en el esternón por la duda de a quién iba a dedicar mi primer pensamiento del día. Si era para mi bailarín, era un abrazo afectuoso pero sin rastro de entrega. Había que empezar a poner distancia. Si era para Alfredo, era un mensaje dictado por la necesidad de restablecer el vínculo.

«Entiendo que no quieras volverme a ver nunca más. Pero si no es así, que sepas que para mí no ha cambiado nada después de esta noche. Nadie va a poder separarnos, Alfredo.»

Y a pesar de eso, a pesar de que me aterraba la posibilidad de que Alfredo mantuviera su palabra y me dejara, no tenía la más mínima intención de dejar de citarme con mi amante.

¿Que yo entregué al diablo mi capacidad de amar? ¿Tú también lo crees así? Sois unos ilusos. En todo caso, a lo que renuncié fue al amor sin arrebatos. Lo echo en falta, lo admito. Envidio a tipos como Alfredo que son capaces de querer a una sola persona sin necesitar a nadie más.

Sin arrebatos.

A mí me tomas o me envías a reciclar. Soy ésa hasta que un día me estalle el corazón en mil pedazos por sobredosis de emociones clandestinas. Pero quién sabe. Tal vez me ha estallado ya y me he convertido en una de esas gallinas que corretean sin cabeza porque no saben que se la han cortado.

Estos acontecimientos en los que has estado involucrada sin saberlo y que me han sacudido tan fuerte, quizás, quién lo hubiera dicho, harán que vea las cosas con ojos diferentes. Con los ojos de una mujer que de verdad tocó fondo cuando, hace unos días, Pau me puso al corriente de todos los detalles de tu escabrosa historia.

Pau se atrevió a decirme que había encontrado en el maldito armario, además de nuestra cabeza, fotografías que Fidel me había hecho meses atrás, cuando me espiaba por las calles. La maldita vecina de arriba que el depravado quiere tirarse. Ésa fui yo sin saberlo. La chica de la puerta de arriba. La vecina del supermercado y de las esquinas anodinas. Pau incluso está convencido de que fue el propio Fidel el que hace unos meses entró a robar en mi casa, valiéndose de sus dotes de chico arreglalo todo. Al principio no creía que tuviera razón, pero luego recordé que entre los accesorios de ordenador que me robaron había un disco duro con centenares de fotos mías en las que pudo inspirarse para encargar su muñeca. Ampliando alguna debió de ver con detalle la cicatriz de la ceja. A Pau también le pareció sospechoso que intentaran forzar la puerta del sexto sin conseguirlo. Me dijo que, en su opinión, mi torturado vecino había hecho un amago de autorrobo para ahuyentar de él cualquier sospecha..

Y todo, el robo, para hacerse con retazos de mi vida íntima susceptibles de ser incorporados a la muñeca que se pensaba comprar; es decir, a tu artificial persona. Me refiero a las fotos de todos los viajes, noviazgos y cumpleaños. El miserable que te compró por correo se aseguró de que me tenía capturada desde cada ángulo posible, para pedirle luego al doctor Frankenstein que te fabricara así, como eres, como soy, para poseerme cuando le viniera en gana sin pedirme permiso.

Sin esfuerzo y sin miedo a quedarse agarrotado entre mis brazos como un boxeador que ha aceptado un tongo y no quiere que lo destrocen. Aún, agarrotado como un niño asustado.

Sospecho que, si de verdad fue él el ladrón, debió de echar un vistazo a mi tocador. De ahí la coincidencia entre algunos cosméticos que yo uso habitualmente y los que estaban en el neceser del piso de abajo cuando bajé a curiosear. Pero hay más: Pau asegura que entre tus vestidos, los que estaban apilados en el armario infame, había uno que yo solía llevar durante los veranos, uno amarillo muy corto que mi ex recordaba bien, porque le entusiasmaba quitármelo. Es verdad que hace tiempo que no lo encuentro, aunque lo atribuía a

mi desorden congénito. ¿Lo robó para ti el día en que forzaron la puerta de mi casa? ¿Qué otros planes tenía en mente para nosotras?

El hecho de que fuera yo quien te encontré nos ha permitido liberarnos de sus garras. Estoy segura de que no entraba entre sus cálculos que tú y yo llegáramos a conocernos. Su madre le jugó una mala pasada al morir y permitir que una extraña fisgara en su piso.

Ahora sé por qué en nuestros primeros encuentros se mostraba tan nervioso. ¿O es que también se derrumbaba emocionalmente cuando estaba contigo?

Si pudieras conversar, me dirías para qué reservaba tu amo mi cabeza morena. Por qué cuando te vi la mañana en que se murió su madre llevabas la versión rubia. Igual que el día en que los violadores te sacaron del armario. Me ha sorprendido lo fácil que resulta cambiarlas, sin que quede ninguna marca en el cuello. Es un mecanismo perfecto. Menudo trabajo de ingeniería sofisticada el que te trajo al mundo, autómata diabólico.

Cinco minutos más, tengo que aprovechar.

Si pudieras, me darías también tu opinión sobre algo que me ronda en los últimos días por la cabeza. Tú no te enteraste, pero una noche Fidel te fue infiel conmigo y me llevó al Tibidabo para mirar la Luna por el telescopio. Fuimos sin coche y, sorprendentemente, se dejó el móvil en casa, como si no quisiera... como si no quisiera dejar rastro. ¿Tú crees que corrí peligro allí entre los árboles? Hubo un momento en el que lo vi muy tenso.

Pero disculpa, no quiero imaginarme nada, todo eso son pruebas superadas. Bien pensado, no quiero respuestas a según qué preguntas.

Afortunada tú, que no tienes esternón que te oprima. Mujer sin angustia, cómo puedo llegar a envidiarte.

En fin, enterremos a Fausto de una vez.

Escucha, escucha bien. Ahora quiero hacerte una confidencia sobre un tema que me incumbe sólo a mí. Es esto: la próxima vez que vea a Alfredo le diré que lo quiero, pero también que me moría de asco cuando, día tras día, me hacía escuchar el *Fausto* de Berlioz. No he oído nada más ampuloso y vacío. Cualquier otra sinfonía de cualquier otro músico contiene en su entramado de notas y silencios más reminiscencias sulfurosas que el *Fausto* de Berlioz, capaz de invocar como mucho los demonios de las marionetas infantiles.

Ah, Alfredo. Hablemos de Alfredo. Hablemos mucho de Alfredo. Uno y sólo uno. ¿No me crees? Pues en ese caso haces bien. No soy de fiar, aunque me cueste admitirlo. Mira qué se me ha ocurrido, mira qué lista de desistimientos he preparado para compartirla contigo. Y para que me digas con mi misma mirada pasmada si seré capaz de cumplirlos.

Empiezo, toma nota, pero no te rías. Son buenos propósitos todavía frágiles.

Primer desistimiento. Asumo que ya no soy la sonámbula que fui. El sonambulismo remite con la edad (eso dicen los especialistas y yo no puedo verificarlo, porque ahora duermo sola y no sé si deambulo o no por las noches), igual que también remiten los sueños. No voy a vivir realidades paralelas. Nunca más. Está bien, rectifico, voy a intentar no vivirlas. A mi edad los sueños son sueños perdidos, como las ilusiones.

Segundo desistimiento. Voy a observar el firmamento todas las noches de todos mis días. Sólo así, por contraste con la inmutabilidad de los planetas y las estrellas, seré consciente de lo fugaz que es la vida. Ya nunca dejaré de mirar hacia el cielo.

Tercer desistimiento. Me armaré de valor cuando me acechen los depredadores y no permitiré que arruinen mis relaciones buenas.

O no.

Cuarto. No haré bandera de mi sinceridad. Que sea franca con mis parejas y les avise a las primeras de cambio de mi vocación de compartirlos con tipos que vendrán después no me exime para siempre de responsabilidad. Hombres como Pau o Alfredo, cuando los conocí, tenían todo el derecho a creer que podían cambiarme, rescatarme de la vocación de superponer amantes que ellos, incautos, llegaron a considerar transitoria.

O no.

Quinto. Me dejaré envejecer.

Cindy, tendrías que haberlo visto. Tendrías que haber visto a Alfredo, a propósito de esta farsa fáustica del no envejecimiento que voy a desterrar para siempre de mi existencia, ya por convicción. Tendrías que haberlo visto en las fotos que descubrí un día escondidas dentro de un libro en su estantería. El cabrón las creía a buen recaudo, pero para su desgracia, di con ellas. ¿Sabes qué vi en esas fotografías? ¿Sabes qué vi? En esas fotos antiguas vi al mismo tipo que cuando me conoció presumía de haber estudiado música en un conservatorio secreto para poder dirigir el *Fausto* de Berlioz, sí, a ese mismo personaje gótico, pero metido hasta el cuello en escenas familiares que provocaban arcadas de tan relamidas y fétidas. Allí estaba él, fotografiado con una sudadera de Ikea y unas ridículas zapatillas del Barça en los pies, sentado junto a su hijo frente a la tele, comiendo patatas fritas y con la barriga rebosando por encima del cinturón. ¿Y sabes lo que me respondió el payaso cuando le enseñé las fotos y le pregunté en qué momento había dejado de ser Mefistófeles para convertirse en el Homer Simpson del gol norte? Me dijo: «Marta, no venden sudaderas en Ikea.»

«No venden sudaderas en Ikea.» El cabrón. Lo perdoné, claro que sí, cómo no lo iba a perdonar. Pensé que todos tenemos un pasado (un día vuelvo y te cuento el mío), pero a partir de aquel momento me partía abiertamente de risa

cuando llegaba a casa y veía que el tío había preparado su particular escenografía para subyugarme: las luces medio apagadas para que el salón quedara en tinieblas y montones de libros diabólicos apilados por los rincones, como si en lugar de un tipo normal viviera allí un viejo alquimista que convierte en metal precioso las bragas que la bailarina deja tiradas por el suelo.

Me río, me río, me parto de risa y tú también deberías hacerlo aunque no puedas. Menudo demonio, más propio de un belén navideño. ¿Hay demonios en los belenes? En los belenes de mi infancia sí que los había, porque mi padre odiaba la Navidad y creía que así podía deslucirla.

No recuerdo si se lo he contado alguna vez a Alfredo, pero un profesor de guitarra que tenía cuando era una cría me explicó que no existen los pactos fáusticos, que todo eso es una patraña derivada de la falta de imaginación y la pereza. Para demostrármelo me habló de Robert Johnson, ese mito de la música negra de quien siempre se dijo que había vendido su alma al diablo. Deja que te lo explique. Sostiene la leyenda que Johnson, un pelagatos que malvivía en una plantación de Misisipi pero que aspiraba a ser una estrella del blues, fue convocado una noche a un cruce de caminos. El famoso *crossroads*. Allí lo esperaba el diablo, que le entregó un talento sobrenatural para componer y tocar la guitarra a cambio, por supuesto (el mito obliga), de convertirse para siempre en un alma en pena. Hasta aquí la leyenda, princesa. El caso es que mi profesor de guitarra, que se había documentado mucho sobre el asunto, me dijo que la cosa sucedió de una forma más terrenal. Al parecer, Johnson quiso sumarse un día a un concierto en el que actuaba un legendario *bluesman*, pero no se lo permitieron porque no daba la talla. Humillado, el chico se prometió a sí mismo aprenderlo todo sobre la guitarra para volver al mismo garito del que lo habían echado y darles un pedazo de lección. Y eso hizo, esforzándose como un condenado para descubrir los secretos más ocultos del instrumento. Pasaron los meses, volvió, tocó, los deslumbró como nunca nadie lo había hecho y fue el mismo *bluesman* que lo había rechazado quien tiempo después proclamó: «El hijo de puta había pactado con el diablo.»

Se lo contaré a Alfredo, si no se lo he contado ya. Porque a mi manera yo también he sido ese guitarrista. Es decir, entiéndeme, me he esforzado como una condenada para ser como soy ahora y no le debo mi apariencia de juventud a nadie. Ni mucho menos a un Anticristo en el que no puedo creer porque para ello tendría que creer antes en Cristo y de eso me libró mi padre. He visto más danza de la que te puedes imaginar, he bebido poco, me he drogado menos, nunca he fumado, he evitado el sol como sólo lo evitan los vampiros, he sido una bulímica de la literatura, he bailado en las discotecas hasta que me salían grietas en los pies, he dormido mucho y casi nunca he dejado de ejercitarme sobre

colchonetas, linóleos, parqués y escenarios cochambrosos y lujosos. Aún más: he tratado de ser plenamente consciente de los flujos de aire, sangre y agua que circulan continuamente por mi cuerpo. Soy un estado de alerta. Soy tensión, que es lo contrario de ser abandono. Si no te piensas, te abandonas, y ahí has cavado tu tumba.

Pero ¿qué sabes tú de eso? ¿Y qué puede importarte a ti si en realidad el diablo te fabricó sin alma?

Por cierto.

Si tuvieras alma te diría que la madre de Fidel mencionó tu nombre poco antes de morir entre mis brazos.

«Cindy», susurró.

Ahora veo claro que eso fue lo que dijo, aunque entonces lo ignorara todo sobre ti y sobre tu nombre.

¿Callas, pedazo de plástico?

Me seduce pensar que tal vez tú eres más humana y yo más muñeca de lo que parecemos a simple vista. Menos dispares, menos antagónicas. En tanto que muñecas, ninguna de las dos tenemos ni tendremos hijos. Yo nunca he querido tenerlos. Alfredo ya tenía el suyo y de cuando Pau ya ni me acuerdo. Soy de las que responde «y tú, ¿te arrepientes de haber tenido hijos?» cuando me preguntan si me arrepiento de no haberlos tenido. Tú tampoco los tendrás. Niños de verdad.

Vaya.

Déjalo, cambiemos de tema. Me acabo de imaginar una película de terror: me he imaginado que alguno de los desgraciados con los que se relacionaba Fidel inicia los trámites de adopción junto con su pareja de silicona.

Perdona el paréntesis.

Pero sí, quizás todos nosotros seamos más autómatas que vosotros personas. De hecho, alguna vez he bailado *Coppelia* en mi salón. Por placer y por curiosidad. ¿Puedes imaginarme en esa situación? Tiene gracia. Los de *Coppelia*, al final de la obra, son esos movimientos robóticos tan básicos y simplones de las articulaciones y de la cabeza que no haría nunca una muñeca sofisticada como tú. Es lo que tienen las coreografías antiguas basadas en historias antiguas.

Tú te mereces tu propio ballet, Dorian Gray.

No llores y mírame a los ojos. Levanta la cabeza, porque voy a regalarte un baile de despedida. Será mi regalo de esclarecida a esclarecida.

La mujer que dejaba atrás

—Señora, ¿va todo bien? ¿No tiene demasiado calor ahí dentro?

La voz del empleado me arrancó de mi ensoñación. ¿Cuánto tiempo habría pasado desde que entré por esa puerta? Me pregunté si Alfredo estaría aún esperándome en el parking con su coche, tal como habíamos quedado. Comprobé el móvil, que tengo siempre en silencio, y vi que mi amigo me había dejado tres mensajes:

«¿Cuánto tardas, aprox.?»

Y media hora más tarde:

«Es para saber si tengo tiempo de ir a tomar algo mientras te espero. Hay un bar por aquí cerca.»

Y cincuenta minutos después:

«Bueno, veo que no respondes. Supongo que estás liada. Me quedo paseando por aquí fuera. Tranquila, no hay prisa.»

Me supo mal haberle hecho esperar tanto y le contesté que salía en cinco minutos. No necesitaba más porque ya estaba casi todo a punto. El empleado me había facilitado el código de acceso a mi *box* y yo había acabado de apilar todos los libros, trastos y ropa de invierno que pensaba guardar allí. Hacía mucho tiempo que había decidido soltar lastre y disfrutar de un piso más despejado, pero nunca me decidía a llamar al guardamuebles para informarme de los precios y del espacio disponible. Hasta aquella tarde. Por fin. Bienvenido el nuevo orden. Alfredo y Pau, cada uno en su tiempo libre, me habían ayudado en el traslado de mis cosas hasta un nuevo piso que había alquilado en la calle Còrsega. En realidad, no había vuelto a poner los pies en mi apartamento de Bruc. Ellos se habían encargado de todo porque yo no me atrevía a acercarme ni siquiera al barrio. La sensación de haber sido espiada es sumamente perturbadora. De alguna manera y salvando todas las distancias, es una sensación equiparable a la violación. Y se vive aún peor cuando sospechas que el motivo no fue un simple robo, sino el deseo planificado de sustraerte retazos de

intimidad para hacer de ellos un uso perverso.

Fidel, estuviera donde estuviera, era un peligro público. Un día volvería a la comisaría para aportarles más pruebas. Y lo haría estando lúcida: les diría que la vez anterior, cuando fui a presentar la denuncia, acababa de sufrir un fuerte impacto emocional.

Ahora estaba mejor, mucho mejor. Tenía conmigo a mis exparejas de siempre (hasta Hans me invitaba a un estreno en *Ámsterdam*) y a mis nuevos amigos los astros. La irrupción aparatosa de Fidel en mi vida había causado el mismo efecto que uno de esos vendavales furiosos que a su paso dejan sólo en pie los árboles robustos y las casas bien construidas. Una catarsis en forma de huracán, en definitiva.

Alfredo me había acompañado hasta el guardamuebles pero quise entrar sola. Le había pedido que esperara fuera. Tenía que acomodar bien a Cindy para su larga espera.

Encima de uno de sus vestidos negros le coloqué un viejo anorak mío. Llevaba zapatos rojos y unas medias que cubrían sus espléndidas piernas cruzadas. Estaba sentada, tenía la mano izquierda posada encima de su muslo izquierdo y sus ojos verdes miraban fijamente su mano derecha, extendida frente a ella en actitud de sujetar algo. Allí deposité con mucho cuidado el libro que llevaba dentro de mi bolso. La acompañé con mi mano sobre su nuca y la incliné hacia la página que iba a dejar abierta, para que pudiera leerla.

Se contaba en aquella página que el 9 de diciembre de 1832, media hora después de la medianoche, Pauline Dorathea Beuerly, la sonámbula alemana que visitaba los astros mientras todos dormían, inició su primer viaje a Ceres, que es el planetaide más grande del cinturón de asteroides.

Después de pasar por todo lo que habíamos vivido juntas, cómo no iba a pensar, cuando cerré la puerta del *box*, que la mujer que dejaba atrás era una sonámbula perdida en tierra de extraños.

Un meteorito en un cojín de terciopelo púrpura

La ciudad olía a verano por todos sus rincones. Cuando salimos del polígono en el que estaba el guardamuebles, bajé la ventanilla para emborracharme con una brisa que presagiaba cálidas cenas al aire libre. Alfredo conducía tranquilo. Llevaba en su muñeca derecha una pulsera de cuero que le regalé durante unas vacaciones en las islas que supongo que se había colocado para que yo se la viera puesta. Siempre conducía relajado, fuera cual fuera la circunstancia. El polo rojo que vestía le daba un aspecto juvenil, aunque noté que también él intentaba esconder la barriga. Pobres diablos. Pobres de nosotros.

—¿Has guardado el código para entrar en el *box*?

—Sí.

—¿Y qué has hecho con la cabeza rubia?

—Está en un contenedor, dentro de la bolsa de plástico en la que la hemos traído. Con suerte, no la verá nadie y dentro de unas horas estará medio destruida en un vertedero. Y también he borrado el contacto de Fidel de mi lista de teléfonos.

—No has vuelto a saber nada de él, ¿no?

—No. Se acabó Fidel.

—Felicidades, Ginebra.

—Gracias. Alfredo, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Claro.

—Tú no entiendes por qué he decidido conservar la muñeca en un guardamuebles en lugar de deshacerme de ella, ¿verdad? Cuando te lo expliqué me mirabas con cara de circunstancias. Sé sincero.

Se tomó unos segundos antes de responder.

—No, no lo entiendo del todo, la verdad... pero supongo que tampoco entendería que la hubieras destruido sin más, de manera brusca, siendo como es esa muñeca tu vivo retrato.

—Porque estás de acuerdo en que no se liquida una a sí misma así como

así, como quien deja en la calle un sofá viejo, ¿verdad?

—Supongo que no. En eso estoy de acuerdo.

—Pues eso. Habrá tiempo para pensar en algo.

Nos acercábamos a mi casa, que estaba impecable después de varios días de trabajo a fondo. De todo lo que pudiera recordarme a Fidel sólo había conservado aquel frasquito de una sustancia llamada digitalis que había robado de la vitrina de los venenos antiguos en mi primera inspección de su casa. Decidí guardármelo porque leí en internet que el digitalis permite a quienes abusan de él ver el mundo de color amarillo. De hecho, se cree que Van Gogh, en su etapa de la Provenza, impregnó su obra de amarillo cromado porque se hizo adicto a esa sustancia. Me pareció interesante tener a mano un truco que me permitiera ver amarillo, como si cada momento fuera un mediodía de verano.

Pregunté a Alfredo si quería quedarse a cenar para estrenar mi nuevo piso y recibí una respuesta que era a la vez decepcionante y esperanzadora. Me dijo que aquel día no podía, pero que la semana siguiente estaría encantado de dejar que lo invitara a mi terraza, ahora que las noches eran ya cálidas, «para que bebamos hasta quedar inconscientes». Yo prometí cocinar, como en los viejos tiempos. La verdad es que el hábito lo había perdido durante la baja, cuando empecé a sucumbir a la pereza.

Nos adentramos en las calles del Eixample, que estaban vacías desde que los niños habían empezado sus vacaciones escolares. Hice una asociación de ideas y pensé que los restaurantes estarían imposibles, llenos de pequeños maleantes ociosos y estridentes. Si iba a quedar con alguien para comer o para cenar, mejor sería que me asegurara de que fuera en un restaurante hostil con los niños.

—Otra pregunta, Alfredo, ésta más fácil. ¿Has oído hablar del asteroide Barcelona?

—El asteroide Barcelona... sí. Hay quien lo llama planeta y hay quien lo llama asteroide. Lo descubrió un astrónomo barcelonés desde una torre de la parte alta. No recuerdo su nombre. Creo que también se identifica por un número.

—Sí, el 945. He leído que los asteroides se diferencian de los planetas por su órbita, su tamaño y su superficie, que está más fracturada. Pero lo he leído en un manual de astronomía muy antiguo, uno que encontré en casa de Fidel. Así que la información igual está desfasada. Por eso te lo preguntaba.

—Tendría que repasarlo. Mi memoria no está tan destruida como la tuya, pero lleva camino. Son más pequeños, sí, y viven en familias muy numerosas entre Júpiter y Marte. Pero lo de que la superficie fracturada sea un hecho diferencial no lo tengo tan claro. La Luna también la tiene y no es un asteroide.

¿Por qué lo dices? ¿Por qué te interesan los asteroides? ¿Vas a coreografiarlos?

Sus explicaciones las daba con tanto aplomo como el que empleaba al volante. Insisto: Alfredo conduce a cámara lenta y sin sobresaltos, como si estuviera dentro de una de esas escenas ralentizadas en las que se superponen los títulos de crédito de las películas. Aquí unos neones que parece como si bailaran, aquí el parpadeo de los faros de los otros coches en nuestro parabrisas y, al fondo, los rascacielos de Chicago.

En fin. Por muy convencido que viera a Alfredo, yo prefería pensar que los asteroides tienen una superficie más irregular que los planetas. En el viejo libro de la madre de Fidel se decía que los asteroides están más emparentados con los meteoritos que con los planetas, entre otras cosas por su superficie escandalosamente irregular. Y eso era lo que yo deseaba creer. Yo prefería pensar que en el sistema solar existen planetas lisos y asteroides abruptos. Y, entre medio, planetas que parecen asteroides o asteroides que parecen planetas, igual que hay personas que son más o menos convencionales. Todos queríamos tener la solidez de Mercurio, la elegancia de Saturno, el tamaño intimidatorio de Júpiter o la discreción de Urano. Pero somos lo que somos, más perfectos o más imperfectos, como ese astro llamado Barcelona del que muchos barceloneses no llegarán a saber nunca. Asteroide para algunos, planeta para otros. ¿Quiénes somos nosotros para juzgarlo?

Creo que Alfredo me leyó el pensamiento.

—No te preocupes demasiado, querida. No tenemos remedio. Ninguno de nosotros lo tiene. En realidad, somos cuerpos en plena caída. Todos estamos continuamente cayendo aunque no nos demos cuenta. Es una historia muy triste. ¿Hemos hablado alguna vez de la velocidad de escape? ¿No? Mira, te lo dibujaría sobre un papel, pero conduciendo no puedo. Vamos a ver. Pon la mente en blanco y escucha lo que te digo. Imagínate que lanzas una piedra. ¿Me sigues? Has lanzado una piedra. ¿Verdad que describe una parábola antes de caer al suelo? Imagínate ahora que te subes a una escalera y lanzas una piedra desde más arriba y con una fuerza todavía mayor. ¿Qué pasará? Pasará que describirá una parábola diferente y el objeto caerá más lejos. ¿Verdad?

—Oye, no simplifiques tanto, que no soy idiota. Ni alumna tuya, por suerte.

—Vale, perdona. Así conduciendo, sin poder hacer un boceto, me cuesta más explicarlo. Sigo. Pues ahora imagina que eres capaz de lanzar una piedra a lo que se llama la velocidad de escape. Supongo que me sigues.

—Sí, me imagino que lanzo una piedra muy fuerte.

—Tan fuerte como para que viaje a 11,2 kilómetros por segundo.

—Tan fuerte como eso.

—Eso...

—A ver si lo adivino. Me imagino que no llegará a caer nunca al suelo. ¿Lo he dicho bien?

—Exacto. Habrás conseguido que entre en órbita. A determinada velocidad aún mayor, sin embargo, se escaparía de la atracción que ejerce sobre ella la Tierra y se perdería en el espacio.

—Pero eso no pasará.

—No, al menos en el ejemplo que te estoy poniendo. Recuerda: tu piedra ha entrado en órbita porque se ha quedado atrapada en el campo gravitatorio de nuestro planeta y, en su caída constante, se ha visto obligada a seguir una trayectoria. La has tirado a tanta velocidad que eso es lo que ha pasado. La propia Tierra corrió la misma suerte cuando se formó con desechos del Sol.

—Simplificando, Alfredo: tratas de decirme que la Tierra está siempre cayendo y nosotros nos caemos con ella. Que somos seres condenados a una decadencia eterna.

—Eterna, Ginebra.

—La Luna también cae.

—La Luna también. Pero tú te caes con más elegancia que la Luna.

Me acordé de lo que había leído sobre los astros que tocan fondo.

—Gracias por el cumplido, Alfredo, pero yo creo que es una buena noticia que un cuerpo celeste que ha vagado por las galaxias encuentre al final la paz en la superficie de un planeta como el nuestro, aunque se desintegre en forma de meteoritos.

—Eso de que ha encontrado la paz es muy relativo, Marta. Como la Tierra también cae por el espacio, el meteorito seguirá cayendo con nosotros, aunque esté confortablemente instalado en un museo de la ciencia. Será nuestro compañero en la eterna caída.

No quise insistir, pero encontré reconfortante la imagen del pedrusco celeste depositado con cariño sobre un pequeño cojín de terciopelo púrpura dentro de una vitrina. Tal vez millones de años atrás fuera un astro orgulloso que ambicionaba órbitas imposibles, pero ahora, en la edad de las ilusiones perdidas, asumía su nueva condición de pieza de museo con la dignidad de quien ha disfrutado de una vida plena.

Nos despedimos con dos besos. Alfredo esperó a que cerrara la puerta antes de arrancar el coche, como hacía siempre. Atravesé el vestíbulo con rapidez porque no quería encontrarme con nadie. Me había prometido a mí misma que nunca más entablaría relación con ningún vecino, aunque fuera mi actor preferido.

Una vez en mi salón, la sensación de nuevo orden me levantó el ánimo. Tanto que puse a enfriar una botella de vino blanco para empezar mi nueva vida

con una fiesta particular. Salí a la terraza y me apoyé en la baranda. Como cada noche en aquella época del año, en el horizonte, una franja vertical de mar comparecía brillante y serena bajo el resplandor de la Luna, tan distinta de cuando la miraba sin saber que se estaba cayendo.

Bonansa, verano de 2017

La sonámbula
Miquel Molina

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Miquel Molina Muntané, 2018
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

© Editorial Planeta, S. A. (2018)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la imagen de la cubierta, Pablo Gallo

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018

ISBN: 978-84-233-5334-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

NARRATIVA CONTEMPORÁNEA



¡Síguenos en redes sociales!



Table of Contents

[Sinopsis](#)

[Portadilla](#)

[Cita](#)

[La policía está demasiado atareada...](#)

[1. Marta](#)

[2. La mujer que esperó la muerte en manos extrañas](#)

[3. La sonámbula que visitaba planetas](#)

[4. Fidel](#)

[5. Ginebra](#)

[6. El enigma de todas las oscuridades](#)

[7. Pau, dos o ninguno](#)

[8. El asteroide Barcelona](#)

[9. Alfredo y el rey Arturo](#)

[10. Baila la Luna](#)

[11. Los drogadictos muertos](#)

[12. El eco de los otros](#)

[13. La trastienda de un hombre impecable](#)

[14. La desmesura de Coltrane](#)

[15. Una tarde distinta](#)

[16. Un nuevo laberinto](#)

[17. Copérnico fue antes que Galileo](#)

[18. En las manos de un psicópata](#)

[19. El clinch](#)

[20. El niño que se enamoró de su directora](#)

[21. Aprendiendo a no ser Giselle](#)

[22. Los aullidos](#)

[23. Manual de supervivencia](#)

[24. Un gran favor](#)

[25. En la mente de las personas enfermas](#)

[26. Una foto de familia](#)

[27. Rapsodia satánica](#)

[28. Hans y una amiga](#)

[29. Fidelio](#)

[30. El chat](#)

[31. Deseo de venganza](#)

[32. Cindy](#)

[33. Los cuerpos celestes](#)

[34. Bunda](#)

[35. Las catacumbas del sexto](#)

[36. El lenguaje de los pájaros](#)

[37. La revelación](#)

[38. La maleta de Cindy](#)

[39. La bailarina cuántica](#)

[40. La mujer que dejaba atrás](#)

[41. Un meteorito en un cojín de terciopelo púrpura](#)

[Créditos](#)

[¡Encuentra aquí tu próxima lectura!](#)